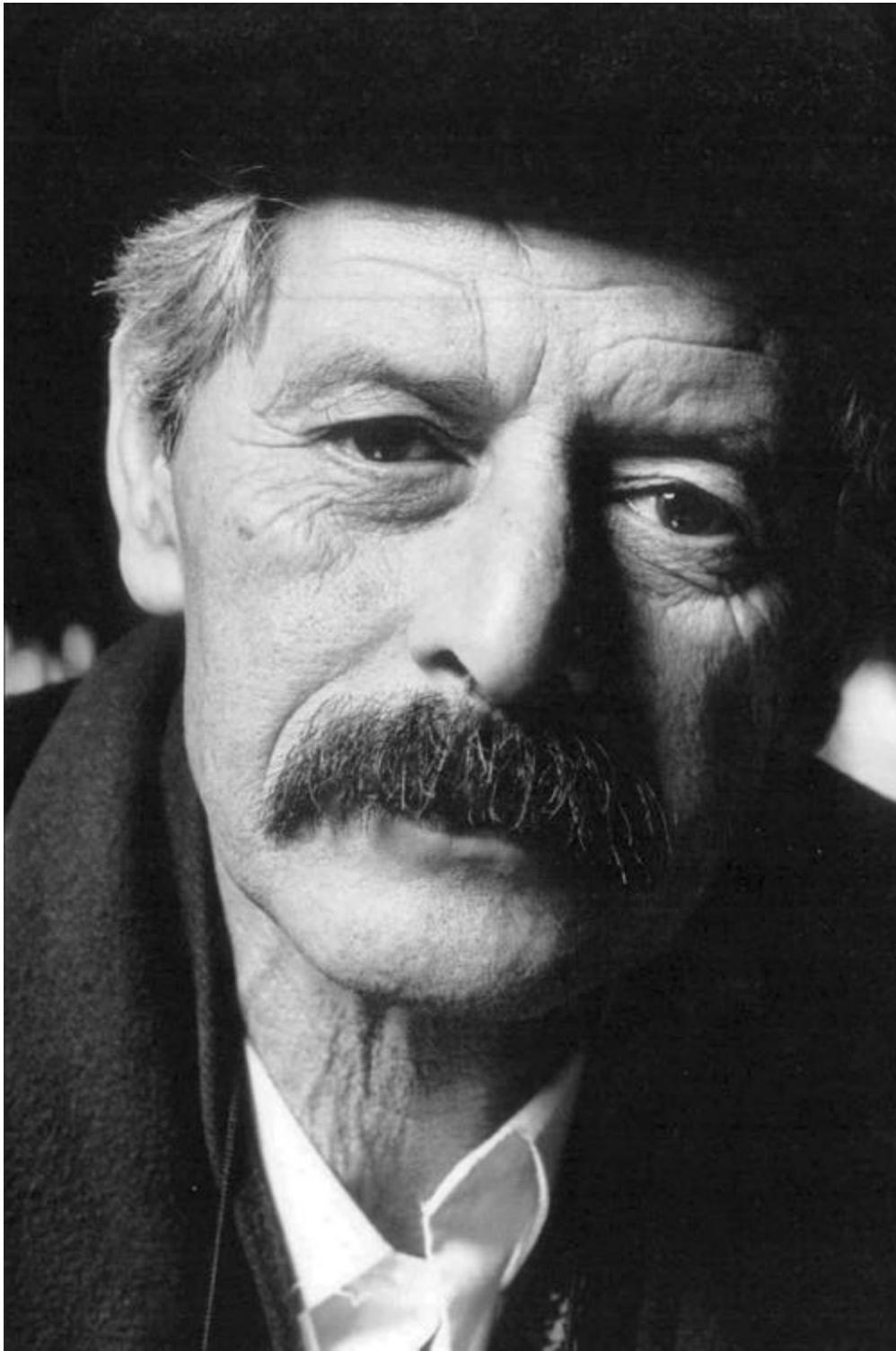


Mohamed Chukri

Tiempo de errores



CABARET VOLTAIRE



TIEMPO DE ERRORES

MOHAMED CHUKRI

TIEMPO DE ERRORES

PRÓLOGO
MOHAMED BERRADA

TRADUCCIÓN DEL ÁRABE
KARIMA HAJJAJ
MALIKA EMBAREK LÓPEZ

CABARET VOLTAIRE

2026

PRIMERA EDICIÓN *octubre* 2013

SEGUNDA EDICIÓN *mayo* 2026

TÍTULO ORIGINAL *Zaman al-ajta*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©herederos de Mohamed Chukri, 1992
©del prólogo, 1992 Mohamed Berrada
©de la traducción revisada, 2013 Karima Hajjaj y Malika Embarek López
©de esta edición, 2013 Editorial Cabaret Voltaire SL

ISBN-13: 978-84-19047-67-0

Producción del ePub

BOOQLAB

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

Cubierta: Café Tingis en el Zoco Chico de Tánger, 1957

Guarda: Mohamed Chukri

Derechos reservados

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo

las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO

ESOS ERRORES TUYOS QUE A TI TE GUSTAN

Nuestro querido Chukri:

¡Cómo agradecerte este regalo que tanto deseábamos y que tú has aplazado tanto: *Tiempo de errores*! Llevo esperándolo desde principios de los años ochenta, cuando publicaste algunos capítulos, aunque luego renunciaste a la escritura, en búsqueda de la vida y de sus quimeras, de los momentos lúcidos, entre el tintineo de las copas y las carcajadas de los borrachos, abrazando, al término de la noche, las cenizas de las palabras, de las sonrisas y las confesiones de los fracasados. Sabía que las páginas de *Tiempo de errores* se gestarían ocultamente dentro de tu *yo*, el otro, el escondido, el que solo despierta mediante la escritura y espera que el ave que ha migrado de la página en blanco regrese, se asome y te convenza de que la escritura es tu salvación. ¡Ya has huido bastante de ella!

Pero ¿será verdad que no escribiste nada en los años setenta y ochenta? Me hice esta pregunta al releer algunas de las cartas que me mandaste durante aquella etapa, páginas llenas de sentimientos de angustia, soledad y de *amor imposible*. Las escribías sometido a una tensión interior de la que no te podías desprender. Al final de la noche o en los cafés, en un estilo espontáneo y en una lengua que fluye —con algún neologismo—, acogías tus recuerdos, tus lecturas y tus observaciones. Y en las entrañas de todo aquello brilla la sabiduría chukriana, donde se mezcla la amargura con la ironía y el orgullo. Como cuando dices en una de tus cartas: «Todos los borrachos me han ignorado, menos los que siguen embriagados con mi vino» (12-1-1982). A través de aquellas cartas, pues, tuve la certidumbre de que tu relación con la escritura no se había roto, que la vivías como un estado permanente, interior, angustiante, y la esquivabas escribiendo cartas a algunos de tus amigos... A veces, justificabas tu rechazo a atender a tu *yo* profundo diciendo: «Tengo la sensación de haber

vivido una eternidad. En realidad, no he penetrado en la soledad de los verdaderos escritores. Y el día que lo haga, probablemente no salga nunca de ella. La estoy deseando» (1-5-1980).

¿Cómo vas a huir de la escritura, sabiendo que fue la única que no te abandonó cuando te maltrató la vida, te cercaron los necios y te refugiaste en el manicomio «Mallorca», en Tetuán, a principios de diciembre de 1977? Casi todos los días me llegaba una carta tuya en la que te desahogabas de tu rabia y de tu furia; y, al mismo tiempo, describías unas escenas extraordinarias y grotescas de la vida de los *locos*, de los que sufren depresiones nerviosas y de los que buscan comunicarse en el hospital, después de haber estado privados de comunicación con los *cuerdos*. Y en una de aquellas cartas leo: «El sentimiento de la escritura comienza a apoderarse de mí en este asilo. Cuando salga de aquí, intentaré cambiar mi vida» (18-12-1977). No se te pide que cambies tu vida, sino que la escribas. Escribirla, como hiciste en *El pan a secas*. Así es como la cambiarás, la tuya y la de los demás. No me refiero a una vida *mejor* (¿quién pretende tener el poder de hacerlo?), sino a ese juego hermoso y atractivo que consiste en correr tras unos años a los que llamamos vida, esforzándonos en atraparlos, mientras nos esquivan, y en interrogarlos incesantemente, mientras se envuelven en su misterio. No nos queda más que pulir, describir y ejercer una libertad que revela lo soñado, lo escrito y lo contemplado.

¡Qué grande es la satisfacción de la escritura! Nadie vive una sola vida, menos aún los escritores. Puede que nuestra muerte sea única, porque aniquila la imaginación, las palabras y el deseo, pero la vida es un torrente que se renueva, que cambia de color, nos tienta con la diversidad y la belleza y nos arrastra con fuerza al cambio y al olvido.

Sin embargo, además de conservar tu relación *secreta* con la escritura, a través de tus cartas *narras tu vida* continuamente, porque es parte inseparable de tu comprensión del mundo y de los demás y porque no tiendes a desprenderte de lo vivido para envolverte en lo etéreo de la retórica..., y los que te conocen llegan a ver esa energía que tienes para *narrar tu vida*, integrarla en el presente y enriquecerla con nuevos detalles y acontecimientos que no habías escrito ni contado antes... Algunas veces me he preguntado si Chukri revisaría cada noche, antes de dormir, los acontecimientos y las observaciones

de su vida para reconstruirlos mejor. O si la fuerza de su memoria y la diversidad de sus experiencias son las que le facilitan la tarea de restaurar los espacios de las veladas nocturnas y las confidencias de los amigos.

Tú cuentas tu vida, de palabra, antes de escribirla, y sobre el papel ya es otra, diferente de la que contaste. Y lo que cuentas no es *esencialmente* fiel a la realidad, porque las palabras, los símbolos y el discurrir del habla mezclan lo vivido con lo soñado. Apenas llegamos a diferenciar lo que sucedió un día de lo que puede suceder, ahora o mañana, en Tánger, en Tetuán o en Larache; y dónde se enmarca *tu vida* dentro de todo aquello: ¿en la narración oral o en las páginas escritas? Puede que esté fuera de los dos círculos, porque tú solo nos entregas un molde dispuesto a acoger más y más narración y escritura.

Al leer por vez primera *Tiempo de errores*, me llamó la atención que en esta autobiografía, a diferencia de *El pan a secas*, te alejaras de la estructura novelesca. Has optado por una escritura fragmentaria, de capítulos, de tragaluces y ventanales desde los que nos asomamos para ver escenas, acontecimientos, espacios y vidas, a través de la mirada de un ser que se esfuerza en anular la distancia temporal que lo separa de lo que un día vivió. Y, para conseguirlo, has evitado a toda costa la utilización del verbo en pasado, para hacernos creer que lo que cuentas sigue estando presente o es futuro probable. Como si estuvieras transformando el pasado en presente a fin de vivir dentro de él; y rebuscas en la vida de los personajes, te presentas en los lugares y construyes, con esas escenas, una isla en la que te refugias de tu realidad cotidiana y monótona. Incluso cuando te apegas a lo *acontecido* y lo transmites, escatimando las palabras, lo que narras se escapa lejos de ti, se independiza y despierta nuestra imaginación y nuestra complicidad: «Un chaval vomita restos de aceitunas y el compañero dice: “¡Señor profesor, este come aceitunas con el borracho de su padre!”. Otro alumno besa a una alumna, mientras ella está distraída, y en la clase se arma un revuelo tremendo. Para consolarla, le ordeno a ella que lo bese a él y la chiquilla deja de llorar». No puedes plasmar tu experiencia de maestro solo con palabras; invitas a que unamos nuestra imaginación de lectores a la del narrador para invocar unas escenas que superan la *realidad*.

Lo que más me ha seducido de *Tiempo de errores* son las páginas en las que describes algunas de tus relaciones con las mujeres, y también los retratos de extranjeros marginales que vivieron en Tánger: Rosario, Sarah, Patricia, Lechevalier.

En tus relaciones con las mujeres hay algo —un destino cruel— que te arrastra hacia lo bajo y se interpone entre ti y una experiencia de amor armoniosa, en cuerpo y alma. Permaneces dividido: o entregas tu cuerpo al placer momentáneo, con las prostitutas, o el amor, para ti, permanece encerrado en el círculo de lo imposible, abortado por un narcisismo extremo, un miedo a sufrir o un idealismo romántico: «Hasta ahora no he permitido que me domine ningún sentimiento. He vivido siempre en estado de alerta. Solo amé lo fugaz. El amor solo me embruja cuando es mítico. Hablo de él sin tocarlo ni caer en sus brazos». Por eso no entenderé jamás por qué se frustró una historia de amor posible y bella entre Chukri, el golfillo del zoco que llegó a estudiar, y Fátima, la chica de alterne que te invitó a su casa a cenar y te confió a su hija Salua para que repasara contigo sus lecciones... Y, antes de Fátima, Kinza, la prostituta que encendió la mecha en tu corazón y luego no quiso corresponder a tu amor... Pero, al contrario de tu amigo ciego, Mojtar, que se refugia en el amor platónico tradicional, tú enterrabas el fracaso de los sentimientos en los placeres de la carne y en aventuras pasajeras, antes de darte cuenta de que el pequeño mundo que habías construido en Larache, fuera del instituto, se había derrumbado. No tienes más refugio (¿tu última morada?) que Tánger, que, al hacerte suyo, habitó en ti y, al seducirte, volviste a construir: «Si estuviese en Tánger, no sentiría este vacío agotador. Allí, saco algún deleite de los días más desesperantes y pobres. La soledad es allí libre y tiene el sabor de la zarzamora. Aquí es impuesta y sabe a hiel». ¿Puedo arriesgarme a decir que has cambiado el amor de una mujer por el amor de Tánger y que, como criatura salvaje, temes la oscuridad del calor y te deleitas con el resplandor del mar y la infinitud del horizonte?

Me gustaron también las páginas en las que describes los retratos —como ya he señalado— de algunas personas a las que conociste o con quienes viviste algún tiempo. Creo que los rasgos de Lechevalier tardarán en borrarse de la imaginación del lector.

Al hablar de él, lo estás haciendo de ti, porque lo conviertes en un reflejo probable de una vejez triste en la que el escritor, el creador, el soñador, va apagándose lentamente. «En el país de las expectativas, la gente se muere de hambre», decía Lechevalier; y esa expresión era suficiente para demostrar la fragilidad de la juventud y de los placeres efímeros: «[...] y para fortalecerme y consolarme me digo: “Yo no envejeceré mal”. [...] Cuando envejecemos, deseamos que todo empiece de nuevo [...] Voy temiendo el final de mi vida a través de la suya [...]».

Creo que las páginas que titulaste «Los olvidados», en las que contaste escenas de tu estancia en el manicomio de Tetuán, son también imborrables, como esos párrafos en los que te burlas de ti mismo en tu debut en el mundo editorial, tras convertirte en un escritor que publica en los periódicos nacionales.

Querido Chukri, antes de concluir esta carta, querría señalar que el título que has elegido para la segunda parte de tu conmovedora autobiografía es, en cierto modo, ambiguo y causa perplejidad: ¿errores respecto de quién? ¿Respecto de los otros o de ti? Si te refieres a los errores de los demás hacia ti, estaríamos dando palos de ciego hasta llegar a delimitar el significado de error y a averiguar quién tiene la culpa de haberlo cometido. Pero si te refieres a tus errores, tampoco nos sería fácil, puesto que todavía sigues cometiendo los errores que irritan a los demás y hacen que te sientas más cerca de ti mismo y de tu espontaneidad; en cuyo caso, tu título debería haber sido este: *Tiempo de errores que a mí me gustan*.

En cualquier caso, lo principal es que cometas esos *errores*, que empieces a buscar la soledad de los auténticos escritores y te alejes del alboroto de la vida exterior y sus monótonos ritos. ¡Ya has huido bastante de la escritura, y la has esquivado escribiendo cartas y conversando! Deseo que vuelvas a reconciliarte con ella, disfrutando de la naturaleza y del diálogo con las cosas que tienes celosamente guardadas en lo más hondo de ti. Recuerdo ahora lo que habías escrito: «No me había sentido nunca tan bien como en este momento, tendido bajo la espesa sombra. Antes corría bajo los árboles y solo me paraba para coger sus frutos, pero ahora me deleito con su sombra y me alimento de su madurez. El tiempo ya no me atormenta, lo detengo cuando yo quiero».

La soledad del escritor reside, para mí, en su capacidad y en su valentía a la hora de enfrentarse a la página en blanco, ordenadamente, a fin de arañarla con las palabras que incitan, provocan y muestran el mundo de forma distinta. Pero queremos que en tu soledad conserves la espontaneidad de tus relatos orales y el trance de la energía imaginativa y lingüística que aparece en tus cartas. Parafraseando al poeta, diría que las más bellas páginas son las que no has escrito aún. ¡No seas avaro, pues, con nosotros y bríndanos más alegrías como las de *Tiempo de errores*!

Cordialmente,

Mohamed Berrada

17-10-1991

NOTA DE TRADUCCIÓN

Releer *Tiempo de errores* para su reedición, casi veinte años después de su traducción, nos ha rememorado el privilegio que supuso para nosotras no solo traducir a nuestro añorado Chukri, sino que él revisase nuestro trabajo, aportando aclaraciones que lo mejoraron.

En las charlas que mantuvimos con él en Tánger, nos reveló que había *cocinado* su obra en un solo mes y que quería que los lectores en español se concentrasen en ese relato concebido *con las tripas*. Nos sugirió, pues, que no los distrajáramos con las notas del autor que figuran en el original —destinadas principalmente a los lectores de Oriente Próximo, desconocedores de la cultura española y del ambiente multicultural que generó el Protectorado español en Marruecos—, con informaciones extraliterarias o con aclaraciones sobre conceptos escritos en *dariya*, el árabe marroquí, que de vez en cuando incluía. Respetamos, pues, su voluntad. También hemos tenido en cuenta que en la nueva edición de *El pan a secas* ya se aclararon en las notas muchos de estos conceptos, y hubiera sido redundante reiterar las explicaciones en este segundo tomo de su autobiografía novelada.

Por coherencia con lo anterior, en esta nueva lectura, hemos modificado nuestro criterio sobre las notas de traducción, que hemos reducido al mínimo. Concretamente, las que aclaran que «el texto está en español en el original». En lugar de insertarlas a lo largo de la obra, las anunciamos de una sola vez en la presente nota: *Tiempo de errores* está sembrada profusamente de referencias a la cultura popular y literaria españolas, bien con inserciones de texto en español en caracteres latinos, bien con transcripciones en árabe. Es la obra más española de Chukri.

Así, hemos tratado de no quebrar ese espíritu que recorre con fuerza toda su obra y nos lleva a afirmar que —de no ser por su indestructible voluntad de integrarse en la comunidad de escritores en lengua árabe y haber renunciado al

impulso natural de expresarse en español, lengua que dominaba, además de estar íntimamente familiarizado con la cultura española— Mohamed Chukri hubiera podido ser ese insigne escritor marroquí en lengua española, que nunca se dio como fruto de la presencia colonial de España en Marruecos, a diferencia de lo que ocurrió con Francia y la lengua francesa.

TIEMPO DE ERRORES

1

FLOR SIN AROMA

—¿Hotel? ¿Quieres un buen hotel?

Un chiquillo de unos diez años, de ropa sucia y pies descalzos, se dirige a mí nada más bajarme del autobús.

—El zoco Lekbibat, ¿dónde está el zoco Lekbibat?

—Yo te llevo, ¡sígueme!

Me mira, a mí y a mi vieja maleta; quiere cargar con ella. Le tiendo una moneda española de cinco céntimos, nos damos mutuamente las gracias y se aleja. El zoco rebosa de gente, con los vendedores sentados en sus tiendecillas de comida y de ropa nueva o usada, o moviéndose por la plaza. Se está poniendo el sol. De las tiendas surgen las voces de las emisoras de radio en árabe. Deambulo por el mercado. Le pregunto a un vendedor por el café de Sidi Abdellah. Me lo indica con gesto rápido, sin atenderme apenas, y sigue voceando los precios de las prendas que lleva cargadas al hombro y del brazo. A la entrada del café hay expuestas varias fuentes de comida, con pescado y pimientos fritos, huevos duros y una pirámide de tortas de pan negro. Las moscas revolotean sobre los alimentos. Cerca del mostrador, en una mesa grande y alargada, algunos parroquianos juegan a las cartas; otros están sentados en mesas más pequeñas; la mayoría fuma kif. La miseria se refleja en sus rostros y en su ropa. Algunos se han fijado en mí.

Me siento en un rincón, junto a una mesa mugrienta. Le pido al camarero un té con hierbabuena. Creí que era Sidi Abdellah. A mi lado, un viejo vende kif. Me ha recordado al viejo Afiuna y al café de Si Moh, en Tánger. Le compro un poco, para llenar algunas pipas. Él me llena una con algo de kif que saca de su carterilla de cuero, me la tiende y doy unas caladas. Luego, la lleno yo con

mi propio kif y se la devuelvo. Se la fuma o la pasa a los que están sentados junto a él.

Sidi Abdellah me trae el té. Le pregunto por Miludi, el amigo de Hassan Zailachi.

—Lleva tres días sin venir por aquí.

Al caer la noche, me vencen el kif, el hambre y la añoranza. Bebo de los vasos de los demás y ellos beben del mío. Entre ellos me siento en compañía. Les hablo de Tetuán, de Tánger y de Orán; y ellos me hablan de Larache. Alguien comenta:

—¡Dicen de Tánger que llora por los que aún no la conocen y que los que ya la conocen lloran por ella!

—Tiene señorío. Esclaviza a los que de ella se enamoran.

—La lujuria y la corrupción ensuciaron su hermosura.

—Sin embargo, sigue siendo bella y ¡encierra tanta historia!

Me da pereza salir a comer algo. La imagen de las moscas que vi al entrar ahora se ha desvanecido, aunque la idea de comer en este cafetín me provoca náuseas. Habitualmente no soy escrupuloso. Me canso de estar sentado, de ver esos rostros agotados. El sueño me vence. Cierro los ojos y me cuesta abrirlos. Los objetos palidecen ante mi mirada.

La mayoría de los clientes se han ido. Las sillas y las mesas casi no existen. Miro las tres habitaciones con las puertas cerradas. Criaturas miserables entran y salen de la que tengo frente a mí. Los otros dos cuartos están cerrados. Al abrirse la puerta, he visto una estera en el suelo; era el único mobiliario. ¿Y si le pregunto a Sidi Abdellah cuánto me costaría dormir en alguno de aquellos cuartos comunes? Pero ¡qué ocurrencia! Debo ahorrar. No sé qué me depara esta ciudad. El dueño del café me da una palmada en el hombro; yo estaba como ausente.

—¡Estamos cerrando!

En torno a la mesa de juego, tres hombres siguen fumando kif. Le pregunto a Sidi Abdellah si puede guardarme la maleta hasta mañana. Me pide que le enseñe el contenido: dos fotos mías, grandes y enmarcadas, un pantalón, dos camisas y un par de calcetines.

Me pierdo por las calles de la ciudad. Ni rastro de policías, ni de vigilantes de los coches o de los comercios del barrio, como los que hay en Tánger. Es medianoche, quizá sea más tarde. Camino sin rumbo. Nada me asusta en la ciudad, la noche es cálida y hay luna. Un mirador da al mar. Las luces brillan en el agua. Recuerdo las noches de Tánger, tentadoras hasta la muerte. Recuerdo la pesca en las playas de Ras Al-Manar, Malabata, las Grutas de Hércules, Sidi Kankuch, Al-Mrisa y Rmel Qala. Estoy solo. La luna se cubre con un velo y se destapa. Corto una flor blanca de un arriate del mirador. La huelo. No despierta en mí ninguna sensación. Flores hermosas. Sin aroma. Superflua belleza. Quizá su sino sea florecer y marchitarse hasta que alguien pase y la corte porque sí. No tengo nada que tema perder en esta noche. Soy como esta flor que ahora destruyo entre mis dedos. Dormiré aquí o en cualquier rincón. La brisa del mar aligera mi sueño.

Vuelvo al barrio de Lekbibat. Me acurruco bajo el techo de uno de los arcos de la plaza, con la cabeza apoyada en mis brazos cruzados sobre las rodillas. Mientras espero que llegue el sueño no oigo paso alguno en la plaza. Ningún pensamiento viene a mí. Hasta las más bellas melodías, apenas afloran, desaparecen. Mi mente está vacía, como si la hubiesen lavado, como si no hubiese atesorado ningún recuerdo grato que acuda a socorrerme. Un ruido ligero en mi cabeza, un redoble, como el latido de mi corazón. ¡Deben de ser el kif y las tripas vacías!

Me despierto temprano. Tengo la vejiga llena y me duele. Mi miembro está erecto. La gente se ajetrea en la plaza de España. Compro una peseta de churros. En los lavabos del café de un español, la orina se me dispara hacia arriba como un surtidor y me moja las manos y el pantalón. Me tomo un café con leche. El local está frecuentado por viajeros. El cafetín de Sidi Abdellah no ha abierto todavía. Cojo el autobús del Barrio Nuevo para ir a la escuela Al-Mutamid Ibn Abbad. Es un barrio lleno de chumberas, polvo, basura y solares yermos; las viviendas son chabolas de hojalata y de adobe, y sus habitantes, campesinos. Tienen el rostro desvaído como sus andrajos. Los chiquillos cagan y mean cerca de sus chabolas.

Pregunto al portero de la escuela si puede recibirme el director.

—¿Para qué quieres que te reciba? —me pregunta.

—Traigo una carta para él.

—¡Dámela!

—Debo entregársela en mano.

Me mira como si se hubiera ofendido, como si mi respuesta fuese algo inhabitual, y desaparece para consultarlo con el director o probablemente para regresar con alguna mentira. Regresa y me acompaña al despacho del director. Le entrego la carta de recomendación que saco toda arrugada del bolsillo. Me da permiso para sentarme y la lee. Sonríe. ¿Qué le hará sonreír? ¿Se habrá burlado Hassan de mí? Deja la carta sobre la mesa y me pregunta:

—¿De dónde eres?

—Del Rif.

—Y tus padres, ¿dónde viven?

—Mi madre vive en Tetuán y yo me fui a Tánger a buscarme la vida.

—¿Y tu padre?

—Murió. —Mi padre moriría en el verano de 1979, veintitrés años después.

—¿Qué hacías en Tánger?

Empieza el interrogatorio.

—Hacía de todo.

—¿Cómo que hacías de todo?

—Hacía cualquier trabajo que se me presentaba.

—¿Has ido alguna vez a la escuela?

Tiene el acento de la región de Yebala.

—Nunca.

He caído en una trampa. La sangre me sube a la cabeza violentamente. Hassan no me había comentado nada sobre este examen-interrogatorio. «En Larache conozco bien al director de una escuela. Te haré una carta de recomendación. Estoy seguro de que te aceptará.» Eso fue lo que me dijo. Me transpira la frente. Gotas frías de sudor se deslizan por mis axilas.

—Lo siento. Me es imposible admitirte en esta escuela. Lo mejor es que te vuelvas a Tánger. Allí podrás buscarte la vida como hacías antes.

—Pero yo prefiero estudiar. Odio lo que hacía en Tánger.

Cruza las manos, apoyándolas sobre el escritorio, y se queda mirando la carta de recomendación. Alza la cabeza:

—¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

—¿Te has enterado de lo que hizo Hassan aquí, en Larache, hace algunos días?

—No.

—Lo encontraron borracho en la mezquita, con un amigo. Se ha expulsado a ambos.

Me digo para mis adentros: «Pues si lo dices por mí, yo no voy a follar con nadie». Más tarde supe que se habían acostado juntos en la parte alta de la mezquita, donde duermen los alumnos que no tienen beca ni donde alojarse. ¡Así que Hassan me había engañado! Contesto al director en el tono de quien se defiende de una acusación injusta: —Yo no soy como él. —Sonríe el director —.

Yo no sabía que había hecho eso. Eso es pecado.

En realidad, me importa un bledo lo que hizo. En Tánger me había dicho que se iba a Tetuán y que luego iría a Larache.

—Lo siento. La clase que te correspondería es de niños pequeños y tú ya tienes barba. Los mayores aprenden el Corán, los tratados de gramática árabe, Al-Ayrumiya e Ibn Acher.

(¡Tienes razón! ¡Y tengo otra barba más abajo, donde tú ya sabes!) Me toco la cara espontáneamente, hace días que no me afeito. Yo solía afeitarme a diario para atraer a las mujeres inaccesibles.

Me digo para mis adentros: «Los profetas no necesitaban que nadie les enseñase; todo les descendía ya elaborado, pero la gente corriente tiene que aprender de los demás, como los monos».

—Lo siento —dice con frialdad.

Suena la campana. Desde la ventana del despacho observo a los alumnos en el patio del recreo precipitándose a los lavabos y a los surtidores de agua. Se empujan, saltan unos sobre otros. Me imagino entre ellos. He perdido la oportunidad de ser uno de ellos. Entra un hombre con gesto altivo llevando unos libros. El director le pide que me acompañe para examinarme de

Matemáticas. Ha llegado la hora de la verdad; eso es lo que pienso. Lo sigo hasta un aula vacía. Me tiende una tiza y me dicta unos números. No sé cómo se escriben los números con ceros en medio. Seguramente me estoy equivocando mientras me dicta unas cifras, y luego otras que debo colocar debajo, ordenadamente, y me pide que las sume, y luego otras más, en la misma posición, que debo restar. Nunca tuve la oportunidad de hacer esta operación salvo en mi mente. Luego me dicta ceros. ¡Qué difíciles son los ceros cuando están en medio!

Volvemos al despacho. No me cae bien este maestro. ¡Hasta los monos son más sociables entre sí, pero este ni eso! Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano; es lo que siento. Cargar con cincuenta kilos de peso durante un kilómetro me resultaría más ligero que este agotamiento mental.

En el despacho, con el director, hay un hombre vestido con chilaba que se dirige a mí en español; me pregunta mi nombre, lugar de nacimiento y edad; por Tánger y lo que allí hacía. Le contesto y su rostro se ilumina sonriente:

—¿Dónde aprendiste español?

—Con nuestros vecinos gitanos y andaluces de Tetuán y Tánger.

No está tan crispado como el profesor de Matemáticas. Puede que sea el de Español. Quizá el director le ha pedido que me haga un examen oral. Este me convoca para el día siguiente.

Regreso a la ciudad a pie. Atajo por un camino sin asfaltar, no es la carretera principal por la que he venido; es un sendero de polvo y tierra arenosa donde mis pies se hunden, cercado por chumberas y chabolas de las que salen niños descalzos, medio desnudos y mugrientos, perros callejeros, flacos y deformes, gallinas picoteando mierda y, al final del camino, un pozo descubierto y en desuso. Me acerco, me asomo a su abismo oscuro, el hondo silencio me tienta a arrojarme en su interior, aviva mi desesperanza, mi silencio eterno. Con gran esfuerzo levanto una piedra grande y la arrojo dentro, oigo el eco de la caída en el fondo seco; luego, silencio. Asomado a su oscuridad, siento elevarse un olor repugnante, tibio, estancado en su interior. Me alejo de la boca del pozo fétido y el sonido de la piedra al caer sigue retumbando unos instantes en mis oídos. Me imagino a mí mismo en esa caída sorda. Yo no soy una piedra. Me desangraría en ese abismo hasta apagarme. Lo peor sería no

morir. Yo no soy una piedra. Reemprendo el camino. El sonido de la caída me atrae con poderoso embrujo, me resisto, hasta que hallo refugio bajo un árbol que me ampara con la sombra de sus ramas, y allí me dejo caer.

Un muchacho se había arrojado a las rocas del puerto de Tánger. Su madre vino desde el campo, desde El Fahs, y fue al cementerio. Le contó al guarda la desgracia que le había ocurrido a su hijo. «No sé nada de lo que me cuentas. Hemos enterrado a muchos muertos últimamente. Ve a la oficina del Registro Civil, allí tendrán la lista de los muertos sin identificar. Cuéntales lo de la muerte de tu hijo. Ellos te dirán el número de su tumba, si es que lo saben.» «¡Qué tiempos estos! ¡De mi Abdeluahed solo ha quedado un número, y quizá ni siquiera lo saben!» La mujer estaba desesperada. Alzó la cara, descompuesta, mirando al cielo, y lloró, pidiendo a Dios que perdonase a su hijo el pecado cometido. Llegó a desmayarse por la pena y los sollozos convulsivos; luego volvió en sí, y, obsesionada por su hijo, regresó a su aldea. Me viene a la mente mi madre. También es una mujer desesperada: ella reza por mí y le pide a Dios que me proteja.

¡Cuando escapan los amos, mueren los esclavos! Obreros y vagabundos se agolpan en la plaza de España. Se alzan ruidosas las voces:

—¡Fuera el bajá!

—¡Fuera los colaboracionistas!

La muchedumbre se precipita hacia la casa del bajá, gritando consignas contra él:

—¡Zurrad, golpead! ¡Al bajá pisotead!

El bajá de la ciudad fue al zoco Tlata Raisana y soltó un discurso a los campesinos. No les gustó y lo insultaron, le tiraron piedras, la emprendieron a palos con él, y sus guardias dispararon contra la muchedumbre. ¡Seguramente les habló con el lenguaje de antes de la Independencia!

—¡Mira! ¡Se agolpan como hormigas!

La marcha de hombres, mujeres y niños empieza con gran alboroto. Los hombres del servicio de orden se colocan a ambos lados de la manifestación, arengando a la muchedumbre con eslóganes contra el bajá. Llevan un brazalete con la bandera marroquí que les confiere autoridad.

—No ha aparecido ni un solo policía.

—Ni creo que vengan. Se les ordenó que no intervinieran. Ahora todos saben que el bajá está en contra de la Independencia.

Los chiquillos repiten las mismas consignas contra el bajá que los adultos. Van gritando como si se enfrentasen en duelo contra personajes imaginarios. Aprenden a matar con diferentes armas: piedras que imaginan ser bombas y lanzan al vacío. ¡Bum, bum, bum...! Un pequeño palo hace las veces de puñal o pistola, porra, fusil o ametralladora... Se comportan con más agresividad que los adultos. La manifestación se detiene ante una casa. Gritos:

—¡Entregaos!

Un disparo al aire desde una de las ventanas de la casa del bajá. La muchedumbre retrocede.

—No tengáis miedo —grita uno de ellos—. Intentan asustarnos.

Un hombre del servicio de orden saca una pistola. Otro lleva una vieja escopeta. Entran en una casa frente a la del bajá. Intercambio de disparos entre ambas casas. Se dispersan. Huyen. Regresan. Frente a la casa del bajá, en la acera, se alinea un grupo de soldados españoles encabezado por un capitán.

—Están asustados. No dispararán contra nosotros. Intentan acobardarnos. Los quemaremos dentro de la casa.

Vuelven unos cuantos trayendo latas de gasolina. Prenden fuego a la entrada de la casa del bajá. Cesan los disparos procedentes del interior. De repente, se abre la puerta y aparece el esclavo del bajá, negro y enorme, empuñando una ametralladora con el brazo en alto. La muchedumbre grita:

—¡Rabah, Rabah, ahí está Rabah!

El capitán español intenta impedirles que ataquen al esclavo del bajá, pero están enloquecidos y se precipitan hacia él. Rabah suelta la ametralladora, la sangre le chorrea por la cara, no ha proferido ni un solo grito. Le hincan las uñas en su ropa y en su carne. Lo muelen a palos. Se tambalea bajo los golpes salvajes y enfurecidos, luego se desploma en el suelo. Son como un ejército avanzando para despedazarlo con todo tipo de instrumentos. Lo arrastran hasta la mitad de la calle. Las mujeres lanzan gritos de júbilo, albórbolas. Los niños chillan, exaltados. Sale un hombre de la muchedumbre, acaparando la locura de todos, y rompe una botella de petróleo en la cabeza del esclavo. Otro

humedece un palo con el combustible, prende fuego a un extremo y se lo arroja. Se alegran, enajenados. Ritual primitivo. Júbilo y clamores de furia contra la víctima.

—¡Muérete, cerdo!

—¡Muérete, perro!

—¡Muérete! ¡Muérete ya!

Rabah se agita y revuelve; su cuerpo es una enorme tea. Al apagarse, el olor a sebo humano repugna. Un montón de carbón desparramado. Lo acuchillan con navajas y puñales, y con las uñas; lo están desgarrando. Una mujer arrebatada el hueso de la pantorrilla y muerde la carne salvajemente, luego lo envuelve con rabia en un trozo de tela que ha arrancado de su vestido, se lo coloca bajo el brazo y desaparece.

—¿Qué hará con ese hueso?

—Le hará brujerías al marido, para que no la golpee ni se enamore de otra mujer o se divorcie de ella. ¡Eso dicen!

Unos instantes después, no queda del cadáver más que despojos y un olor repugnante a sebo. Sacan los muebles de la casa y los amontonan en mitad de la calle. Pillaje e incendio; queman algunos enseres y libros. Pillaje e incendio; los hombres del servicio de orden gritan a la muchedumbre enfurecida:

—¡No queméis los libros! Los llevaremos a la sede del partido.

Nubes de humo salen de la casa. Los gritos de júbilo (las albórbolas de las mujeres manifestantes) se mezclan con el clamor de los niños salvajes. La población civil española observa lo que sucede, en silencio, desde las ventanas y balcones de sus casas.

Los soldados españoles han permanecido inmóviles en la acera. Los manifestantes corren, dispersándose en grupos, hacia las casas de los agentes del bajá. Llegan un camión y un *jeep*. Cargan los libros y objetos de valor que han rescatado de las llamas. Los del servicio de orden obstaculizan el paso a los saqueadores, impidiéndoles que se lleven los muebles. Hay quien se despoja de su ropa, vistiéndose con las prendas robadas que la muchedumbre ha amontonado. Fuerzan la casa de un agente del bajá en la calle de Barcelona. No encuentran a nadie. Saquean e incendian. Enloquecen de nuevo y corren hacia la casa de un colaboracionista, acusado de traicionar a la patria. Un grupo de

exaltados aparece por Bab Lekbibat, arrastrando por el suelo, con furia, a un viejo medio inconsciente al que están acuchillando. El hombre está casi desnudo, con los ojos desorbitados. Masa cadavérica que ha perdido su humanidad. Le atan los brazos con cuerdas y lo crucifican en un árbol frente a Bab Lekbibat. Lo rocían con petróleo y le prenden fuego. Gritos, clamores, alborotos y júbilo. La plaza de España huele a sebo humano. Los ojos del anciano giran en sus órbitas; parece que se le van a salir. Su cuerpo se revuelve. La mujer española de la churrería grita (su tienda está junto al zoco, frente al árbol del crucificado).

—¡Dios mío! ¡No! ¡No!

Se desmaya. Dicen que murió de un infarto.

Al llegar la noche, las calles se han vaciado. Solo quedan algunos vagabundos recogiendo los restos de los objetos quemados de la casa del bajá y de los colaboracionistas. Frente al árbol se detienen dos coches: uno de bomberos y otro de la policía. Los bomberos llevan mascarillas y guantes de goma. Recogen los despojos del cadáver, desparramados por el suelo, y los introducen en una caja. La policía vigila la plaza. Fumigan el árbol quemado y el suelo con un polvo que desprende humo, y parte de la plaza queda envuelta en una nube impregnada de un olor apestoso y asfixiante. Pero el olor a sebo humano es más intenso. Se queda prendido al olfato de la gente.

2

PRIMER DÍA DE CLASE

El director me acompaña al aula y me presenta al maestro:

—Sidi Mohamed, este muchacho va a estudiar en tu clase.

Salen al pasillo y hablan. Sin duda, de mí. El director me ha debido de traer a esta clase para ponerme a prueba. Es posible que dentro de unos días me diga: «No puedes seguir estudiando aquí. Lo mejor para ti es que vuelvas a Tánger».

Los niños murmuran, me miran con curiosidad. Y yo me noto como un intruso entre ellos. Nunca me había encontrado delante de cuarenta personas examinándome de arriba abajo. En la clase hay alumnos de mi edad, pero saben leer y escribir. En la pizarra está escrita la lección, y ellos tienen abiertos sus cuadernos. Luego me enteraría de que los alumnos mayores proceden del campo. Vuelve el maestro y me sienta en la fila del centro, al lado del alumno más pequeño de la clase. En el aula hay tres filas: a mi derecha, en los primeros pupitres, cuatro alumnas con los pechos crecidos.

—Es vuestro nuevo compañero —dice el maestro—. ¡Tenéis que intentar ayudarlo!

Me miran, cuchicheando y agitándose en sus asientos. El maestro golpea con la regla en su escritorio. Se callan. La mayoría de ellos viste chilaba. Algunos siguen observándome con curiosidad. Es fácil diferenciar a los campesinos de los de la ciudad, por sus rasgos y su forma de vestir. Copian la lección escrita en la pizarra. ¿Qué estarán copiando? Con el cuaderno y la pluma ante mí estoy a la espera de iniciar la primera clase. Los símbolos del mundo van apareciendo en la página de mi compañero de pupitre, pero la mía está en blanco. Me fijo en ellos. «¡Qué rápido escriben!», pienso. ¿Me permitirá el director que me quede a aprender como ellos? Si no me admite, seguramente

volveré a Tánger, a frecuentar a los profesionales del vicio, sin descifrar el mundo a través de sus signos. Ya que estoy aquí, tengo que aprender. «La verdadera vida hay que buscarla en los libros», eso me dijo alguien en Tánger.

El maestro se pasea lentamente por la clase, fijándose en lo que escriben algunos alumnos, sin detenerse hasta llegar a mi pupitre. Es un hombre tranquilo y amable. ¡No ha debido de vivir con hijos de puta! Se inclina sobre mi cuaderno y escribe en la segunda hoja unas palabras: cada una en un renglón, pronunciándolas en voz baja. Luego me pide que las copie hasta completar la línea. Mi pequeño compañero de pupitre, menudo y simpático, no deja de fijarse en mí, en mi cuaderno y en mis manos mientras intento escribir, a duras penas, cada palabra. Me tiembla la mano al trazar las letras. Su mirada furtiva aumenta mi temblor y nerviosismo. ¡Dos días después, me enteraría de que estoy en el tercer curso de la escuela primaria!

He acabado los tres renglones. Cruzo de nuevo los brazos, mirando al maestro pasear entre las filas y a los alumnos concentrados en copiar la lección. Algunos han terminado de escribir. Se acerca a mí y echa un vistazo a mi escritura:

—¡Bien! ¡Pronto aprenderás, si Dios quiere!

Luego pide a mi compañero que me escriba algunas palabras similares a las que acabo de copiar. Murmullos de los alumnos. El maestro se incorpora y abarca de una sola mirada toda la clase. Se callan. Por sus expresiones y gestos, adivino que mi compañero está contento de ayudarme; no puedo decir lo mismo de mí. Soy el último de ellos. Solo sé las pocas letras que me enseñó Hamid en Tánger. Me invaden la tristeza y la culpabilidad, mi lugar no está entre ellos. Yo vengo del clan de los alcahuetes, ladrones, contrabandistas y putas. ¡Este es un lugar sagrado que estoy profanando! Pero quizá entre ellos haya algunos que son hijos de todo eso a la vez. Me consuelo. ¡Esto es, pues, un lugar de purificación! Si no hubieran llegado ellos aquí, también serían lo que yo he sido. Se disipa mi tristeza ante esta hipótesis, posiblemente equivocada e imposible de verificar, pero que me sirve de autodefensa. Me enfrento a la alternativa de quedarme aquí o volver a Tánger. Allí o en cualquier otro lugar me espera el fango putrefacto. Me quedaré aquí, aunque el azul del cielo se borre para siempre de mi vida.

Mi compañero me escribe algunas palabras, pronunciándolas en voz baja, como el maestro. Le doy las gracias, mi mano tiembla y me esfuerzo de nuevo, intentando imitar su bonita letra. A partir de entonces, aprenderé más de los alumnos que de los maestros.

3

EN EL COMEDOR DEL COLEGIO

Nos precipitamos a la entrada del comedor del colegio para ser los primeros. Durante la hora del desayuno y del almuerzo nos vigilan los maestros, que se turnan cada semana. Las chicas forman una fila aparte, entran antes que nosotros. No son guapas; quizá una de ellas podría serlo. Los ruidos al masticar y los murmullos se mezclan con el entrechocar de cucharas y platos. El maestro encargado de vigilarnos se pasea por la sala. A veces sale, nos da la espalda y se queda en el quicio de la puerta contemplando el patio vacío. Sube el murmullo, se incrementa el ruido y él nos regaña, gritando:

—¡Burros! ¡El que no quiera comer y callar que se largue fuera!

Regresa de nuevo a la entrada del comedor y se fuma un cigarrillo. ¡Es el pesado que me examinó de cálculo!

La pobreza nos ha desfigurado. Solo nos ha dejado lo que nos identifica como humanos. Quizá en el futuro estas chicas sean hermosas. ¡Si consiguen vencer su miseria!

El primer plato es un potaje. Nos lo encontramos servido en las mesas. Las moscas caen en los platos. No tenemos otro remedio que retirarlas, una o varias, muertas o luchando por sobrevivir. Los menos escrupulosos las ahogan en el caldo y luego las sacan para que les sea lícita la comida y se mueran los microbios. (Algunos creen que los microbios se hospedan en una de las alas del insecto, y, en la otra, el antídoto para acabar con ellos.) Aún sigo preguntándome quién habrá descubierto esta sabia receta sobre las moscas que caen en los platos y vasos de los hambrientos. ¡Quizá la inventó para aliviar el asco y apaciguar el sufrimiento del hambre! De los últimos platos servidos se desprende vapor. Busco asiento al final de la sala, adrede, para ir birlando los trozos de pan de las primeras mesas hasta llegar a mi sitio, en la última o

penúltima fila. Las raciones no son suficientes para nosotros, los mayores. Nos comemos hasta las migas desperdigadas por la mesa. Aprovechamos también la falta de apetito de los enfermos, presentes o ausentes, y nos abalanzamos sobre lo que sobra. Nos comemos el primer plato con prudencia, pues ¡no le faltan piedras! Me acuerdo de uno de los alumnos que masticó un trocito de vidrio que había en un guiso de arroz y escupió sangre. El segundo plato consiste en un huevo frito o una tajada de pescado con salsa de tomate; o un trozo de carne. La mayoría de las veces, la carne está durísima o parece goma, y para no atragantarnos nos limitamos a masticarla y chuparla, y luego la escupimos. Las legumbres y las verduras constituyen la base de nuestra alimentación. Cazo tres o cuatro moscas fuera de la escuela. Las envuelvo en un trozo de papel para luego tirarlas a uno o dos platos cerca de mi mesa. De vez en cuando, para no retrasarme, las cazo en los váteres. ¡Para qué distinguir entre moscas limpias y moscas sucias! A pesar de mi precaución al colocar las moscas, unos compañeros me han sorprendido en plena faena.

No se han chivado. Un día, el maestro que nos vigila me pilló robando pan y me da un guantazo, expulsándome del comedor durante tres días. Algunos compañeros se solidarizan conmigo y me traen parte de sus raciones de pan, pescado y algunos trocitos de carne. El maestro es más justo que compasivo.

Respetamos nuestra pobreza y nos ayudamos mutuamente. Casi todos somos pobres. Los explotadores consideran que nuestra pobreza es algo natural.

Después de comer me invade el sueño. No duermo lo suficiente, necesito recuperar lo que pierdo por la noche. Fuera del colegio hay un banco de cemento pegado a uno de sus muros. Me tiendo en él y caigo en un sueño tan profundo que, a veces, pierdo alguna clase o incluso todas las de la tarde. Hay en el barrio un joven inválido que sabe más matemáticas que todos los alumnos juntos. Incluso podría superar a algunos maestros, como oí comentar a los de cuarto año. Dejó el colegio sin haber pasado el examen de ingreso a secundaria. Su madre murió; su padre se fue de la ciudad y nunca más se supo de él. Se quedó a vivir con una tía suya. Ella es sordomuda, se dedica a rebuscar en los cubos de basura, por la mañana temprano, y pide limosna en la estación. El chaval hace las operaciones de cálculo de los alumnos y les explica las distintas maneras de resolver un problema. A cambio, le regalan unos céntimos, unos

cigarrillos o algo de comida. En ocasiones, con él de árbitro, apuestan al que mejor resuelva un problema; el ganador va a medias con él, aunque nos suele ayudar desinteresadamente. Cuando tengo la suerte de conseguir algunas pesetas, le compro tabaco suelto a los vendedores ambulantes de la ciudad, algún cigarrillo rubio, que le gusta más que el negro.

Voy a un campillo que está cerca de la escuela. Me tumbo a la sombra de un árbol y, en épocas de escasez total, me fumo las colillas que recojo por las calles. Veo pasar las nubes y me imagino que son animales gigantes, legendarios, sin pensar en nada más. O rememoro, de entre mis recuerdos de Tánger, los que me producen más placer: bellos muslos y curvas deliciosas, exuberantes pechos. Me masturbo. Esta mezcla de recuerdos superpuestos me provoca somnolencia. Cuando despierto, me siento tan descansado como si hubiera dormido varias horas. También me gusta ir al cementerio cristiano. Me paseo entre las tumbas y me divierto descifrando las palabras escritas sobre las lápidas, incluso aquellas cuyo sentido no entiendo. No sé qué es lo que me empuja siempre a pasear por los cementerios. ¿Será la paz que reina en ellos? ¿O la nostalgia de los días en que allí dormía? ¿Mi amor a la muerte?

LOS PIOJOS QUEMADOS HUELEN A HUMANIDAD

Hassan ha vuelto de Tetuán. Resolvió el problema de su readmisión en el instituto dirigiéndose al delegado provincial de Educación. Nos solemos reunir en el café de Sidi Abdellah con unos cinco o seis alumnos de Arcila; algunos son becarios. Al llegar el fin de semana, se van a sus casas o reciben paquetes de comida de sus familias. Hassan ya no cuenta con la ayuda de la suya. Él y sus hermanos llevaban algunos años arruinando la tienda de su padre, y después, al morir este, se repartieron lo poco que quedaba. Hassan sobrevive ahora gracias a la venta de pequeños artículos —bobinas de hilo, agujas de coser y latas de cacao— que adquiere en algún almacén y va vendiendo a las tiendecillas del zoco Lekbibat y de otros barrios. Un día lo acompañé a la tienda de un judío al que compró bobinas de hilo que revendió a otro comerciante, unos metros más lejos, al doble de su precio.

Fumamos kif, pues es más barato que el tabaco, y su efecto es mayor. Sobrevivo de la caridad de los compañeros y de los contertulios del cafetín, tan pobres como nosotros. Me ayudan a repasar las lecciones de los apuntes que voy tomando. Hassan, pacientemente, me echa una mano en las redacciones. Sigo cometiendo muchos errores gramaticales, pero saco buenas notas en el desarrollo de los temas. Cuando le pido que me aclare una regla gramatical, me dice: «No te apures por las desinencias del acusativo y del nominativo; lo principal es saber leer y escribir correctamente. Hay algunos que se saben las reglas gramaticales al dedillo, pero, a la hora de ponerse a escribir o a leer, se equivocan».

«¿Tendrá razón Hassan o estará disimulando su propia ignorancia?», me pregunto. Más adelante comprobaría que Hassan estaba en lo cierto. Miludi repasa conmigo la asignatura de Lengua Española, que domina mejor que el

árabe. Es uno de los alumnos más perezosos del instituto y el primero a la hora de fumar kif. Al llegar la tarde, me vence el hambre. Estoy desfallecido y siento mareos, el corazón me late fuertemente. Las calorías de la comida que me dan en la escuela se consumen antes de caer la noche. El kif acrecienta el hambre, pero se me hace indispensable para embriagar mi pena y mi miseria. Casi nunca llego puntual al desayuno que nos dan en el comedor de la escuela, antes de entrar en clase. No duermo bien, por el hambre y el frío, porque me paso la noche rascándome la piel mugrienta y los cabellos sucios, y deambulando por las calles. ¡Cuando los afortunados se recogen, yo empiezo mis noches de infortunio! Mis compañeros me suelen guardar un trozo de pan que me como con agua y con rabia. La ciudad está a un cuarto de hora de camino. En los días de invierno aumenta mi desesperanza. Por la tarde voy a un centro de beneficencia. ¡Otro cuarto de hora caminando! No estoy inscrito oficialmente en el comedor. El encargado, por caridad, me da un bocadillo untado en salsa con una tira de carne o grasa, o unas sardinas fritas. Los días de lluvia, por el camino, no encuentro ningún lugar donde cobijarme, solo un árbol, pero las gruesas gotas que caen de las ramas me mojan aún más. A veces, el empleado no está; vuelvo, pues, sobre mis pasos con el hambre redoblada, maldiciendo a todos los que veo comer. Un viernes me presento allí a la hora del almuerzo. El cuscús es un plato que aborrezco; lo rehúso siempre que me invitan a comerlo. Quizá porque el día de la muerte de mi tío, cuando vivíamos en el Rif, durante la hambruna, lo sirvieron con tripas de cordero a los allegados que acudían a dar el pésame. Tenía yo entonces siete años. El encargado me sienta a comer con los asiduos del comedor benéfico. Me instalo en una mesa con cuatro ancianos. Me repugnan su decrepitud y su invalidez. La mayoría de ellos piden misericordia y caridad. Uno está ciego; otro, con la boca torcida, babea; aquel no tiene un solo diente y ese tiene tembleque en las manos e innumerables taras. Sus deformidades se reflejan en mí. Será la primera y la última vez que me sienta a comer allí. Me miran mientras mastican ruidosamente la comida y la saborean. Me avergüenzo de mí mismo por no tener ninguna invalidez. El empleado me sirve un plato. Me apresuro a comerme las verduras. No pruebo la sémola del cuscús, y el trozo de carne se estira y estira, sin quebrarse entre los dientes, como la del comedor de la escuela. Ellos se la tragan tras haberla

masticado desesperadamente. ¡Me pregunto cómo la podrán digerir! Saco mi pañuelo del bolsillo y, simulando que me limpio, escupo en él el bocado estirado de goma. El encargado me da un trozo de pan para la cena y salgo. Siento una pelea de gatos en el estómago. Estoy al borde del vómito que intento retener hasta encontrarme fuera. De vuelta a la ciudad, me persigue la imagen de sus rostros. Parecen surgir de una caverna en la que hubiesen permanecido mucho tiempo. No hay nada que me dé más asco que la decrepitud del ser humano. Tengo el estómago agarrotado. Me acerco a un árbol y vomito todo lo que tenía dentro, ahogándome hasta que solo arrojo aire. Me lagrimean los ojos y todo me da vueltas. Descanso un momento y retomo el camino. ¡Dudo que Selhami se niegue a darme un trozo de pescado frito que acompañaré con este pan!

La añoranza de mi Tánger maldita me entristece. Guardo de ella un sabor excitante por muy amargas que hayan sido mis experiencias. Apenas la abandono, hastiado, y de nuevo despierta la nostalgia de mi locura por ella. Igual me ocurría en Orán, donde añoraba Tetuán.

Mi ropa está cada vez más sucia y vieja. Despide el olor de mi cuerpo. Los piojos anidan en ella. El agua empapa mis zapatos. Me ha crecido el pelo y está pegajoso de tanta mugre. Me lo rasco continuamente hasta el extremo de ensuciarme las uñas. Cuando me peino hacia delante, para sacudir la caspa y el polvo, caen piojos negros y veloces. Al pasarme el peine, suelo arrastrar tres o cuatro, bien gordos, que se agitan con viveza. Con un palillo los dirijo diestramente en su carrera hacia un trozo de papel y les prendo fuego con una cerilla. Me gusta oír el chasquido que producen al quemarse.

Suelo permanecer en el cafetín de Sidi Abdellah hasta que cierra. Después de medianoche, deambulo por las calles adyacentes a Bab Allah, la mezquita grande, que abre sus puertas para la oración del alba. Duermo en uno de los rincones, sobre la estera, que suelta un olor de humedad humana. Me despiertan de mi sueño profundo unos gritos; debe de ser un guarda con vista de lince o alguno de los asiduos de la mezquita, que me echa diciendo:

—¡Este es un lugar para la oración y la plegaria, no para dormir!

Le ruego que me deje quedarme. Como se obstina, irritado, maldigo a gritos la vagina de la madre que lo parió y a toda su parentela, y salgo, descalzo,

con los zapatos en la mano, de nuevo hacia las callejuelas.

Una mañana temprano, estaba acurrucado en una esquina de la mezquita. Siento que un cuerpo tropieza con el mío y luego se me cae encima. Me despierto y me dispongo a insultarle con furia. Es el ciego Mojtar Al-Hadad. He oído hablar de él. Es alumno del Instituto de Estudios Islámicos. Un alumno brillante. Destaca en lengua árabe y en gramática y se sabe de memoria el Corán, los *hadices* del Profeta y la poesía árabe, la de los malditos y la consagrada. Se deshace en disculpas. Cuando le digo que yo también estudio, saca de debajo de su chilaba de lana el libro *Las lágrimas de los tres amantes* de Zaki Mubarak. Me invita a desayunar juntos en el café Central para que se lo lea. Es domingo. Al salir de la mezquita le voy contando algunas cosas de mi vida y las circunstancias que me han llevado a estudiar en Larache. Hemos simpatizado enseguida. Cualquier comentario mío o suyo le hace suspirar. Él es también un miserable, pero no un vagabundo como yo. Es huérfano. ¡Él no intercambia maldiciones con su padre! Sin duda, Dios debe de alegrarse de nuestro encuentro. Tiene un hermano mayor que es el que mantiene a la familia y otro menor que va a la escuela. Me repite varias veces en un árabe culto:

—¡Y todo no es más que futilidad...!

Se conoce los atajos de las calles y los desniveles de las aceras; al ir a cruzar, me detiene en el bordillo. Gira la cabeza a derecha e izquierda, como si él fuera mi lazarillo, y me dice:

—¡Ya podemos cruzar!

Él ve con los oídos. Le dejo ejercer su destreza, como si estuviera solo. Compramos churros y nos vamos al café Central. Después del desayuno, le leo fragmentos de *Las lágrimas de los tres amantes*. Cuando me atasco en alguna palabra difícil, él me ayuda, haciéndomela repetir.

—El árabe es una lengua oral —me dice.

Estamos en el año cincuenta y siete. En los ochenta leeré un libro titulado *La lengua árabe: un fenómeno fonético*.

Cuando topamos con un verbo difícil, me lo explica, lo analiza y lo conjuga. Él será mi verdadero maestro y yo su asiduo lector. ¡A la mierda los docentes que no tienen paciencia para enseñar!

Leo cualquier cosa escrita que cae en mis manos: libros —prestados o robados— o una hoja impresa tirada en el suelo; la mayoría de las veces están en español. Me obsesiono intentando descifrar los rótulos de las tiendas y de los cafés, que, a veces, copio en una hoja suelta o en mi cuaderno de apuntes. Casi todos ellos están también en español. Me urge aprender y me aplico a ello con ahínco, incluso en los momentos más difíciles. ¡Rimbaud tenía razón cuando dijo que no era bueno que los pantalones se gastasen en los bancos de la escuela! Él, que escribió, que vio mundo.

La escritura y la lectura se han convertido en una obsesión, tanto en el sueño como en la vigilia. A veces me imagino que yo mismo soy una letra o una pluma gigantes. ¡Maldita pesadilla! Cuando no tengo dinero para un cuaderno, recojo papeles blancos ya usados para escribir en ellos mis apuntes. Si son de los que han servido para envolver churros, voy sorteando las manchas de aceite, colocando palabras aquí y allá, pues resulta imposible escribir sobre la grasa. Me divierto con esta caligrafía que forma en la hoja una mezcla de figuras de trazo infantil. Mi mugre y mi delgadez me hacen olvidar las voluptuosidades del cuerpo. Siento como si nunca hubiera disfrutado de ellas. ¡Puaj! ¡Escupo sobre este mundo piojoso, con hedor a suciedad putrefacta y asfixiante!

El profesor de Lengua Árabe de la clase de ingreso es un joven engréido. Se preocupa más por la elegancia en el vestir que por su obligación de enseñarnos. Se pasea entre las filas de los bancos, erguido y tieso, con el mismo ademán con el que lo he visto caminar por la calle, siguiendo a alguna chica, mientras enseña sus dientes blancos. De vez en cuando, se ajusta el nudo de la corbata, mirándose en el cristal de la ventana abierta que, si no lo está, abre a propósito para contemplarse. Nos cuenta chistes y nos pide que también nosotros le contemos otros. Se ríe por cualquier cosa. Se pasa la clase leyendo el periódico o algún libro. Exige que repasemos las lecciones en silencio para que no interrumpamos su lectura. ¿Ha venido a enseñarnos o acaso a aprender él? ¿Qué se habrá creído el mico este, moreno imberbe? Es irascible, insulta a los alumnos por cualquier cosa. ¡Es un hijo de la grandísima...! ¡Menudo maestro! Él es el sabio, y nosotros, unos borricos en los que se puede montar y a los que puede azotar a su antojo. Siempre tiene a mano una vara para pegar a los que lo

molestan. Golpea con tanta fuerza que el desgraciado que recibe el castigo salta y se retuerce de dolor, y regresa a su sitio con lágrimas en los ojos. Este maestro es un inmaduro. ¡Cuando se enfada, se agita más que el que intenta atrapar a un mono que se le ha escapado por las azoteas, como se suele decir! A mí me odia y se burla de mis deficientes resultados en todas las asignaturas en árabe. En una de las clases, no me había aprendido la casida de Safiyy-al-Din Al-Hili, cuyos versos iniciales, si mal no recuerdo, son estos:

*Viaja y encontrarás sustituto de lo que has dejado.
Y esfuérzate, porque en ello está el sabor de la vida.
Hay más deleite en las aguas que corren
que en las que se pudren, estancadas.*

Se me acerca enfadado y me da tres golpes en el hombro con su vara. Al tercer golpe, la punta de la vara me da en la oreja izquierda. Se burla de mis años y de mi bajo nivel de estudios, y concluye su ira de simio con estas palabras:

—¡Burro..., cretino...! ¿Y tú quieres estudiar? ¡Regresa a tu Tánger, con los maleantes, en lugar de perder el tiempo y hacérselo perder a nosotros!

Será la primera y última vez que me ponga la mano encima; después se limitaría al insulto continuo, hasta que se olvidó de mi existencia. Me toco la oreja ensangrentada. Desaprobación en la mirada de mis compañeros. Con la cabeza baja, se solidarizan conmigo. Siento el impulso de abalanzarme sobre él y darle un cabezazo, como solía hacer en las peleas de barrio de Tetuán y Tánger, aunque yo salga perdedor; pelear hasta que uno de nosotros caiga; intentar morderle su oreja de burro hasta arrancársela y escupírsela en la cara. Pero eso supondría mi último día de escuela. ¡Dejemos que los dientes de un burro se encarguen de esa oreja de burro! Cuando acaba la clase, me dirijo a los lavabos y me limpio la sangre seca. Algunas gotas me han caído en el hombro. Al lavarme la herida, me vuelve a sangrar.

También nos da clase el maestro que me examinó de Matemáticas el primer día. Como el otro, también este pierde enseguida la paciencia, y es severo. Nos trata de burros en la clase y en el comedor. Siempre lleva bajo el brazo un

montón de libros en lengua extranjera. Dicen que estudia inglés por correspondencia, que sabe español y algo de francés. Nos enseña cálculo, geografía e historia. Él también nos pega con la vara en las puntas de los dedos o reparte bofetadas, pero no se va de clase hasta que no hace las paces con el alumno al que ha castigado. A diferencia del otro, a este no le guardamos rencor. Suele ayudar, con algo de dinero y ropa, a los alumnos más necesitados que llegan del campo, y los va a ver a sus casas para averiguar su situación y controlar sus deberes. Yo nunca he disfrutado de su generosidad ni de sus cuidados fuera de la escuela. No tengo un sitio fijo donde dormir. Sigo los pasos de los borrachos, los fumadores de kif y los noctámbulos. Siempre encuentro un lugar entre ellos. Compartimos los mismos recuerdos y el mismo lenguaje, tenemos nuestro mundo, día y noche, en nuestra hermosa maldición. Los borrachos, los fumadores de kif y los noctámbulos se parecen; la solidaridad los une donde quiera que estén, en cualquier tiempo y espacio. Rechazan al intruso y al entrometido si no se convierte a su credo de malditos.

Empiezo a entender, a través de mis lecturas, el sentido de algunos símbolos del mundo. Apruebo el examen de ingreso. Copié el examen de cálculo de un compañero. Se comenta que algunos aprobaron por enchufe o por corrupción. ¡Yo también hice trampa! El dueño del restaurante Selhami me ha dado algo de dinero para el billete de autocar y vuelvo a Tánger, maldición mía, por mucho que nos alejemos, me perteneces y yo a ti.

5

MARWANI

Llega Marwani al café Raqqasa, como de costumbre, pero hoy no lleva la bandeja con tortas que vende por los cafetines. Esta mañana solo lleva una torta partida por la mitad untada con mantequilla y miel. Toma su desayuno, insultando a los que lo acusan, a sus espaldas o en su propia cara, de traidor a su patria, y, al acabarlo, se pone a gritar, con voz enfurecida:

—¡Hoy les voy a demostrar quién soy yo, ese supuesto agente del colonialismo, según dicen por ahí!

Los clientes comentan, en voz baja, el arranque de locura que perciben en los ojos de Marwani. Se está fumando un cigarrillo con nerviosismo. De repente, se pone en pie y saca una enorme navaja de su cinturón, de debajo de su amplia túnica blanca. La inquietud se refleja en los rostros de los presentes, inmovilizados en sus asientos. Marwani los recorre con la mirada, casi sin pestañear. Ellos lo observan fijamente.

—¡Hoy se van a enterar esos hijos de puta de quién soy yo!

Esconde la navaja y sale corriendo en dirección a la cuesta de Siaguin. Al llegar a la plaza de Benito Pérez Galdós, acuchilla a un cambista judío en su tienda y a una mujer extranjera. Luego sale disparado hacia la calle Tauahin, mostrando la navaja ensangrentada. Por el camino, se cruza con algunos marroquíes, pero ni se fija en ellos. Va gritando:

—¡Guerra santa, por la gloria de Dios! ¡Hijos de puta, malditos sean los infieles y los traidores!

Al llegar al barrio de Ben Cherqui, se dirige hacia una tienda y, al encontrarla cerrada, da una patada a la puerta y escupe, profiriendo insultos contra el dueño. Prosigue su carrera. En la calle de Dar Dbagh acuchilla a un hombre y a una mujer extranjeros. Cerca de la estación, en la avenida de

España, hay un policía español. Se dirige hacia él mostrándole la navaja. El agente le dispara a la pantorrilla. Marwani se desploma en el suelo, restregándose en su propia sangre, maldiciendo e insultando. Llega una ambulancia, seguida de un *jeep* de la policía, y se arma un revuelo de gente.

6

EL AMOR OBSTINADO ES COMO EL PAN DEL POBRE

Sentado en la terraza del café Central. Embotado por el calor. Ella sube por la calle de La Marina. Enfundada en una blusa y un pantalón blanco transparentes, ajustados a su cuerpo esbelto. Joven y hermosa. Rubia. De andar coqueto, nariz pequeña y ligeramente chata, una melena larga y lisa, el labio superior arqueado. Ojos grandes y achinados. Gata siamesa. Quizá tenga el carácter de una felina juguetona. Si es lo que me imagino, tendrán sentido las cosas que me cosquillean la mente. La sigo. Mi cansancio va desapareciendo. Ella entra por la calle de Curro las Once, en la plaza del Progreso, se mete en una casa que disipa mis dudas. ¡Es una de ellas! Espero hasta que suba las escaleras. La patrona del burdel me recibe con una sonrisa. Es Lalla Galia. Se le nota el paso de los años, pero mantiene su vitalidad y elegancia. No debe de haber otra casa con más esplendor que esta: es la casa de la paz. Risas y voces resuenan en una habitación. Me invita a pasar a un pequeño cuarto amueblado al estilo marroquí, con divanes. Huele a incienso. De las paredes cuelgan tapices con motivos de *Las mil y una noches*. Le pido una cerveza. Me la sirve una joven morena, guapa, menuda y rellenita. «Para follar, escoged a las altas, si son blancas, y a las bajitas, si son morenas.»¹ Lleva un vestido violeta y blanco. Se inclina y deja el botellín sobre una mesita ante mí. Los muslos se le traslucen a través de un rayo de sol que cae vertical, iluminándole el valle, penetrado por la fuerte luz. Le doy las gracias y sale mirándome con una sonrisa. Lalla Galia se asoma a la puerta y su imponente estatura quiebra el rayo de sol. Aparece, vivaracha, con un cigarrillo en la mano y pavoneándose con su caftán de un color deslumbrante. Le pido otra cerveza antes de acabar la primera. Le pregunto por la del pantalón y la blusa blancos. Me dice que el

precio por estar con una de ellas es de cincuenta pesetas. Acepto y me sirve la tercera cerveza antes de acabar la segunda. Me dice que la que yo quiero ya tiene compañía. ¡Debo tener paciencia, pues! «Hay otras dos más guapas», me comenta. Le contesto que me la elija ella misma. «¡Confía en una alcahueta; nunca te decepcionará!» Lalla Galia llama a Rabea. Sale la bella morena. Dos cervezas más. Me dice que ella es de Meknés. Le contesto que nunca he estado allí. Nos llevamos nuestras bebidas a otro cuarto donde hay una cama. Le pregunto por la del pantalón y la blusa. Me dice que la que yo quiero es de Tánger. El olor de Rabea es fuerte y picante, como su simpatía.

Por la tarde vagabundo por los bares del Zoco Chico. Los comentarios del día giran en torno al ataque de locura de Marwani y los navajazos que fue repartiendo; se habla de su familia de locos y del colonizador, que elige a sus colaboradores entre los débiles mentales y los dementes que acaban convirtiéndose en criminales. Me reconcomen la obstinación y la borrachera triste, y vuelvo al burdel de la alcahueta Xaruita.² Me dice que Kinza está todavía en compañía de hombres y que vuelva mañana o que me ofrece otras más guapas que ella. Le propongo pagar cien pesetas por la inalcanzable. Va a consultarlo con ella. Le digo que le daré lo que ella quiera. Kinza aparece en el vestíbulo, con un andar lento, como una pantera que se ha saciado con su presa. Lanza una mirada altiva y luego desaparece, envuelta en su obstinado orgullo. Xaruita me sirve otra cerveza:

—No te apures tanto por ella. Es testaruda y yo no soy quién para quitarle su derecho a serlo. Vivimos un tiempo de mujeres en un mundo de hombres. ¡Vuelve otro día, a lo mejor Dios la hace entrar en razón!

Esta mañana, en el puerto, he hecho una buena venta de relojes de imitación. He ganado treinta dólares. Por la tarde, me encuentro con Hamid Zailachi deambulando por las calles del Zoco Chico. Hace dos días que salió de la cárcel. Lleva el cráneo afeitado y cubierto por una boina negra de lana. Está pálido y alterado.

—Me metieron en una celda pestilente, llena de ratas que salen de los váteres. Pasé allí tres días.

—¿Por qué en una celda?

—Me negué a limpiar los váteres, fingiendo estar enfermo. El celador se cebó conmigo porque yo no tenía nada que darle al muy hijo de puta, como hacen los que quieren librarse de la limpieza. Todo ocurrió porque entré en el bar Normandie, en la plaza de Francia, para tomar una copa, no me quisieron servir y fui y les oriné en la puerta. Me agarraron los camareros; llamaron a la policía y me condenaron a un mes de cárcel.

Hamid piensa volver a estudiar a Larache; esperemos que no le metan otra vez en la cárcel y no vuelva a andar con esas pandillas de ladronzuelos y vagabundos. Es listo, pero puede dar un mal paso y caer.

—No quiero terminar mis días con los malditos. Los que mandan dentro de las cárceles son peores que los que mandan fuera de ellas. Más vale obedecer a un mandón que a un mandado...

Le cuento lo de Kinza.

—Quiere aprisionarte en las redes de su amor. ¡Aléjate del amor de las putas! Intentan vengarse de todos los hombres a costa de uno de ellos. Piensan que es el hombre el que les ha estropeado sus vidas. Todas han fracasado en el amor.

—Es rubia, y he oído comentar que el carácter de las rubias es muy voluble.

—¿Quién te ha contado esa tontería? —dice, soltando una carcajada—. No existe un color de mujer bueno y otro malo. Tienen el mismo color por dentro, aunque difiera el de su piel. ¡Zambúllate en los placeres del sexo y olvida las penas de amor! El amor es un tormento como el pan del pobre.

Vamos por la calle de Los Cristianos y entramos en el bar El Gallo. Hay algunos clientes españoles y unos cuantos marroquíes. Dos mujeres españolas están bebiendo y charlando con un español y un marroquí. Tomamos dos copas. Nos molestan las carcajadas de las prostitutas y salimos de allí.

Le doy a Hamid cien pesetas. Mañana iré a Arcila para visitar a su familia. No lo veré hasta que nos encontremos en Larache. Me despido de él. Voy al bar de Jacobito. Una copa de fino La Ina. Se vuelven a apoderar de mí los demonios, empujándome hacia la casa de Xaruita. Rabea no está ocupada. Recuerdo su bella desnudez morena, el vello delicado de su espalda, la tersura de sus muslos rellenos y su sudor fuerte. Me imagino vistiéndola y vistiéndola

con sedas, mientras ríe hasta el agotamiento, dando vueltas como una serpiente al acecho. Y se desviste y desviste, hasta que queda desnuda, más allá de su desnudez. Hamid tiene razón. ¡Apetito del pan de los muslos y no picadura del amor! El amor es un diablo. ¿Quién lo puede dominar? Ciento cincuenta pesetas para ella y cincuenta para la patrona. Es el precio de una noche perfumada con Rabea, toda para mí.

Bebemos unas copas y nos vamos a su pensión: La Plata. Compramos una botella de Martini, tres limones y agua de soda. Su habitación es pequeña. La noche está calurosa. Nos sentamos, en ropa interior, en el borde de la cama.

—¿Por qué insistes en querer acostarte con Kinza?

—Por obstinación.

—Entonces es que no la quieres.

—Me gusta.

—Ella es amiga mía. Mañana le voy a hablar de ti y se acostará contigo, sin necesidad de que le entregues mil pesetas, como le propusiste a la patrona. Kinza también es testaruda. Quizá se han removido en ella cosas que le hacen daño.

—Ya no me interesa acostarme con ella.

Nos tomamos dos copas, callados y pensativos. Nos miramos.

—¿Está enamorada de alguien?

—Ahora no quiere a nadie, pero espera encontrar el amor verdadero.

—¡El amor verdadero!

—Sí. ¡El amor verdadero!

—¿A qué te refieres?

—¿Estás bromeando? —me pregunta, sonriendo.

—No, en absoluto.

—¡Todo el mundo sabe lo que es el amor verdadero, menos tú!

—Yo no sé lo que es eso.

—¡Basta de mentiras!

Nos comportamos como dos niños que intentan descubrir otro secreto más de los que encierra el mundo.

Compro algunos libros de Al-Manfaluti, Gibran Jalil Gibran y May Ziada y me encierro a leerlos. Ellos escribieron sobre el amor ideal, el amor verdadero. Salgo al restaurante María, cerca de mi pensión, y regreso con una botella de vino y un libro sobre el verdadero amor o lo más parecido a eso. Encuentro algo de consuelo en las palabras de los tres autores, pero ellos hablan de un amor condicionado por la muerte, el sufrimiento eterno o la locura.

Me encuentro con Rabea en el Zoco Chico. Kinza se ha mudado a la misma pensión que ella. Me sugiere que me mude yo también. Es más barata que la mía. Y puedo llevar a quien yo quiera. «Es una encerrona», pienso para mis adentros. Me mudo, pues, empujado por la obstinación, la curiosidad y la aventura. Alquilo un cuarto pequeño en la azotea, con vistas al mar. Hago amistad con el portero de noche, un muchacho que se pasa el tiempo bebiendo vino y fumando kif. Odia a las mujeres desde que su amante Shama lo traicionó con un amigo suyo. Cuando el kif y el vino lo vencen, yo lo sustituyo en su puesto de vigilancia, si no me han vencido a mí primero. A veces Kinza llega con un cliente que pasa toda la noche con ella o sale del cuarto al cabo de un rato. Rabea hace lo mismo en otros hoteles. No sé qué es lo que le impide traer a sus clientes aquí, si se entiende bien con Allal, el portero, mucho mejor que Kinza, con su temperamento nervioso y distante. La lectura me absorbe y me aleja del kif y del vino. Me compro también *El loco de Leila* y *Cleopatra* de Ahmed Chauki. Una tarde, Kinza me encuentra sentado detrás del mostrador de la recepción, leyendo *El loco de Leila*.

—¡Como sigas leyendo tanto, vas a perder el juicio! —me dice, mientras entra acompañada de su cliente.

Ha debutado como bailarina de danza oriental en un cabaret. Aunque es una principiante, ya la llaman «el genio de la danza». Una noche vuelve borracha. La sostiene el taxista. Lleva en la boca un puro. Es la primera vez que veo a una mujer fumar un puro del tamaño de un pene en erección. Va vestida con un traje de noche negro brillante, un collar de bisutería blanco que le cuelga sobre el pecho y una flor roja prendida en el pelo. «La noche oculta el mal», me dijo una vez un juerguista de esos que no se dedican al desenfreno de día.

—Si no la sujetas como yo, se va a caer —me dice el taxista, mientras se aleja.

Le sienta bien el negro a la blancura de su rostro, de su cuello y de sus brazos. La dejo de pie, tambaleándose, mientras cojo del mostrador la llave de su habitación.

—Soy una mujer importante. Tú aún no me conoces.

Allal, el portero, duerme como un lirón. Le quito a Kinza el puro de la boca para evitar que me queme la cara mientras la sostengo. Olor a vino, a tabaco y a perfume fuerte se mezclan en mi olfato. Esta noche yo he bebido poco. Una borrachera como la suya está fuera del alcance de mi bolsillo. Me rodea el cuello con sus brazos y subimos las escaleras; ella, balanceándose con su grandeza, y yo, sufriendo con su peso. Tiro el puro al suelo. No debe de acordarse de que estaba fumando. Se detiene en un escalón para hablarme del cónsul de España, que acude al cabaret solo para verla; se muere de amor por ella. A veces hace ademán de quererse quedar a dormir en la escalera, pero yo la levanto.

—¡No, aquí no!

Le quito los zapatos dorados y la tiendo sobre la cama, con todos sus adornos. ¡Vive su noche majestuosamente! Me siento en el borde de la cama, a sus pies, y enciendo un cigarrillo. La contemplo; está como ida, con una respiración pausada. Ahora tiene la belleza de una mujer muerta, deseada en los tiempos de Babilonia o de la antigua Grecia. Se ha quedado sin armas para seducir. Ha perdido el orgullo, el encanto y la coquetería que despliega cuando está despierta. Se ha liberado de todo simulacro y artificio humanos. Ahora está entregada a ella misma, por entero, a pesar suyo.

Entro en mi cuarto y bebo un vaso de agua mezclada con zumo de limón. Fumo y pienso en la sordidez de las relaciones humanas. Sueño con una larga fila de hombres desnudos que esperan su turno para acostarse con Kinza. «¡Venid todos a mí, mi tiempo es el tiempo de todas las mujeres!», les dice ella. Sueño y sueño hasta que me despierta el sueño de los sueños.

No he vuelto a ver a Hamid desde la última vez que nos despedimos. Pasan los días y el comercio en el puerto sigue decayendo. A veces hago de guía para turistas y marineros; los llevo a los burdeles y a los bares. Rabea y Kinza se

acuestan con sus clientes. Yo leo y copio fragmentos de mis lecturas hasta que se me graban en la mente el estilo y la escritura correcta, aunque no sepa las reglas gramaticales, como me aconseja Hassan.

Octubre se acerca. No he ahorrado mucho. Me he gastado todo en bares y prostitutas para olvidar mi desengaño con Kinza. Lleno una maleta grande de ropa que he intercambiado en el puerto con los marineros por pequeños artículos de artesanía marroquí. He comprado otras prendas en el mercado de ropa usada. Las venderé a los alumnos de Larache cuando me quede sin blanca. La víspera de mi viaje invito a Rabea a venir conmigo a la playa y a comer en un restaurante cerca del mar. Nadamos, comemos y juguetamos. Para mis adentros, desprecio a Kinza y me divierto con Rabea. Nos zambullimos en el agua y volvemos a salir a la superficie. Abrimos las piernas y pasamos por turno entre ellas, retándonos a ver quién resiste más debajo del agua. Recuerdo lo que dijo un español a su amigo en el bar General: «¡Un amor con otro amor se olvida! ¡Recordar el primer amor es amar por segunda vez!».

Pero el amor por Rabea no me ha hecho olvidar mi amor por Kinza. El amor es una maldición. Kinza es mi maldición.

En el restaurante Puerta del Sol, Rabea me cuenta con lágrimas en los ojos la muerte de su madre. Su padre se volvió a casar al mes siguiente. La nueva mujer nunca la quiso, ni quiso criar a su hermano, que extrajeron del vientre de su madre mediante cesárea. Una noche, la mujer de su padre fue a una boda. A Rabea le entró sueño y se quedó dormida en la cama de ellos. Su padre volvió borracho y se acostó con ella, creyendo que era su mujer. La obligó a marcharse de Meknés, amenazándola con matarla si no se iba.

—Estas cosas no siempre ocurren por error —le digo—. ¡Pasan cosas peores!

Ella deja de llorar y su mirada se serena.

1 Recomendación de *El jardín perfumado* de Omar Ben Mohamed Al-Nefzaui (siglo XVI), manual de erotismo y de iniciación a la vida sexual de los muchachos marroquíes. [Todas las notas son de las traductoras.]

2 En el norte de Marruecos es muy común poner apodos. En esta obra aparecerán los siguientes: *Xaruita*, «trapo viejo»; *Comero*, deformación de *comer* en español (*comera* es, popularmente, la barra de pan español); *Batati*, deformación de *patata*; *Temjuj*, «cabezón»; *Bettija*, «melón»; *Barguta*, «pulga»; *Buassa*, «el del palo».

FÁTIMA

Nos sentamos en el café Central. Saca un libro de debajo de su chilaba y me lo tiende.

—Esta es una obra extraordinaria. Es lo mejor que podemos leer.

Es la novela *Los miserables* de Victor Hugo. Un capítulo que tradujo al árabe Hafid Ibrahim con un estilo arcaico. Pedimos dos cafés con leche. Le leo en voz alta. No entiendo la mayoría de las palabras. Son términos extraños que me cuesta pronunciar. Mojtar conoce el sentido de casi todos. Una mujer está sentada en la barra del café con un grupo de españoles. Se ríe mucho y tres de ellos la están cortejando; de vez en cuando me mira. Tiene una sonrisa radiante. Correspondo a su agradable sonrisa. ¿Qué habrá detrás de esas miradas? Pienso en las mujeres y sus caprichos. El camarero nos sirve dos cafés.

—¡Los cafés son por cuenta de la señorita Fátima!

Quizá no sea un capricho. A lo mejor lo hace por lástima. A menos que conozca a Mojtar. Le agradezco el detalle con una mirada sonriente. Antes de que yo le pregunte nada, Mojtar se me adelanta:

—Ella se siente a gusto con los españoles. Evita a los marroquíes, pero es buena chica.

Mojtar distingue a la gente por la voz, o, si los conoce personalmente, solo por el tacto.

Las clases en el instituto aún no han empezado y el internado no ha abierto todavía. Los alumnos que llegamos de fuera, del campo o de otras ciudades, nos tenemos que procurar el alojamiento y la comida por nuestros medios. Mil pesetas es todo lo que tengo. En la calle de Caíd Ahmed hay un cobertizo destinado a almacén que forma parte de los bienes de las entidades religiosas. Hamid, que ha sido admitido en el Instituto Ibn Abbad, se ha procurado la

llave. En uno de los rincones que hemos escogido para dormir, encendemos fuego por la noche y nos sentamos de tertulia. Nos alumbramos con velas. Solemos comprarnos una botella de ron Negrita para calentarnos del frío cortante de la noche y arrastrar nuestra añoranza de Tánger. Hemos colgado en la pared un viejo tablón negro que nos sirve de pizarra para repasar las matemáticas y demás asignaturas. Hamid conoce a una chica que vivió una temporada en Tánger, maltratada por los golfos nocturnos. Ella comparte con nosotros nuestra soledad, cuando no está ocupada toda la noche con algún generoso cliente. Nos hace la comida, bebe con nosotros y participa en los gastos. Es una joven que no ha nacido para prostituirse. Aunque no habla mucho, su presencia es cálida. Duerme entre nosotros dos, en una yacija baja que nos hemos agenciado con cartones, retales de ropa vieja y periódicos. A ella no le molesta que nos turnemos para calentarnos con su cuerpo ardiente. No tiene tanto interés por el sexo como nosotros. Una especie de pudor la induce a esa pasividad. Quizá también es así con los demás hombres con los que se acuesta. Probablemente solo pretende nuestra amistad. Pero nosotros no conocemos la amistad de un hombre con una mujer sin que haya sexo de por medio. Ella es una hembra, y nosotros, unos machos que devoramos su feminidad. Me entristece su llanto, a veces, cuando yace entre los dos. A Hamid le da igual, pero ni él ni yo soportamos verla dormir lejos de nosotros. Su padre murió siendo ella pequeña y la crio su tía. Ninguno de los dos tenemos posibilidad de ganar algo de dinero. Mis pesetas se están acabando. Hamid llegó de Tánger sin blanca.

—Hoy te vas a poner lo mejor que tengas —me dice un domingo por la mañana.

—¿Por qué?

—Te lo explicaré después.

Tengo una chaqueta y un pantalón que solo uso en las vacaciones, si no llueve. Escojo una camisa blanca y una corbata de colores vivos.

—No olvides llevarte tu cartera de cuero y tu pluma estilográfica, la que no utilizas en clase.

—Pero ¿a qué viene todo este montaje?

—Tengo un proyecto genial.

—¿Cuál?

—Hay mucha gente que llega del campo en busca de trabajo.

—¿Y qué?

—Voy a pescar a dos o tres. Les voy a contar que tú eres el amigo del secretario particular del bajá de la ciudad. Y tú escribirás una carta para cada uno de ellos que diga: «El portador de la presente necesita trabajo. Ruego que se atienda su demanda».

—¿Así de fácil?

—Sí. Eso es lo que debes escribir.

—¿Y si nos pillan?

—¿Quién nos va a pillar?

—La policía o los propios interesados.

—Negaremos que lo hemos hecho. ¿Acaso no sabes mentir? ¿Dónde están tus días de Tánger?

—¿Y cómo voy a negar que lo he escrito, si es mi letra?

—Escribe con una letra distinta de la tuya. Los expertos no se van a detener a examinar tu letra por un asuntillo de tan poca monta.

—¡Allá tú con las consecuencias!

—¡Vale, yo soy el maldito, y tú cierra ya la boca!

Se va en busca de sus víctimas. Yo me dirijo al café Nechma con mi serio atuendo. Estoy leyendo *Las ninfas de las praderas* de Gibran Jalil Gibran cuando veo aparecer a Hamid con dos campesinos. Me saludan con gran respeto. Situación embarazosa para mí. Les pido que se sienten.

La miseria se refleja en sus rostros. Hamid se sienta y me explica lo que solicitan de mí. No estoy acostumbrado a timar de esta forma. Esta sobrepasa todas las estafas que he hecho. Bebo un sorbito de café. Ellos pidieron té con hierbabuena. Hamid no da importancia a los medios empleados para buscarse la vida; y, en circunstancias como estas, los timados solo pueden pertenecer a nuestra misma clase social.

Todo vale con tal de que acabemos nuestros estudios. «¡Que roben también ellos a sus semejantes, como los estamos robando nosotros!» Esas fueron sus palabras, después de que las pobres víctimas se hubiesen ido. Acordó con ellos doscientas pesetas por escribirles las dos cartas. Yo escribo en cada una de ellas:

«El que suscribe, ciudadano marroquí, busca colocación de lo que sea. Le ruego que me contrate. Dios ayuda a sus servidores si estos ayudan a sus hermanos». Ellos no saben firmar. Salpico unas gotas de tinta en una hoja y les pido que apoyen el pulgar impregnado de tinta.

Un domingo por la mañana, Hamid y yo vamos paseando por la calle Real sin tener en el bolsillo ni para un café. Nos quedan solo unos cigarrillos que vamos fumando a medias. Hamid se ha demorado viendo el escaparate de una tienda, mientras yo lo espero ante otra. De pronto oigo gritos. Un hombre lo ha agarrado y otro me mira y viene derecho hacia mí, chillando encolerizado. Salgo corriendo, disparado, por una callejuela que me conduce ante una puerta lateral de la Mezquita Grande. Se me ocurre refugiarme en el lugar sagrado. Entro corriendo sin descalzarme. En la sala de las abluciones me doy un resbalón, aunque no llego a caerme. Miro para atrás. ¡El hijo de puta se está quitando los zapatos! No hay lugar para esconderme. ¡Yo sigo con los zapatos puestos! Oración del mediodía. Voy saltando por encima de las espaldas de los fieles postrados en el suelo. Se asustan. Salgo por la puerta principal, en plena plaza del zoco Lekbibat.

—¡Volved a vuestros rezos, no pasa nada! —les grito a los hijos de la grandísima...

¡Parece que no tienen oídos! ¡Malditas sean estas liebres humanas! Corren detrás de mí. Los vendedores del zoco han formado un revuelo. Cada vez es mayor el número de mis perseguidores. ¡Cuando una liebre echa a correr, todas las demás la siguen! Me dirijo hacia Ain Cheqa. Me detengo en el muro que da al mar. A lo lejos, mis perseguidores también se han detenido y me miran con los ojos desorbitados. Jadeo, apoyado contra el muro y los miro. En sus ojos, maldad y amenaza. No voy a dejar que se salgan con la suya. Emprenden, de nuevo, la persecución; al principio, despacio, y, luego, cada vez más rápido. Reinicio mi carrera. Los veo detenerse; hablan entre ellos y desisten de perseguirme. Me detengo yo también, tosiendo y sofocado. Me apoyo en el muro. La brisa del mar aligera mi fatiga.

Por la tarde voy al cobertizo. Hamid está allí con Saída. Tiene el ojo izquierdo hinchado y lleva un algodón en la nariz. Saída me mira como si fuera

una hermanita de la caridad que atendiese en un convento a un herido de alguna guerra medieval. Hamid y yo nos miramos y soltamos una risa histérica.

—Tú has tenido suerte —me dice—. Te has librado de tu perseguidor. El que te seguía a ti era más fuerte y violento que su compañero. ¡El cabrón volvió a por mí y me golpeó! Su amigo no pudo apartarlo de mí. La gente que pasaba por allí intervino y me pude salvar de que me llevaran a la comisaría. ¡Si te llega a agarrar, te hubiera arrastrado por el suelo!

Unos golpecitos en la puerta. Pienso: «Son golpes de un forastero tímido». Hamid va a abrir. Me llama. Es Fátima, la risueña. ¿Qué querrá? Nos saludamos sonriéndonos. Su rostro está tenso. Apenas lleva maquillaje, contrariamente a como suele acudir al café Central. Se la presento a Hamid y la invito a pasar.

—Hoy no, gracias. Quiero hablar contigo.

Me disculpo ante Hamid y la acompaño. Él nos mira sin prestar atención.

—¿Quieres venir a cenar a casa? Llevas muchos días sin aparecer por el café Central. Pregunté por ti al camarero.

—Estos últimos días, al salir de clase, me vengo derecho al cobertizo a repasar las lecciones.

Ella vive en la calle Real. Una casa pequeña: un cuarto, una cocina y un baño. Los muebles son modestos y limpios. En las paredes, fotos enmarcadas con cristal y colgadas de unos cordones rojos. Huele a guiso de carne y a especias. Se me hace la boca agua y se agudiza mi apetito. El cuarto estaba encendido cuando llegamos. Una botella de vermut y rodajas de limón. Seguro que Hamid está ahora maldiciendo a las mujeres.

—Esto es todo lo que tengo hoy.

Brindamos. Ella bebe un sorbo y deja el vaso en la mesa como si acabase de recordar algo.

—Ahora vuelvo.

Me quedo contemplando las fotografías de la pared. Fátima sola. Fátima acompañada por unos españoles. Un retrato de una mujer y un hombre mayores. ¿Sus padres? Una foto de ella con una niña.

—¡Esta es mi hija Salua! —me dice, sonriente, presentándome a una niña tímida—. ¡Dale un beso a este señor!

Pega su boca caliente a mi mejilla. Yo la beso ligeramente en la frente. Odio a los malditos que besan a los niños en la boca o muy cerca de ella. Chupan las bocas de las rameras y lamen sus coños. «No hay hombre santo ni coño limpio», eso es lo que dice Hamid.

—Tiene siete años. Está en primero.

Sonríó a la niña y la siento a mi lado.

—Este señor va a repasar contigo las lecciones cuando vuelvas del colegio.

Me trae sus cuadernos. Los hojeo.

—Tiene buenas notas.

—Quiero que estudie Medicina o se dedique a la enseñanza. ¿Verdad que sí, Salua? No quiero que sea como yo. Solo estudié tres años con las monjas españolas y, más que a leer y escribir, aprendí a coser y bordar.

Es la primera vez que conozco a una niña marroquí que se llame Salua.³ Ella sonríe, tímida, encogidita. Durante la cena, Fátima corta un trocito de carne y se lo pone en la boca a su hija y, a veces, me tiende a mí otro. Brindamos, chocando nuestros vasos. Ella está ebria de alegría. Después de la cena, se lleva a la niña a casa de una vecina que la cuida.

—¿Por qué no duermes contigo?

—Vuelvo tarde por las noches. Y no me despierto temprano. Ella se levanta a las siete para ir al colegio a las ocho.

Le pregunto de dónde es.

—Nací en Larache. Mis padres son de Tnin Sidi Yamani. Mi madre murió y mi padre se volvió al pueblo. Ahora está casado y trabaja nuestras tierras.

Momentos íntimos de placer. Ya no parece la puta provocativa del café Central. Pudorosa en sus gestos y en su suave voz. Cuando nos callamos, ella se sumerge en un estado de ausencia, triste y dulce, y yo me entretengo observando las fotos colgadas de la pared. Cuando su presencia despunta de nuevo, comparto su alegría.

Mojtar Al-Hadad va caminando, solo, por la calle. Lo paro. Me toca y, luego, me va palpando el brazo hasta detenerse en mi mano:

—¡Chukri! Te estaba buscando. Pregunté por ti en el café Central. ¿Vamos allí, a que me leas un poco?

Posiblemente me reconoce por el olfato. Lleva en la mano la novela *Leila languidece en Iraq* de Zaki Mubarak.

—No tengo dinero para la consumición y solo me quedan dos cigarrillos.

Me agarra del brazo y me lleva al internado de la Escuela de Estudios Islámicos para pedirle prestado dinero a un alumno de origen campesino que vive ahí. En el vestíbulo del edificio se dirige hacia la izquierda y va palpando las puertas. Al llegar a la tercera, se detiene y golpea. Nadie le contesta. La puerta no está cerrada con llave. La abre y entra. Sale de allí, mirando con los oídos, a derecha e izquierda, como suele hacer. Lleva algo escondido, lo saca a través de la abertura de los costados de la chilaba.

—¿Qué llevas ahí?

—¡Cállate! Es el hornillo de petróleo. Lo vamos a vender. Espero que no nos encontremos con él antes de salir de aquí.

—¿Con quién?

—Con el dueño del hornillo. Es un alumno con el que repaso las lecciones de árabe.

Mojtar se queda esperándome bajo los arcos de Lekbibat, mientras me dirijo al restaurante de Selhami. Lo encuentro allí, con un gallo asido por las alas.

—Querido gallo, te ha llegado la hora. No me culpes a mí, sino a quienes esperan tu carne. Me veo obligado a ejecutar esta sentencia, y lo lamento; estoy triste por ti. A partir de hoy, dejarás de soñar con los granos de maíz y de saltar sobre las hembras presumidas que solo piensan en picotear. Pero tú, tú siempre llevabas la cabeza erguida. Mirabas más al cielo que a la tierra. ¡Adiós, querido amigo, seductor y hermoso!

Luego lo degüella con una navaja y lo suelta, mientras el ave se revuelve, agitándose en el suelo. El gallo se yergue un instante, con los ojos desencajados, y da un salto para volver a caer entre convulsiones. Selhami suele soltar un discurso antes de matar un gallo. Nunca degüella a las gallinas. «Las hembras solo sirven para la reproducción, su carne es sosa y grasa, porque se agotan de poner huevos y cuidar de sus crías. ¡Un gallo tiene alma, no es un violín!», eso es lo que él dice. Degüella a los gallos con una navaja, en lugar de con un cuchillo, para que no sufran. Le vendo el hornillo de petróleo por treinta

pesetas. Me pregunta si lo he robado. Le juro que es de un compañero de clase que necesita dinero para unos cuadernos.

Nos repartimos el dinero. Antes de ir al café Central, Mojtar me pide que pasemos por la callejuela donde vive su amada Batul. Cerca de su casa se detiene, suspira y nos vamos. «¡Ya olió su calle!», pensé. Él perpetúa la tradición del auténtico amor platónico. En 1974 morirá al ser operado de corazón, ¡de su corazón débil y enamorado!

—¿Ella también te quiere?

—No lo sé.

—Yo creo que sabe que la quieres.

—Me da igual que lo sepa o no.

—¿Os habláis?

—Nunca a solas. Cuando está con alguna compañera del instituto, hablamos un poco y nos saludamos.

Nos sentamos en el café Central y le leo la novela *Leila languidece en Iraq*. Él suspira y me va explicando las palabras que desconozco.

En el instituto veo mi nombre en la lista de los becarios admitidos en el internado. Es sábado; el lunes abrirán.

Voy a ver a Fátima, el domingo. Me felicita por mi beca y me da tres besos en las mejillas. Está maquillándose para empezar su día festivo en los bares.

—No se te ocurra dejar de venir y darle las clases a mi Salua. Cuento contigo.

—Tu Salua también es mi Salua.

Con una sonrisa resplandeciente, me desliza en la mano veinte pesetas. No las rechazo. Ella me ha acostumbrado a esto. Tiene un oficio y a mí me espera un curso con apuros materiales antes de que lleguen las vacaciones de verano y vuelva a Tánger. Le doy la lección a Salua y la acompaño de paseo. Le compro una chocolatina con el dinero que me ha dado su madre. Paseamos y jugamos en el parquecillo municipal y luego la dejo en casa de Lalla Fatna, la señora que la cuida.

Encuentro a Hamid leyendo; Saída está cocinando un tajín de pescado. Sobre la caja que hace funciones de mesa hay una botella de vino y dos vasos

sucios. Lo más probable es que ella haya hecho la compra. Hamid no tiene dinero.

En el internado no siento que haya mejorado mi vida. La cama está limpia, la comida es mejor que en el comedor del colegio, pero la disciplina que rige aquí me despierta una sensación parecida a la que debe sentir un animal enjaulado. Estoy en un dormitorio en el que la mayoría de los internos son chicos de familias burguesas de las ciudades del norte del país. Pensé solicitar a la administración que me trasladase a otro dormitorio con chicos procedentes del campo, pobres como yo, pero ¿quién soy yo para hacer esa solicitud? Quizá me exijan que justifique el motivo y me interpreten mal. Todas las camas son literas. La mía es la de arriba y la de abajo la ocupa un compañero de Alcazarquivir que no quiere hacer amistad con los demás. Solo le interesan las matemáticas. Toma apuntes de las asignaturas, pero no los repasa. Tiene un aspecto descuidado. Se afeita una vez por semana. Lleva siempre un cuaderno lleno de ejercicios de álgebra y geometría. Escribe en el suelo del dormitorio, en las puertas de los lavabos y en cualquier sitio donde la tiza pueda pintar sus operaciones. En las paredes encaladas escribe a lápiz. Siempre guarda en el bolsillo un cabo de vela que enciende varias veces por la noche para resolver fórmulas de álgebra en el suelo. Tiene un sueño agitado. Se levanta constantemente a orinar. Es el primero en acostarse y el último en levantarse. A menudo llega tarde y se pierde el desayuno; pero a él eso no le supone nada, pues su familia tiene medios, según me han dicho. Me despiertan sus pesadillas; habla en sueños, con frases cortas ininteligibles. Cuando alguien le dirige la palabra, contesta con un movimiento de hombros o una leve sonrisa y continúa su camino. Me digo para mis adentros: «Al menos este compañero no se parece a los demás, aunque pertenezca a su misma clase social». Ellos se pasan el tiempo acicalándose y lustrándose la cara. Se afeitan todos los días, algunos incluso dos veces si tienen citas con chicas por la tarde. Los días de fiesta, se precipitan todos a los espejos de los baños para afeitarse. Yo no espero mi turno. Lleno un cubo de agua, me agacho a ver el reflejo turbio de mi cara y me afeito. Uno de ellos me pregunta un día:

—¿Cómo has aprendido a afeitarte la cara así, sin cortarte?

—¡Afeitándome los huevos una y otra vez; así es como he aprendido a no cortarme la cara!

El director nos vigila en el comedor y en los dormitorios. Ha estudiado en El Cairo. Le consultamos los temas de civilización árabe. Nos atiende pacientemente. Yo soy el que más le pregunta. Una vez me lo encuentro por la calle y le pido que me explique unos versos de Abi Al-Maarri:

El hombre nace para permanecer eternamente.

¡Ay del ingenuo que se crea mortal!

Me los explica y me habla de la vida del poeta, de su época y de sus principios existenciales. En ocasiones lo veo en el instituto o en la calle, solo, murmurando; debe de estar recitando una azora del Corán o un poema clásico.

Sigo yendo al cafetín de Sidi Abdellah. Hamid casi nunca va allí. Prefiere ir al restaurante de Selhami, para comer lo que haya y fumar kif con él o con el dueño de la barbería de Monfrère. Suele salir con este a beber vino algunas tardes, y, en época de vacaciones, las mañanas. La mayoría de los clientes que llegan a la barbería de Monfrère no aparecen más por allí. Por su adicción al alcohol, le tiembla el pulso mientras los afeita. ¡Solo vuelven a la barbería los borrachines de la ciudad!

La mayoría de los compañeros se van a sus casas en las vacaciones. Esta mañana de domingo es fría y gris. Bebo un té y luego iré a dar la clase a Salua. Hay siete u ocho clientes en el café. Dos de ellos juegan a las cartas. Sidi Abdellah me está señalando a mí, mientras comenta algo con un hombre grandullón:

—Este es uno de ellos.

Me invitan a sentarme a su mesa. El hombre es desdentado y tiene un panderero junto a él. Mientras Sidi Abdellah se dirige al mostrador, le comenta al hombre de aspecto triste:

—Este estudiante resolverá todos tus problemas.

—¿Es cierto que eres estudiante? —me pregunta el hombre, escéptico.

—Sí, ¿cuál es tu problema?

—Sidi Abdellah está enterado de todo.

Este me sirve un té y se sienta con nosotros.

—El pobre hombre se quiere casar con una mujer tan pobre como él. Para extender el acta de matrimonio, los adules le piden más de lo que él tiene. Se gana la vida como cuentero en las plazas públicas y ella vende incienso. Solo tienes que escribir el acta de matrimonio, nosotros haremos de testigos ante Dios, único testigo de este vínculo bendito. ¡Un pobre se desposa con otra pobre!

—¿Y por qué no? ¡Con la bendición de Dios! —le digo, pues no se me ocurre ninguna legislación que me impida redactar el acta—. La pobreza está más allá de la ley.

El cuentero se va y vuelve acompañado de una mujer vestida con chilaba y cubierta con un velo que solo deja ver los ojos. Es tuerta del izquierdo. Lleva un cesto lleno hasta los topes. Sidi Abdellah nos hace pasar a un cuarto cuyo único mobiliario es una estera sobre la que nos sentamos. Me trae dos hojas de papel. Me deja escribiendo el acta y se va. Anoto también los bienes de cada uno de ellos. Entrego una copia al hombre y la segunda a Sidi Abdellah. Nos trae de nuevo té y bendice la unión. Sidi Abdellah y yo, en señal de oración, juntamos las palmas de las manos abiertas, mientras yo formulo las bendiciones y él me contesta reiteradas veces «¡amén!». Luego recito en voz baja una casida de Mihyar Al-Dailami que me sé de memoria:

*Ummu Saadin, de entre todos los suyos,
a mí me ha elegido y ella a mí me requiere.*

El hombre me entrega unos billetes arrugados, que yo rechazo, diciendo:

—¡Ni pensarlo! Esto es un acto desinteresado.

—¡Acéptalo en señal de gratitud, es solo la voluntad!

—¡No hay nada malo en ello, acepta su generosidad! —añade Sidi Abdellah.

Se van los recién casados y me dice:

—Es el mayor bien que hayas hecho en tu vida. Vas a tener un buen futuro, si Dios quiere.

—¡Amén!

Voy a casa de Fátima. Me recibe con una sonrisa apagada. Tiene los ojos tristes y está pálida. Las manos flácidas y frías. Antes de preguntarle qué es lo que la entristece, ella se adelanta:

—Salua está enferma. Tiene fiebre. No come.

—¡La enfermedad de los críos se cura enseguida!

La niña está acostada en la cama de su madre. En la mesilla de noche, medio vaso de zumo de naranja.

—Mañana la llevaré a un médico que conozco.

Tiene el aspecto de una mujer que nunca hubiese conocido la felicidad. Se le ha acumulado la tristeza. A esta misma hora, los demás domingos, la suelo encontrar maquillándose o en plena belleza. Hoy están ausentes de ella el mundo de la sensualidad, el encanto y la gracia. La enfermedad de su Salua pesa más que todos los placeres.

Me pregunta si quiero tomar un té o un café. Rechazo ambos con amabilidad. Le prometo volver por la tarde. En la calle siento su tristeza reflejada en mí. Camino hasta el parquecillo público. El tiempo está cubierto. No hay nadie. Me imagino a Salua entre los chiquillos españoles, jugando; sus madres estarían sentadas en los bancos haciendo punto, charlando y advirtiéndoles de los juegos peligrosos, mientras la madre de Salua chocaría su copa con otras copas en el café Central. Empiezan a caer gruesas gotas de lluvia y se ha levantado el viento. Salgo corriendo hacia el cobertizo.

Docenas de sacos de cemento.

—¿Qué es esto?

—Es para construir la mezquita que acaba de inaugurar Mohamed V en la alcazaba. El contratista me ha prometido veinticinco pesetas diarias por utilizar el cobertizo de almacén hasta que se terminen las obras. Es un bien caído del cielo. ¡A veces, Dios nos arroja a un mar revuelto y aprieta, pero no ahoga!

—¿Y Saída?

—Se fue al mercado.

Hamid está repasando una lección de historia sobre los fenicios en Marruecos.

—¿Tú crees que los fenicios fueron los que enseñaron a leer y a escribir a los marroquíes? —me pregunta.

—Antes que ellos llegaron los druidas, que adoraban la piedra, pero la lengua bereber es de origen semítico, según dicen.

Me siento. Encima de la caja-mesa hay una botella de vino a medio empezar. Hamid llena dos vasitos.

—El director del instituto me ha admitido como oyente. Si suspendo, volveré a Tánger para convertirme en el mayor chulo de putas, ladrón o criminal. Cualquiera barbaridad es posible si no llego a aprobar. ¡Y no es que tú estés en mejor situación que yo! Volverías a trabajar en algún café o en el puerto...

Tiene razón. ¡Yo no tengo su agilidad para deslizar los dedos en los bolsillos ajenos!

Nos bebemos lo que queda en los vasos.

—Fátima está triste porque tiene a la niña enferma.

—Las putas se preocupan más por sus hijos que las mujeres casadas.

Entra Saída cargada con la cesta de la compra y acompañada de otra chica.

—Esta es Aixa —dice, presentándonosla.

Hamid se apresura, solícito, a ofrecerle una de las cajas de madera para que se siente. Él es muy amable con las mujeres en su presencia, aunque las insulta a sus espaldas. Saída enciende un cigarrillo y se pone a preparar la comida en el rincón-cocina. Hamid y yo intercambiamos miradas furtivas con la recién llegada. Le ofrezco un cigarrillo. Se lo enciende Hamid, preguntándole:

—¿De dónde eres?

—De Alcazarquivir.

—Yo soy de Arcila. Somos vecinos, pues.

Le doy a Hamid diez pesetas para una botella de vino.

—¡Quédate con nosotros a comer!

—En el instituto anotan las ausencias. Si falto mucho, perderé mi beca en el internado. Volveré después del almuerzo.

Me encuentro con Mojtar Al-Hadad caminando solo bajo los arcos de Lekbibat. Como de costumbre, me interpongo en su camino. Esta vez pronuncia mi nombre sin necesidad de palparme. ¿Será mi olor corporal tan reconocible? Lleva bajo el brazo *La sinfonía pastoral* de André Gide. La tradujo al árabe Hassan Sadeq en 1938.

—He oído decir que esta novela es una de las obras maestras de este escritor francés —me dice—. La leeremos, si quieres, esta tarde.

Acepto sin fijar hora. Me pide que lo acompañe a la calle de su amada Batul. Se acercan tres alumnas. Nos miran riéndose. El cuerpo de Mojtar se electriza, me agarra de la mano con fuerza.

—Es ella con sus amigas —me dice.

—Son tres.

—La más bajita y la más guapa. Sus mejillas son como dos rosas.

—Así es.

—Disimula. No las mires con insistencia.

Cuando pasamos cerca de ellas, sonrén.

—Mañana empezaré a dar clases de árabe a una de ellas.

—¿Dónde?

—En su casa.

—¿Cuál de ellas es?

—La morena.

Me despido de Mojtar ante el instituto y él se adentra por las callejuelas por las que se mueve con soltura. A las cuatro voy a casa de Fátima. Ya no está melancólica. Salua está sentada en la cama. Tiene las mejillas sonrosadas. Su madre se sienta a su lado y le sonríe. Le acaricia la barbilla y el pelo. Salua me mira como si me viera por primera vez. Una mirada de extrañeza o indiferente. Fátima llena dos copas de Martini y me tiende una. Se oye en la radio la canción de Abdelwahab «Sus párpados enseñaron a seducir».

Aunque no exista parecido entre ellas, Fátima me recuerda a Sallafa. Fátima nunca se enfada, pero cualquier nubecilla le hace perder la alegría.

Hamid está solo en el cobertizo. Se oye música de flamenco de un viejo aparato de radio. Una bombilla cuelga de la pared y alumbraba el cuarto con claridad. La radio es un regalo de Monfrère, el barbero. Llevaba varios años sin usarla. Hamid roba la electricidad del tendido de la calle. Solo se puede utilizar de noche. Antes de dormir o por la mañana temprano hay que desconectar el cable y esconderlo.

—¿Y la escalera para desconectar el cable?

—¡Esta es mi escalera! —dice, señalando las cajas.

—¿Dónde están Saída y Aixa?

—¡Haciendo la calle! Traerán comida por la tarde. No viniste después del almuerzo.

—Dormí un rato y luego fui a casa de Fátima. Su hija está mejor.

—Siéntate un rato.

—Voy a volver al internado. Te he dicho que apuntan las faltas.

—¡A la mierda las faltas! Aixa pasará la noche con nosotros, la tendrás para ti solo.

Aixa y Saída regresan con provisiones y dos botellas de vino. ¡A la mierda, pues, las faltas! Me ganaré la vida como pueda en Tánger. ¡Ya sé leer y escribir! Mi gran obsesión era que alguien me leyese las revistas sobre los artistas de cine. ¡Ya no necesito que nadie me lea nada! Cuando pienso en la vida que llevábamos, Hamid y yo, con Fawzía y Naíma, en la pensión de la Kasbah, se me mezclan sentimientos de desesperación y de dicha. Las chicas dejan los cestos en el suelo. Hamid coge una botella y la descorcha. A su lado, un cuaderno abierto.

—¿Qué estás repasando?

—Una lección sobre los asirios y los babilonios.

—¡Nos atiborran la cabeza con una información que no nos servirá para nada!

—No estoy de acuerdo contigo. Todo lo nuevo se alimenta de lo antiguo. La historia sigue siendo historia por muy injusta que sea.

Hamid llena con vino los dos únicos vasos que hay. Él y Saída beben de uno y Aixa y yo, del otro. Lllaman a la puerta. Se levanta, descalzo, y va a abrir. Entra un hombre vestido con ropa sucia. Hamid lo ayuda a cargar cuatro sacos de cemento en una carretilla. Pienso: otra fortuna que nos cae del cielo, pero cuáles serán las consecuencias si nos pillan robando los sacos y vendiéndolos. Hamid enciende la radio. Asmahan está cantando «¡Goza de tu juventud en Viena!»..

—Como descubran el pirateo del tendido eléctrico, nos echarán de aquí — le digo.

—Cuando llegue ese momento, encontraremos otro sitio. ¡Esto no es un palacio! No tenemos nada que perder.

Siempre dispuesto a empezar una nueva vida. No echa raíces en ningún lugar. Para él todo es perecedero, todo tiende a caer y a romperse.

Acabo *La sinfonía pastoral* con Mojtar en dos sesiones de lectura. Estamos en el café Central.

—No sé por qué el destino se ensaña con la buena gente y pacta con los indeseables —dice, lamentándose—. ¿Qué hizo la pobre protagonista, Gertrude, para merecer un destino semejante?

—El pastor es el que le hizo daño al enamorarse de ella. Si se la hubiese dejado a su hijo Jacques, ella no habría intentado ese suicidio frustrado que la condujo a la desesperación total y a la muerte.

—Ese es uno de los inconvenientes de los hombres de religión. Profanan a veces lo que purifican. ¡Bueno, al menos, Gertrude murió como un ser humano y no como un animal!

Hamid estudia ahora con nosotros en el instituto. No asiste con asiduidad a las clases. Al ser oyente, está más tentado de faltar. Un pie en el instituto y otro en Tánger. ¡Aunque hoy no se le dé bien la escritura, mañana podrá triunfar, desplumando los bolsillos del prójimo! Con lo que gana de los sacos de cemento que vende de noche, se entrega cada vez más a la bebida y a la golfería. No comparte conmigo el dinero, pero me da lo que quiere. Es dueño y señor del cobertizo. Trae a otras chicas y se acuesta con ellas delante de Saída. Se ha comprado prendas de cuero y viene a lucirlas al instituto ante los profesores e inspectores de enseñanza. Se pasa los días de bar en bar. Ha regalado a Saída y a Aixa ropa bonita para que la luzcan con los clientes que les pagan bien. El olor del perfume español que ellas se ponen es penetrante. Se han convertido en putas de primera categoría, como dice él.

Estamos en plenos exámenes del segundo trimestre y me llega una carta en español, de Tetuán, del hospital de enfermedades pulmonares. Está escrita con buena letra, parecida a la de las monjas: «La que escribe esta carta te saluda y te comunica que vengas a ver a tu madre lo antes posible».

El último día de exámenes voy a ver a Fátima para avisarle de mi partida. Me desliza, con firmeza, cien pesetas en el bolsillo de la chaqueta. «¡Todo pasa! ¡Algún día serás profesor o abogado y olvidarás que fuiste pobre!» Salua no estaba en casa.

Hamid me invita a cenar y a dormir en el cobertizo. Saída y Aixa están allí, más resplandecientes que nunca. Sus perfumes me excitan. Hamid ha comprado algunos muebles usados y ha adornado las paredes con fotos de actrices recortadas de las revistas. Con ladrillos y algunos tableros se ha montado una pequeña estantería para libros.

—¿Qué tal tu relación con el contratista español? —le pregunto.

—¡Es un hombre estupendo! Lo mejor de él es que no se da cuenta de nada. Es lo que se dice un pan de Dios. Hasta ahora no ha perdido su confianza en mí, y no hay nada que levante sus sospechas.

—Estás exagerando en tu aspecto personal y en el modo de amueblar esto.

—¿No crees que también él roba del dinero de la construcción de la mezquita?

—Puede ser.

—Pues, entonces, ¡muérdete la lengua!

Saída y Aixa me parecen más guapas que nunca y Hamid está más cordial. Quizá me invade este sentimiento porque me voy a separar de ellos algunos días.

3 A partir de los años sesenta, en Marruecos se pondrán de moda los nombres de actores y actrices de cine egipcios.

8

NUNCA FLORECE LA SAL

Me he enterado por el dueño del puesto de verduras, a quien conozco del barrio de Trankat, de que Tafersiti vive en Borch Elefaa. Seis años sin vernos. Me lo encuentro en el café Sania jugando a las cartas. Me invita a su casa. Pasamos por la calle de las putas, que esperan, de pie, en la puerta de sus casas, o se asoman y desaparecen. Todos sus gestos invitan a entrar. Hombres mayores y muchachos las rondan. Se acercan a preguntar el precio, van de una a otra hasta acabar entrando.

Me presenta a su amante Zohra: joven, bajita, rellenita y hermosa. Dejo mi vieja maleta en el suelo. Le avisa que volveremos a comer y salimos.

Entramos en el bar El Revertito. Pedimos dos copas de jerez. Las paredes están decoradas con cabezas de toro disecadas. La taberna mantiene algo de su antiguo esplendor. Es la primera vez que entro aquí. Cuando era niño venía, pero solo a la terraza, a rebañar los platos, beberme los restos de los vasos de gaseosa y vino, y recoger las colillas de tabaco rubio. Ahora la frecuentan funcionarios, pequeños comerciantes marroquíes y los pocos militares españoles que quedan en Tetuán. Tafersiti trabaja en verano con un español vendiendo helados. El resto del año vende verdura y fruta al por mayor, como solíamos hacer los dos. Le pregunto por su antigua amante Latifa.

—¡Bah! Se casó y tiene tres hijos, ha habido muchas más después de ella, ¡pero todas quieren casarse!

—¿Y nunca pensaste en casarte con alguna?

—Nunca.

—¿Por qué?

—Un hombre no debe casarse con una puta.

—¿Por qué?

—No hay que tener hijos con ellas.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Los críos viven acomplejados cuando se enteran de que su madre ha sido prostituta.

Él sueña con casarse con una mujer sin tacha para que sus hijos no estén acomplejados y para que le sea fiel, y una puta seguramente lo engañaría. Mis preguntas lo incomodan.

—Tú tienes suerte —dice.

—¿Por qué?

—¡Has estudiado! ¡Debes de saber tantas cosas ahora!

—Tú también puedes estudiar asistiendo a las clases nocturnas. Están abriendo muchas en las ciudades.

—¡Mi oportunidad pasó!

No quiero insistir hablando de su analfabetismo para no entristecerlo. En lo que a mí respecta, si no continúo mis estudios, al final del camino me espera la locura. Nos tomamos la última copa y regresamos a su casa a almorzar. Por la tarde me acompaña a mi barrio, Sidi Talha. Llama a la puerta de una chabola de hojalata. Sale Rhimo.

—Aquí está tu hermano Mohamed —le dice Tafersiti.

Ella sonríe emocionada y se le llenan los ojos de lágrimas. Dejo mi maleta en el suelo y nos abrazamos. Siento en ella el olor de mi familia entera: de los muertos y de los vivos. Le brotan las lágrimas. Y a mí me brotan por dentro. Aparece un chavalito. Debe de ser mi hermano Abdelaziz. Descalzo, vestido con andrajos, delgado y pálido.

—Este es tu hermano Abdelaziz —me dice Rhimo, entre lágrimas, y con una sonrisa arrebatada a su tristeza.

Lo alza levemente del suelo y me lo acerca para que lo bese. Tenía un año en 1951, cuando volví de Orán. Hoy tiene siete y aún no sabe reír ni esbozar una sonrisa. Está casi atemorizado. Tafersiti me pide que vuelva por su casa a visitarlo y se va. En uno de los dos cuartos de la chabola, Rhimo me pone entre los brazos a una niña y me dice:

—Y esta es tu hermana Malika. Tiene dos años. ¿Habías oído hablar de ella?

—No.

—¡Madre se está curando! Ya no escupe sangre y padre vende miel en Ceuta.

—¿Miel?

—Sí, mezcla azúcar con restos de panal y se la vende a los españoles. Se queda allí dos o tres días. Quizá llegue esta tarde.

Cuando regreso por la tarde, me encuentro a nuestro vecino, Hamid, sentado en una silla a la puerta de su chabola. Me está esperando. Me invita a entrar. Veo, en un rincón, mi maleta revuelta.

—¡Tu padre está chiflado! Los rifeños somos muy duros con los nuestros, los tratamos peor que a los demás. ¡Te la quería quemar! Tu hermana Rhimo pidió socorro y llegué a tiempo para arrancársela antes de que le prendiese fuego.

El marco de una de las fotos grandes que yo tenía en la maleta está roto, con el cristal hecho añicos. ¡Lo principal es mi certificado de estudios primarios, al que no le ha pasado nada! El vecino insiste en que me quede a dormir en su casa. Cojo la maleta bajo el brazo y me despido de él, dándole las gracias. Tengo los ojos llenos de lágrimas de rabia.

En el camino hacia la casa de Tafersiti entro a un bar, el burdel del barrio de Sania y me bebo dos copas de coñac Terry. Fumo con nerviosismo y pienso en ese..., sin saber cómo arrancarlo de mi vida.

Zohra está preparando la cena. Me recibe cálidamente. Disimulo mi disgusto. Tafersiti ha salido a por pan. Me asalta la idea de conseguir una navaja, regresar y acuchillarlo, o encontrar un medio para sacar a mis hermanos de la chabola y quemarla mientras él duerme dentro.

Llega Tafersiti e intenta consolarme.

—Mi madre me contó una vez que él abofeteó a su propio padre —le digo—. Le dio una patada y lo insultó delante de ella en el Rif. ¡El árbol genealógico de su familia debe de estar lleno de asesinos, malditos y locos!

—¡Que Dios nos proteja! —exclama Zohra.

—Se arrepentirá —añade Tafersiti.

—Su arrepentimiento me trae sin cuidado.

—¡Que la noche nos haga olvidar esta desgracia! —dice, descorchando una botella de vino.

Se aleja con Zohra hacia la puerta y le murmura algo. Ella se pone la chilaba y se precipita a la calle sonriente. Le pregunto por Aziza y su hijo Abdeslam.

—Murió el año pasado de tuberculosis. La mató el vino y el kif. Abdeslam tiene para dos años de cárcel; lleva ya tres meses. Cometió varios robos.

—¿Y Sebtawi?

—Se escapó a Ceuta. Los dos robaron en la tienda de un judío del barrio de Trankat. Le vaciaron la caja del dinero por la noche.

Entra Zohra acompañada de una joven muy atractiva. Tafersiti la recibe:

—Bienvenida, Mina, ¡cuánto tiempo sin verte!

Le doy la mano y ella sonríe alegremente.

Por la mañana, Zohra me trae el desayuno. Encima de la bandeja hay ciento cincuenta pesetas.

—Te las ha dejado Mohamed.

—¿Y Mina?

—Trabaja con una familia española. Vive con ellos. No tiene a nadie en Tetuán. Es de un pueblo cerca de aquí, de Samsa.

Dejo cincuenta pesetas para que se las dé a Mina. Zohra las rechaza y me las tiende:

—Tú las necesitas más que ella. Es nuestra amiga.

Insisto y las acepta. ¡Mina no es, pues, del oficio!

—Te esperamos a comer. Intenta llegar alrededor de la una —insiste Zohra, mientras salgo por la puerta.

9

LA VISITA AL SANATORIO

Cuatro camas. Una única enferma tendida en el lecho contiguo al de mi madre. Una joven con la hermosura encarnada en su enfermedad. La hermosura de las tísicas: mejillas como rosas. Dejo sobre la mesita de noche el cucurucho con fruta, beso a mi madre en la frente y me siento en un taburete blanco cerca de su cama.

—Ella es la señorita Galia, la que te escribió la carta para que vinieras.

Le doy las gracias a la señorita Galia y nos sonreímos el uno al otro. Se le encienden las mejillas y tose repetidas veces, avergonzada. ¡Con esa letra tan bonita, ha debido de aprender a escribir con las hermanas de la caridad! Le cuento a mi madre que he visto a mis hermanos. No le comento nada de lo que me ha pasado (con él). Me dice que allí no permiten que los niños visiten a sus familiares. Solo Rhimo, que ya es mayor. A veces va a verla nuestro vecino Abdelhamid con su mujer, pero él nunca la ha visitado.

Galia vuelve a toser con insistencia, con nerviosismo. Se toma una cucharada de jarabe de un frasquito. El frío penetra por la ventana abierta, adueñándose de la sala.

—Hay que dejarla abierta, incluso si nieva, para que se renueve el aire — dice mi madre—. Nos defendemos del frío con mantas.

Le cuento que he obtenido el certificado de estudios primarios. Se alegra; se le llenan los ojos de lágrimas y se pone a toser. Galia también tose. Probablemente le he recordado sus propios estudios.

—¿Has visto a tu padre?

—Sí, se ha alegrado de que aprobase.

Sé que mi hermana Rhimo le contará cómo se ha portado conmigo, pero entonces será otro día.

Entra una mujer y se sienta en el borde de la cama.

—Este es mi Mohamed —le dice mi madre.

Tose. Intercambio una sonrisa con la mujer y la saludo. Aquí el dolor se encarna en las sonrisas forzadas, en las frases que se quiebran y en los gestos desvanecidos.

—¡Debe de hacer un frío de muerte aquí por las noches! —le digo a mi madre.

—Solo cierran las contraventanas de madera. El aire ha de estar limpio.

Le prometo que volveré a verla antes de regresar a Larache.

Almuerzo a solas con Zohra.

—A menudo no viene a comer ni a cenar —me dice—. Estará jugando a las cartas y emborrachándose. Lo más probable es que esté perdiendo. Los que juegan con él conocen su debilidad por la bebida. Cuando está ganando, no sabe retirarse a tiempo.

Orino constantemente. Me duele el miembro al hacer pis o al rozarlo. Me sale pus. Cuando está erecto me duele más. Tengo el glande enrojecido y extremadamente sensible al menor contacto con la piel o con el pantalón. ¡Así que Mina era del oficio, una profesional cumpliendo su trabajo!

LA MIEL DE LA HERMOSURA HUMANA

Llego a Tánger por la tarde. Alquilo una habitación en la pensión La Plata. Al orinar me sale pus. Tengo algo de fiebre y mareos. Me da pereza salir a cenar. Paso la noche leyendo *Cirano de Bergerac*, fumando nerviosamente. Me duele al orinar. ¡Pobre Cirano, te creció tanto la picha que te llegó hasta la nariz!

Por la mañana, al hacer pis, se intensifica el dolor y me asusto de la cantidad de pus que sale continuamente. El glande se me ha enrojecido y está más sensible. Le describo al farmacéutico los síntomas y me da un tratamiento de tres días. Es la primera vez que tengo una infección con pus y que me ponen una inyección.

A Rabea la han detenido en una redada para el reconocimiento médico obligatorio de las prostitutas. La han condenado a un mes de cárcel por no haberse presentado voluntariamente. Kinza se ha instalado en el hotel Tahití, en la calle de Los Cristianos. Hay un buque de Estados Unidos anclado en el puerto. Los bares y los burdeles de putas españolas, francesas y judías están a rebosar de marineros. Tres de ellos, entre los que hay un filipino, me contratan como guía, y los llevo desde el Zoco Chico al burdel de la bella Madame Simone. Basta con saber decir «*Hello, come on this way*» para guiar a todo un regimiento.

En el vestíbulo hay francesas, españolas y una italiana. Sus cortas faldas dejan al descubierto unos maravillosos muslos. Al sentarse, se les ve el color de las bragas. Los tacones altos acentúan la esbeltez de su cintura. ¡La miel de la hermosura humana espera a quien la saboree con su paladar! Nos instalamos a tomar una copa en la barra de un pequeño salón. Pido una cerveza. Una de ellas se acerca a nosotros, contoneando las caderas, y, luego, otras dos.

—Te daré treinta pesetas por cada cien que consuman, como hago de costumbre con los guías —me dice Madame Simone—. Bébetela la cerveza y vuelve cuando estos se hayan ido o mañana.

Cada marinero me da dos dólares. No es posible controlar lo que consumen, pero las patronas de los burdeles suelen dar una comisión razonable, incluso a los colaboradores ocasionales, para que les llevemos clientes.

Antes de medianoche salgo de una taberna del puerto. Al filipino, totalmente borracho, lo llevan agarrado del brazo dos guardias de la Marina americana. Va descalzo, con el uniforme blanco en un estado lamentable. Le han debido de vaciar los bolsillos y probablemente se armó una pelea. Cuando los dejé en el burdel de Madame Simone, él parecía el más tranquilo de los tres.

—No han consumido mucho —me dice la muy zorra, entregándome cien pesetas.

El precio por estar con una de sus chicas es de cien pesetas. Ya no me sale pus del pene. No me acepta ninguna de ellas. Más vale que me vaya al burdel de Mari Carmen. Ahí me admitirán casi seguro. He visto a gente como yo entrar. Cuesta cincuenta pesetas.

Las chicas de Mari Carmen son españolas. No adoptan esos aires altivos con los marroquíes como las chicas de Madame Simone. Conozco a Cristobalina. El año pasado, le solía vender cigarrillos de contrabando. Me instalo en la barra pequeña. Mari Carmen está hablando con un cliente. Le pido una copa de jerez. Cristobalina está sentada. Fuma mientras hojea una revista. La invito a una copa. Me sonrío alegremente y se planta delante de mí, con un leve suspiro. Ella se pide un Cinzano. Brindamos chocando nuestras copas.

—Ya no se te ve por el Zoco Chico —me dice, mientras le enciendo su cigarrillo—. ¿Has dejado de vender tabaco?

—Ahora estudio en Larache.

—Es mucho mejor para ti.

Pedimos dos copas más y las llevamos a su cuarto. Coloca una pastilla de color violeta oscuro en una palangana con agua templada, la mezcla con las manos y se lava. Me entrega un jabón perfumado para que yo haga igual.

Empapa dos algodones con agua de colonia. Me tiende a mí uno y nos frotamos el cuerpo por delante. Sentados desnudos en el borde de la cama, sorbemos lentamente de nuestras copas y de nuestras bocas, fumamos y hablamos sobre la miseria que empieza a apoderarse de la ciudad. Ella nació en Tánger. Más adelante me enteraría de que su madre también tenía su misma profesión, al igual que su hermana, que la ejerció una temporada antes de casarse con un joven marroquí contrabandista. Nos enredamos en un abrazo y brota un fuerte olor de nuestras axilas, mezclándose con el perfume del agua de colonia.

La Cristobalina tiene unas tetas generosas y mi rostro es pequeñito en sus pupilas.

11

LA DULCE LEJANÍA

Antes de llamar a la puerta del cobertizo, la niña de la vecina de enfrente, que está jugando al piso con otra, me dice:

—A tu amigo lo han echado de ahí.

Luego continúa el juego, diciendo en español, mientras la amiguita le contesta también en esta lengua:

—¿Piso?

—No.

—¿Piso?

—No.

Cuando ha acabado de recorrer todas las casillas, le pregunto:

—¿Por qué lo echaron?

—Llegaron dos policías y se lo llevaron a él, a la chica negra y a su amiga.

Alquilo una habitación en la pensión Málaga y salgo a dar una vuelta. Las cinco de la tarde. Voy a ver a Mojtar a su casa; está muy apenado. Su madre me recibe amablemente. Me da un té y un trozo de pan moreno con mantequilla y miel. Unos instantes después, Mojtar siente la necesidad de salir. Algo le pasa. Nunca lo he visto tan triste. En el café Central me dice:

—¡Batul se va a casar con un profesor!

—Las mujeres prefieren el matrimonio al amor.

—¿De qué sirve el matrimonio sin amor?

—Es el destino de las mujeres.

—¡Maldito sea, pues, el amor!

—¡Maldito sea, también, el matrimonio, que empieza por un sí y termina por un no...!

La mujer que cuida de Salua me informa de que Fátima se ha ido a trabajar a España. El abuelo había ido a por la niña y se la había llevado a pasar las vacaciones con él en el campo. Pienso para mis adentros que lo más probable es que Fátima esté trabajando en un bar de alterne o en un cabaret. A Hamid lo tuvieron dos días en la comisaría y luego se fue a Arcila. Saída y Aixa se han mudado a otra ciudad. Siento una nostalgia muy honda. El pequeño mundo que me construí fuera del instituto se ha derrumbado. La manzana se ha podrido; la naranja se partió por la mitad, el zumo de la zarzamora se desliza por los labios y una distancia dulce comienza a tejer la nostalgia.

LA BELLEZA RECOBRADA

Aprobar el ingreso en la Escuela de Magisterio fue como volver a nacer. Sentí que se erguía un muro infranqueable entre mí y el desprecio social, la ignorancia y la miseria. ¡Qué iluso! Mi mala estrella puede con mi alegría. Mi padre solo mide mi éxito por la cantidad que le voy a dar de mi paga mensual. Mucho antes de que cobre mi primera beca por las prácticas de maestro, se ha puesto a regatearme la comida y mi estancia en la chabola de hojalata infestada de ratones. Adora el dinero, más que a Dios, pero no hace nada por ganarlo y espera que los demás trabajen por él y se lo entreguen. El odio del pasado, dormido en mí, se ha despertado. Ha vuelto a instaurarse el terrorismo entre nosotros dos. Desconozco qué cuenta tiene pendiente conmigo. Me persigue, presente y ausente. Me lo imagino siempre con esa cara de criminal, con esas facciones de presidiario que conserva de su experiencia haciendo trabajos forzados por desertar de los Regulares de Franco. ¿Hasta cuándo me reconcomerá este odio?

Estamos en las vacaciones de verano del sesenta. El tiempo me ha separado de mis antiguos compañeros de Tetuán. Solo recuerdo algunos nombres. ¿Nos reconoceríamos si nos viésemos? No queda de ellos más que Tafersiti. Su negocio es floreciente. Casi ha monopolizado la venta ambulante de helados y tiene tres tiendas más. Rara vez me lo encuentro, y no hago nada por verlo. ¡Hemos mamado del mismo pecho de la miseria! Quizá él quiera ahora deshacerse por completo de su antigua piel. Hoy está sumido en el desenfreno total. Conoce a muchos comerciantes y a toda esa gente que acaba de adquirir poder, ufana con sus nuevos puestos. Estamos viviendo aún las primicias de la Independencia. Una noche me lleva con él a un prostíbulo, Villa Rosa, en la carretera de Río Martín. ¡No me imaginaba semejante derroche! Derrama

botellas de champán a los pies de las putas españolas. Vocerío, gritos de júbilo: «¡Viva la madre que te parió, Mohamed!».

A costa de Tafersiti, bebo mi noche solo hasta el amanecer. No lo vi marcharse. ¡Así que tendré que regresar a pie a la ciudad! Para no amargarme el gusto de la velada me digo, para mis adentros: ¡Estaba borracho, no hay que tenérselo en cuenta, yo también lo estoy! Y, mientras busco un cigarrillo en el bolsillo, me encuentro unos billetes arrugados de cien pesetas. Me los debió de deslizar en el bolsillo sin yo notarlo o me los entregó y no lo recuerdo: agujero negro.

Me refugio en los cafetines de la plaza El Feddan, para fumar kif, gratis, con los demás clientes. Juego también a las cartas sin apostar dinero. Mi madre me suele dar algo para una cajetilla de tabaco y un vaso de té. A veces no gasto nada. Cuando le caigo bien a alguien, me invita. Frecuento la biblioteca inglesa. Leo allí hasta que cierran. Un día propongo mis servicios como guía turístico a un matrimonio mayor de ingleses a los que gustó mi compañía. Conozco las suficientes palabras como para guiarlos. El plano de la ciudad antigua todavía lo tengo vivo en la mente. Me hacen una foto con ellos y me dan cien pesetas. Esa cantidad me dura unos cuantos días. «¡Es un ignorante como yo, un golfo! ¿Cómo ha podido aprobar? ¡Seguro que se han equivocado con sus notas!» Esos son los comentarios que mi padre hace a los vecinos y a los veteranos que lucharon con Franco, que se sientan con él en El Feddan, y a cualquier vago con el que se encuentre. Su crueldad conmigo no cede. Me perseguirá hasta después de su muerte. Si mi madre protesta, la golpea y maldice; así se ha portado siempre con ella y con nosotros.

Algunos suscriben lo que dice porque sus propios hijos corresponden a esa imagen. ¿Por qué no han de meterme a mí en el mismo saco? Pero hay excepciones.

—¿Eres el hijo de Haddu Ben Allal Chukri? —me pregunta un viejo, parándome en la calle.

—Sí.

—Dicen que vas a ser maestro. ¿Es verdad eso?

—Sí.

—¡Que Dios te ayude! ¡A cuántos les gustaría tener un hijo como tú! Tu padre te ignora y te desprecia. ¡Está loco!

—Ya lo sé. Lleva dentro el rencor desde que nació. No se quiere ni a sí mismo.

—¡Que Dios nos proteja!

Voy recuperando la nostalgia de los juegos de mi infancia en las callejuelas y en los barrios, en los suburbios. Nostalgia de los tiempos de las fechorías y de la juventud, del enfrentamiento de unas pandillas con otras, de hurtos de fruta en las huertas. En la orilla del río competíamos en masturbarnos: ¡yo eyaculé primero, y tú después...! Voy al barrio de Ain Jabbaz a ver mi antigua casa en la huerta Bninas. Nos pegábamos con piedras y palos. Nuestra celebración de la primavera, su sol y sus golondrinas. Bailábamos y gritábamos. No oigo a ningún gallo cantar cerca. ¡El arcoíris, cinturón de la hija del Profeta! Dábamos paseos en burro y nos agarrábamos a la parte trasera de los camiones cuando arrancaban. En la cerca de madera aún se ven las huellas del incendio que provoqué; se notan en las estacas que se mantienen firmes y en las derruidas. La higuera aún está verde y erguida. Las hierbas trepadoras se han enroscado en ella y han cubierto parte de su belleza. ¡Siempre es más hermosa la belleza recobrada! Nunca se pierde la capacidad de sorpresa, a ninguna edad.

Escribo algunos capítulos de esta autobiografía en 1990. El verano anterior, vinieron a visitarme a Tánger mi amigo el arabista japonés Nutahara y su esposa Shuku. Estaba traduciendo al japonés *El pan a secas*. Tradujo treinta páginas y se detuvo.

—He pensado que, si visito los lugares donde ocurren los acontecimientos del libro, la traducción me resultaría más fácil, más precisa y clara —me dijo.

Empezamos por Tetuán para regresar de nuevo a Tánger. Lo primero que le muestro es la alberca de Ain Jabbaz. Lo fotografía desde varios ángulos. Cuando termina, me dice sonriente:

—En tu libro describes esta alberca y lo que hay a su alrededor con mucha belleza y, sin embargo, no es así ni parece que lo haya sido.

—Esa es la función del arte —le contesto, con la misma amabilidad—, la de embellecer la vida hasta en sus aspectos más horribles. La alberca se grabó en mi memoria de niño como algo hermoso y debo recuperarlo con esa misma

impresión, aunque esté llena de agua turbia. ¡Estuve además temporalmente alejado de aquí!

Es mediodía y hace calor. De pie, al borde de la alberca, contemplo la casa en la que vivimos a principios de los años cuarenta. La casa de la miseria bella y de las peleas diarias entre mis padres. Hoy tiene un aspecto alegre, pintada de blanco y con una puerta nueva. Cuando vivíamos aquí, la pintura estaba descolorida, desconchada y sucia; y la puerta se venía abajo con las viejas tablas claveteadas de cualquier modo. Se asoma una mujer entrada en años, de pecho grande y caído, pero con una cara jovial de campesina. Detrás de ella, una joven y dos niños pequeños descalzos.

—Antes vivíamos aquí.

—¿Y tú de quién eres hijo?

—Soy hijo de Maimuna.

—Nosotros nos vinimos aquí después de que vosotros os marcharais. Conozco a tu madre. Hace tiempo que no la veo. ¿Dónde vivís ahora?

—En Sidi Talha, en el barrio de San Antonio.

—¿Cómo está la pobre?

—Está bien.

—Un día de estos la iré a ver, si Dios quiere. Mándale recuerdos.

—Se los daré de tu parte.

No llevo encima calderilla para los chiquillos, y no tengo nada más que decirle. Le doy las gracias y me alejo. Camino por el paseo de Las Palmeras, recuperando los recuerdos de este barrio, con una mezcla de alegría y de tristeza. El colegio de El Pilar sigue en pie. No sé qué hacer con mi tiempo libre cuando no estoy leyendo. Si estuviese en Tánger, no sentiría este vacío agotador. Allí, saco algún deleite de los días más desesperantes y pobres. La soledad es allí libre y tiene el sabor de la zarzamora. Aquí es impuesta y sabe a hiel. Doy un paseo por donde estaba el cabaret La Pérgola: el tango y Carlos Gardel, Concha Piquer, el flamenco, las coplas y el baile gitano... La casa de la joven italiana en cuyo cubo de basura, frente a su puerta, rebuscaba las colillas con marcas de su carmín. Me las fumaba con deleite sexual. Ella me sorprendió un día revolviendo en su basura, en busca de colillas, y no volvió a tirarlas allí. Me paseo por Riad Al-Ushaq, el jardín de los enamorados. No tengo ni para

tomarme un té en el café de La Cueva. Se oye la canción de Hedi Jouini «De noche, bajo el jazmín». El comercio de mi madre se paraliza a mediados de mes. A veces no me puede dar nada. Una brisa perfumada apacigua el ánimo en medio de este verdor frondoso por el que pasean los jóvenes enamorados. En el estanque solo quedan algunos pececillos de colores. Cuentan que los borrachos que se refugian aquí por la noche dieron buena cuenta de los peces, convirtiéndolos en deliciosas tapas... Ni rastro de los patos de entonces. Solía haber un mono en una jaula que los chiquillos azuzaban, y un fotógrafo que conquistaba, con su simpatía, a los enamorados, para sacarles una foto. En Marruecos, las parejitas de novios, fascinadas por el heroísmo de la libertad, han empezado a salir de sus escondrijos y de detrás de las rejas; irrumpen en la calle y en las salas de cine; se sientan bajo los árboles, con atuendos europeos, los chicos con corbatas. Falta de armonía en la combinación de colores. Caminar torpe de las chicas con tacón alto. Perdidos y deslumbrados por la novedad. La edad del amor no se ha civilizado todavía.

Voy a menudo a los barrios de Trankat, Suq Al-Fuqi, Al-Guersa Al-Kebira y a la Judería. El ajetreo, la actividad de los artesanos y el vocerío de los vendedores que reinan en estos lugares apaciguan mi desasosiego y mi hastío ante tanta ociosidad. Al mismo tiempo, me asusta pensar que algún día podría verme obligado a volver aquí y a hacer algunos de estos trabajos. ¡Bastante sufrí, de niño, el desprecio como aprendiz!

En un cuarto dormimos mis hermanos y yo, y, en otro, mis padres. Mi padre y yo no nos hablamos; y, para evitar encontrarme con él, llego a medianoche. Cuando me oye entrar, empieza a murmurar maldiciones. Lo más probable es que yo sea el motivo de las mismas. Mi madre debe de estar dormida. No los oigo hablar entre sí, y, sin embargo, se dirige a ella, como si estuviese despierta y oyendo lo que dice. Cuando se cansa, la insulta a ella y a todos los cerdos que ha parido y luego se duerme refunfuñando. Ambos nos obstinamos en nuestra hostilidad. Él no se resigna a que yo sea su hijo y yo no me resigno a tenerlo como padre. Nuestro intercambio de maldiciones crece cada día más. Carecemos hasta de los adornos del sueño. Dudo que este hombre haya soñado alguna vez con amar a alguien, ni siquiera a sí mismo, ni a los animales, ni a las cosas; solo le mueve el interés.

Principios de septiembre. Estoy deseando que acabe pronto este podrido verano para entregarme a los brazos del otoño, y, luego, del invierno, donde el calor tiene la profundidad de los sueños de la vigilia, de la belleza recobrada... Excepcionalmente, hoy entro temprano por la tarde a la chabola de la maldición y de la mala suerte cotidiana. Hambriento y agotado. Mi hermano Abdelaziz vende pipas y caramelos a los chiquillos del barrio; expone su mercancía sobre una caja de cartón y se siente todo un tendero. Ha nacido con vocación de comerciante. Cuenta y recuenta, ostentosamente, la calderilla ante nosotros. Presume de sus pequeñas ganancias y reta a mis hermanas a que lo imiten. Si él pudiera, desafiaría hasta al vago de mi padre. Encuentro a Habiba enfrascada en una conversación con mi madre y con mi hermana Rhimo. Malika, mi hermana pequeña, duerme en el regazo de mi madre, que le acaricia la cabeza. La relación de amistad viene de lejos, pues mi madre y la suya eran amigas. La madre de Habiba también tuvo que soportar la crueldad de su marido, pero se enfrentó a él como pudo hasta que murió. Él casó a su única hija, Habiba, a los diecisiete años, con un amigo suyo, un viejo comerciante de ganado. Al cabo de un año, el viejo se divorció de ella porque no le dio hijos. El padre y la tía paterna de Habiba eran muy crueles con ella y no tenía quien la protegiera. La internaron en el hospital psiquiátrico porque rompía los objetos de la casa y lo que caía en sus manos, se desgarraba la ropa. En el manicomio se ponía a bailar frenéticamente hasta caer desmayada o hasta que la calmaban con una inyección. Algunos meses después, salió de allí y emprendió una vida normal. Durante el verano conoció en la playa de Río Martín a un muchacho que veraneaba allí con su familia. Se casaron en Tetuán y se fue a vivir con él a Rabat. Él trabajaba en un garaje. Tuvieron cuatro hijos, pero como él la golpeaba salvajemente, ella lo abandonó, dejándole a los niños. Se divorció de ella y ella se fue a Ceuta, llevándose la locura de su nueva decepción. Allí también bailaba frenéticamente y deambulaba, ebria, por los barrios populares, provocando a los hombres y burlándose de las mujeres. La llamaban Habiba, *la Loca Maja*. No tenía hogar. Dormía donde le ofreciese su hospitalidad cualquier vagabundo, en alguna de las chabolas del barrio del Príncipe. A veces se hacía una corona de flores y se la colocaba en la cabeza, y se amarraba a los tobillos cuatro latas, que iba arrastrando ruidosamente, y que

simbolizaban los cuatro hijos que había dejado en Rabat con su marido salvaje, como decía ella. Cuando se apaciguaba, se ganaba la simpatía de todos, amigos y desconocidos; le regalaban ropa y le daban de comer.

La crisis se desencadenó de nuevo y la llevaron al psiquiátrico de Tetuán, donde reanudó su ritual de danza frenética hasta que se desmayaba o se calmaba tras la inyección. Salió de allí y ahora lleva una vida tranquila, olvidándose de todo. Se va desenvolviendo como puede; se compra ropa bonita para lucirla por las calles de la ciudad. Su padre es dueño de varias tiendas y casas. A ella le ha dejado una, en un piso bajo, y en el de arriba vive su tía viuda y sin hijos. El padre les asigna una paga mensual muy reducida a las dos, a la espera de lo que les suceda a las desdichadas, como él dice... Habiba se casará por tercera vez, después de pasar algunos años de callejeo. Al séptimo mes de casada, morirá de cólera estando embarazada del primer hijo que le habría dado a su nuevo marido.

Me gusta la presencia de Habiba mientras cuenta a mi madre sus penas con el exmarido y los hijos que dejó en Rabat. Rhimo ha ido a visitar a su amiga Fátima, nuestra vecina jorobada. Mi madre sale un momento a la cocina del patio de la chabola. Malika está dormida. Habiba me invita a cenar a su casa; mi cansancio desaparece como por encanto. Ella vive en el barrio de Málaga. Me desliza en la mano un billete arrugado de diez dírham:

—Toma, tráete algo de beber. Yo saldré dentro de poco. Espérame junto al cine del barrio.

Mi madre está cocinando. No está pendiente de la hora a la que entro o salgo, ni si duermo en la chabola o no; es una antigua costumbre entre nosotros. Me ve salir mientras mete algo en la olla.

—¡Ya me voy, madre!

Hace un gesto con la cabeza sin decir nada. No suele detenerse a mirar a la gente. Su mirada es enigmática, de una tristeza infinita. Se preocupa más por mí que por mis hermanos. Quizá por ser el mayor y por haber sobrevivido de milagro a la hambruna; por haber nacido en el Rif y hablar con ella la lengua de su gente; o quizá por vivir lejos de ella. Mis hermanos, como han nacido en Tánger o en Tetuán, no hablan rifeño o solo entienden un poco. No tienen intención de aprenderlo. Ella les habla en rifeño y ellos le contestan en árabe.

Intentan camuflar al máximo sus orígenes. Consideran atrasada a la gente del Rif. He conocido a muchos que piensan como ellos; grandes y pequeños. Nunca he sabido cuántos hermanos hemos sido en la familia y sigo sin saberlo. Nacía un hermano o una hermana y al poco tiempo moría. Como yo vivía en Tánger, no siempre me enteraba. Nunca se lo pregunté. Ella murió el 8 de junio de 1984.

En el barrio de Málaga tomo dos copas de vino blanco en la taberna de un español y le compro una botella. Habiba me ha explicado dónde está la casa. Es una casa modesta y limpia. Me recuerda a la de Fátima en Larache. Un cuarto de mujer sola, para dormir y para estar. Encuentra satisfacción y una razón de vivir limpiando y sacando brillo a sus muebles. En la pared, una foto de ella cuando era pequeña con su padre, en Bab Tut; otra, vestida de novia; la foto de la madre en un marco grande, dos muñecas encima del armario, un reloj de pared y un reloj de cuco, una mesita de noche con una lámpara y una mesa de mármol con un espejo, productos de maquillaje y un jarrón con un ramo de flores rojas mezcladas con otras blancas. Bebemos y cenamos un tajín de pescado, nos emborrachamos y hablamos de nuestras penas. Ambos coincidimos en que el ser humano solo llega a conocer la verdad de su alma y de la de los demás en las desgracias y en las catástrofes. Lleva el pelo suelto. Por la tarde, en la chabola, lo llevaba recogido. Así está más favorecida. Sus ademanes son finos, armoniosos; agradable el tono de su voz, con esa lentitud coqueta; la mirada, indolente. Por momentos se ausenta, y yo, entre tanto, le sigo hablando de mis estudios en Larache o de mi vida en Tánger. Me alegra que me invite a pasar la noche en su casa. No oiré las maldiciones locas que vomita mi padre en la chabola de la miseria todas las noches. Insiste en que duerma en su cama y ella en el diván, pero yo me niego y me tiendo, vestido, en este. El cuarto se ha llenado de oscuridad y silencio. Rememoro mis deseos y apetencias del pasado. Esta noche también siento esa picazón. No consigo dormir y me doy vueltas de un lado a otro. Síntomas de mi insomnio habitual. Siento levantarse en mí el deseo. Llevo dos meses sin acariciar un pecho o un muslo. Con la cabeza no se llega a experimentar la auténtica embriaguez del deleite, pero la masturbación también tiene sus placeres y ventajas: ¡más libertad y carece del hastío de las relaciones continuadas y de las enfermedades

de las profesionales! ¡Basta con poner algo de voluntad y a cada uno según su fe y sus deseos!... ¿Por qué me habrá invitado? ¿Será solo por caridad? ¿Busca compañía para dulcificar nuestras penas comunes? ¿O será una maniobra de su deseo inmediato o futuro? Quizá el motivo sea su propio deseo. No sé qué me esconde su locura oculta. No quiero resucitar sus danzas frenéticas, pero el ansia de hundir una parte de mí en ella me excita y aviva mi obsesión por ella. En Tánger, me despierto a veces en una habitación de hotel o en casa de algún amigo y no sé quién es la mujer que duerme a mi lado o la que ha desaparecido mientras yo dormía. Solo recuerdo mi goce dentro de ellas; la borrachera y el azar de la noche nos unen, pero Habiba no es un azar de la noche y no estamos bebidos. Si me rechaza, traicionaré la simpatía que he despertado en ella. ¿No debería dejar, pues, que esta noche nos llene con su silencio religioso y su placer cálido?

Y como el deseo loco estropea lo bello, me levanto sigilosamente y me meto, vestido, en la cama con ella. Duerme en una postura fetal, el pelo le cae sobre la cara. Se abandona, se sobresalta y luego se acurruca de nuevo y murmura, cansada, o entre sueños:

—Déjame dormir.

—Te quiero.

—¡Basta de mentiras de la noche!

¡Qué estúpido soy! Tiene razón. Estoy escenificando mi burla. Insisto en besarla y acariciarla para asegurarme de su negativa. Y ella insiste en su rechazo, aunque no manifiesta ninguna aversión hacia mí. Implacable. ¡Creo que me he pasado de listo! De repente, siento que se estremece, se pone tensa y un líquido templado me humedece los pantalones. ¿Acaso se orinará despierta en la cama? Es posible que en su locura le dé por orinar en lugar de danzar. En un burdel de Tánger me acosté con Leila, *la Meona*, pero no se orinó; sin embargo, Habiba sí lo está haciendo. Me deslizo fuera de la cama, antes de que se desencadene cualquier locura o todas ellas juntas. Me quito el pantalón, me vuelvo a mi sitio y me echo boca abajo. Ella llora. Quizá se siente ultrajada por mi desprecio o quiere provocar en mí compasión y deseo, pero no estoy dispuesto a participar en su comedia. Hay mujeres que solo saben seducir mediante las lágrimas, pero yo no tengo paciencia para seguir ese juego. ¿Qué

la haría orinar? ¿El miedo? ¿La tensión nerviosa? Pero Habiba no es una cualquiera, no es alga ni musgo, ni —como dijo el misógino de Yussef en el hospital psiquiátrico— un trozo de melón amarillo, podrido y tirado al sol. Yo creía que el fruto humano, si no se coge en su momento, se pudre, pero estaba equivocado. Aún no ha llegado el tiempo de la recolección.

13

LOS SOÑADORES

Es una mañana fresca, con una suave brisa. Salgo de casa de Habiba como si anduviese en el aire, ligero como una pluma. Ella sigue dormida. La puerta se ha cerrado sola. Mi pantalón todavía está algo mojado.

Tomo el desayuno en el café Caíd Yazid. En un rincón, un fonógrafo La Voz de su Amo. Funcionó hasta los años cuarenta, con una manivela. Lo que más se oía eran las canciones de Um Kultum, Asmahan, Abdelwahab y Farid Al-Atrach. Han conservado el fonógrafo, objeto de museo, testigo de una época, de sus recuerdos y de su cultura. Hago tiempo hasta que salga mi madre a vender ropa vieja a Bab Tut; y mi padre, a la plaza El Feddan, elucubrando nuevas historias sobre su valentía, que contará a los jubilados y fugitivos, como él, de la guerra de Franco. Todos ellos tienen cuentos que contar. De hecho, ha ejercido su valentía en su guerra contra nosotros y, aunque empieza a decaer ahora que nos estamos haciendo mayores, sigue pegando a mi madre de vez en cuando, hasta que la hace sangrar o le deja marcado un ojo con un moratón. Un día, agotado de golpearla, levantó la olla en la que hervía el azúcar con el que fabricaba la miel que vendía en Ceuta y, de no ser por los vecinos que acudieron a los gritos de auxilio de mi madre, habría arrojado sobre ella el líquido hirviendo. Ese día, cuando llegué yo, agarré la mano del almirez de bronce y le amenacé con romperle la cabeza si volvía a desfogar su locura con ella. Se fue a casa de los vecinos y empezó a lloriquear, quejándose: «El maldito ha amenazado con matarme con la mano del almirez. ¡Si lo hubiera estrangulado de pequeño, me lo habría quitado de encima!». Recordé cómo saltó la sangre de mi hermano Abdelkader cuando él le retorció el cuello. ¡Fue la última vez que le puso la mano encima a mi madre! Ahora se contenta con insultarla y maldecirnos.

Encuentro a Rhimo tosiendo y con fiebre. Cuando la crisis de tos se calma, zurea como una paloma. Mi madre le ha dejado preparado un zumo de naranja, como remedio. Lavo el pantalón, me afeito y salgo. Compro a mi hermano Abdelaziz una golosina y le deseo que tenga una buena venta.

—Eres el primer cliente de la mañana. ¡A ver si me traes suerte hoy!

Besa la moneda que le entrego y la desliza en el bolsillo. Sonreímos los dos y me voy. Antes de dar la vuelta a la esquina, Fátima, la vecina jorobada, me da los buenos días. La saludo y continúo mi camino. Su defecto la hace infeliz. Se consuela leyendo novelitas rosa, en ediciones baratas, y escribiendo las cartas de amor que sus amigas analfabetas dirigen a sus enamorados. Hace de escribiente público de nuestro barrio, para mayores y pequeños. He comprendido que para la gente de estas chabolas la belleza de los sueños, cuando duermen o cuando están despiertos, es toda su ambición y su fortuna. Los pobres son los verdaderos soñadores. Sueñan en sus cuchitriles con espacios amplios, con trabajos que enriquecen, con suntuosos banquetes y grandes fiestas donde se canta y se baila hasta el agotamiento. Para ellos la pesadilla es algo liviano, ¡mientras que para los señores y los ricos es un auténtico peso! ¡En realidad, los ricos *pesadillean* en lugar de soñar!

Ignoro el motivo de la alegría que me invade esta mañana, a pesar de lo que me ha ocurrido con Habiba. Leo en la biblioteca inglesa algunos capítulos de *Jane Eyre* y luego voy a sentarme a un cafetín en El Feddan. Me incorporo a una mesa a jugar a las cartas como compañero de otro. La apuesta es un té que él pagará a los otros dos, si perdemos. Ganamos, perdemos y volvemos a ganar. Empiezo a marearme, entre las cartas y el kif, y decido irme al cafetín Uma Innu, «Mi hermano» en rifeño, que está en el barrio de Trankat. No he vuelto por allí desde que regresé de Orán, en el año 1951. Me encuentro con Comero y Batati. Nos estrechamos en un cálido abrazo. Han pasado casi diez años desde nuestras últimas peleas de barrio. Juegan al parchís mientras beben aguardiente de higos, *mahia*, que se sirven en un vaso de una botellita escondida. Disimuladamente, a espaldas del dueño que está detrás del mostrador, me sirvo un vaso. Ambos son adictos a esta fuerte bebida; en sus caras se reflejan los estragos que ha hecho en ellos. Comero es ordenanza en

Correos. Batati, que era ayudante de un conductor de un camión de mercancías, sufrió un accidente al caerse del vehículo en marcha y quedó cojo.

—Se cayó a propósito —dice bromeando Comero— para cobrar el seguro y dejar de trabajar toda su vida. Es el hombre más perezoso que he conocido. ¿No te acuerdas de cómo era? ¡No daba ni golpe! Le robaba con maña a su padre y, desde que este murió, no ha sabido robar a nadie más.

Sonríó sin decir nada. Pienso para mis adentros: «Batati le robaba a su padre dinero de la caja del cafetín, cuando lo sustituía a la hora de la siesta, pero ¡anda que tú, tú sí que eres un as en robar a todo el mundo!».

Comero me pregunta:

—¿Y tú adónde has llegado? Nos enteramos de que estudiabas en Larache.

—Aprobé el ingreso en la Escuela de Magisterio de Tetuán.

—¿Te quedarás, pues, con nosotros, durante todo el período de prácticas?

—¡Claro!

—Has sido, entre todos, el único que ha triunfado —dice Batati.

—¿En qué he triunfado?

—Los estudios te distinguen. Los mejores de nosotros han llegado a obreros o pequeños comerciantes; o son emigrantes que se van al extranjero. Tú tienes la vida asegurada con el Estado y, además, serás un profesor.

—¿Y qué me dices de Tafersiti? Él se ha hecho rico.

—Lo de Tafersiti es distinto. Tú lo conoces mejor que nosotros. Erais inseparables. ¡Él es de esos que se lo zampan todo y siguen temiendo quedarse con hambre! Siempre ha vivido como un avaro. ¡Si hubiese podido, siendo un niño de pecho, hasta habría vendido la leche de la teta de su madre!

—¡Pues hoy día derrocha bastante!

—¡Ya, ya! Tú no lo conoces bien.

—Sé que se gasta el dinero con la gente que él considera influyente.

—Bueno, veo que empiezas a entender. Dejó a su padre morir miserablemente en una chabola, mientras él vivía en un piso que se compró en un edificio nuevo, de lujo. Hasta en la tumba seguirá teniendo esa cara de pobretón.

—Solo quedamos nosotros en el estercolero —dice Comero—, aunque todavía no hayamos llegado al borde de la desesperación. ¿Te puedes creer que

hasta Bettija, a quien nos turnábamos a cambio de unos céntimos o una entrada de cine, se ha hecho rico y ahora él es el que abusa de los jóvenes? Está casado y tiene hijos.

Al cuarto vaso de *mahia*, me empieza a dar vueltas la cabeza. De repente me obsesiono con la idea de que Comero, aprovechando mi embriaguez, se quiera vengar del tajo que le hice antaño, visible en la cicatriz que tiene en la mejilla izquierda. Me disculpo y me despido de ellos. Comero me pregunta en tono amistoso, olvidando el rencor de nuestros viejos golpes:

—¿Cuándo te volveremos a ver?

—Me quedaré todo el año. Vendré aquí, al cafetín, de vez en cuando —les digo, con gran alivio, pues ¡otro vasito más y me hubiera caído redondo!

Son las siete. El sueño no llegará a la condenada chabola hasta pasadas varias horas. El barrio de Trankat bulle con la misma animación con que lo dejé a finales de los años cuarenta, principios de los cincuenta. Quizá esté aún más animado ahora. En muchas tiendas unas caras han sido sustituidas por otras. Algunas han envejecido. Mi madre me pone al día sobre los que han enfermado o se han muerto.

Habiba va a ser mi salvadora esta noche. Me acoge de buen grado. Probablemente se ha dado cuenta de que prefiero dormir en su casa. Su sonrisa afable y su cariñoso recibimiento me aseguran que no me guarda rencor. ¿Añorara ella también a quien la acompañe?

—Seguiremos siendo amigos.

Sonríe y yo inclino la cabeza en señal de aprobación. Ella es la más fuerte. Intento en vano superarla. Me ha hecho entender que nuestra amistad debe estar por encima del deseo carnal. Los vasos de *mahia* me han liquidado, como me liquida el aguardiente, el anís El Mono y el Terry. Me tiendo en el diván, adormilado. Siento que me tapa con una manta. Es lo que estaba necesitando.

He dormido casi dos horas. Entre tanto, ella preparó la cena y compró una botella de vino blanco. Me despabilo, mojándome el pelo y la cara. Farid Al-Atrach está cantando en la radio «La flor de mis sueños».

EL PÁJARO DE LA FELICIDAD

Mi madre me compra, para cuando empiece las clases en la Escuela de Magisterio, una americana, dos camisas y un pantalón. Le comento que he pasado la noche en casa de Habiba y me dice:

—Tú sabrás lo que te conviene.

Empieza a habitar en mí el duende de la literatura. Me intereso más por las obras literarias que por las lecciones de Psicopedagogía y de Reglamento Escolar. Las clases de Lengua Árabe son las que más me interesan del programa. El profesor es excelente. Tras explicar el fragmento en la pizarra, lo analiza gramaticalmente de principio a fin. Es un devoto creyente, y, a la vez, un epicúreo: ¡la vida terrenal en la mano izquierda, y la del más allá, en la derecha! Los viernes preside la oración en una pequeña mezquita del barrio y pronuncia el sermón. Por las noches, se va de juerga a Rincón o a Ceuta. A veces lo acompaño en su viejo coche. Debajo del asiento trasero ha colocado una trampa. Cree que allí anida un ratón. «¡Es muy listo, pues no se come todo el cebo para no quedar atrapado!», eso es lo que dice.

El profesor de Psicopedagogía me sorprende un día leyendo *Los miserables* y me expulsa de la clase, gritando: «¡Esto es un aula, no una biblioteca!». Frecuento el café Continental. Es confortable y la mayoría del público es elegante. Se ve que son gente de origen acomodado. Los cuarenta y nueve mil francos que cobro de la beca de Magisterio son una suma considerable para los años sesenta. Entrego a mi madre parte de ella y me quedo con el resto. Distribuyo mi tiempo entre la lectura en árabe y en español, y las juergas en los bares. El mejor es El Revertito, con sus cabezas de toro disecadas colgadas en las paredes. En el Continental disfruto con la música del tocadiscos tragaperras. Hay tres discos de los que nunca me canso, por más que los oiga una y otra

vez: «Las mañanitas» de Nat King Cole, «El reloj» de Lucho Gatica y «Bésame mucho» de Antonio Machín. Pregunto a un joven que está sentado en la mesa de al lado por un señor elegante que suele acudir al café; en torno a su mesa se forma una tertulia con gente selecta, de su mismo estilo.

—¿Quién es?

—¿No lo conoces? Es el escritor Mohamed Sebah.

—¿Qué escribe?

—Poemas en prosa.

Compro sus libros: *La sed herida*, *La cascada de los leones*, *El árbol del fuego* y *La luna y yo*. Los dos últimos los han traducido al español. Son obras cortas. Las leo en dos días. Me digo a mí mismo: «Si la gente respeta a quien escribe como él, yo también puedo escribir igual o mejor». La escritura concede, pues, privilegios. Yo creía que los escritores no se mostraban en público, no hablaban con la gente, lo contrario de lo que hace Mohamed Sebah en este café. Para mí solo existía el escritor muerto o invisible. Escribo, pues, un texto de tres páginas. A esos garabatos bastardos los titulo *El jardín de la deshonra*. Estoy pendiente de poder acercarme a Mohamed Sebah, hasta que un día lo veo sentado solo, tomándose un café bien cargado. Me dirijo a él, levemente emocionado.

—¿Profesor Mohamed Sebah?

—Sí.

—Siento gran admiración por su obra. A mí también me gustaría escribir. He aquí lo primero que he escrito. Le ruego que me lo corrija y me dé su opinión.

Desliza las hojas cuidadosamente en su bolsillo. Lo saludo y desaparezco del café para evitar una situación incómoda.

Al mediodía, el Continental está casi vacío. Él suele tomarse un café antes de volver a su trabajo en la Biblioteca General. Al día siguiente me devuelve las páginas, diciéndome:

—Tu lengua es correcta gramaticalmente, pero te falta estilo. Sigue escribiendo y lee todo lo que puedas.

Tomo con él un café. Le cuento fragmentos de mi vida en Tánger, mis estudios en Larache y mis clases de Magisterio. Sebah orientará mis lecturas

de poesía en árabe; y en español: Gustavo Adolfo Bécquer, los hermanos Antonio y Manuel Machado, Vicente Aleixandre —con quien mantiene correspondencia—, Pablo Neruda, César Vallejo, Gabriela Mistral y Rafael Alberti. Por mi cuenta, voy descubriendo la dulzura poética y romántica de las poetas Rosalía de Castro —en la traducción castellana del gallego—, Emily Dickinson —que leo también en su traducción al castellano—, Meira Delmar, Susana March, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni. Muy rara vez me incorporo a la tertulia que se forma en torno a la mesa de Sebah. ¡Algunos del grupo han escrito más de un libro, mientras yo sigo intentando escribir una frase bonita! Lo primero que leo de un narrador marroquí es *Relatos de Marruecos* de Ahmed Abdeslam Baqqali. El diario *Al-Alam* me publica un texto en prosa que titulo «El arroyo de mi amor», con una foto en la que aparezco con pajarita. ¡Me embriaga la alegría, y festejo mi oculto talento literario con una borrachera! Adquiero varios números del periódico y los distribuyo entre mis colegas de la Escuela de Magisterio para que valoren mi persona. Pienso: «¡Yo, el hijo de las chabolas y del muladar humano, escribo literatura y me la publican!». Y para confirmar la gran estima que siento por mí mismo, me compro una chaqueta y un pantalón de buena calidad, unas cuantas pajaritas y una esclava dorada de bisutería. Engreído y vanidoso, dejo de frecuentar los cafetines populares de la plaza El Feddan, la calle Trankat y el barrio de Málaga, y me hago un asiduo del bar del hotel Nacional y, por la noche, del cabaret Marfil. ¡El Continental ha pasado a ser, para mí, un cafetucho de segunda categoría y el bar La Parra, de tercera! Me afeito la cara, una o dos veces al día; y parece que me la he barnizado. Me perfumo abundantemente, llego incluso a llevar un frasquito de esencia en el bolsillo. ¡El hijo de las chabolas, el amiguete de las ratas se ha vuelto elegante, se civiliza, se metamorfosea, cambia su piel rústica por otra más delicada! ¿Y la inspiración? ¡Ah, es imprescindible una musa, el hijo del muladar también se inspira...!

Un día sigo por la calle a una joven morena. Descubro dónde vive y quién es. Me convierto en su sombra, cuando me topo con ella por casualidad o cuando expresamente estoy a su acecho, frente a su casa o a la de su tía. Es amiga de la hija de un líder nacionalista marroquí. ¡A ver si trepo demasiado alto y me descalabro! ¡Pero no! Averiguo que se llama Halima, es vecina de

Habiba y amiga de mi hermana Rhimo, y, aunque analfabeta, es bonita y morena. ¡Ella será la musa que me infunda el soplo para componer una casida gitana, aunque con su temperamento sereno no creo que me inspire mucho! Me he acostumbrado a los caracteres violentos.

Habiba me da la llave de su casa. Entro y salgo cuando quiero. A veces, no viene a dormir. Es el color oculto de esta flor. De vez en cuando la veo acompañada por algún hombre, en coche o caminando por la calle. ¿Quién será él? ¿No sé quién surca los caminos de su nuevo recorrido alegre! ¿Se estará prostituyendo? Es asunto suyo. No da señales de vida hasta el tercer día: huellas de un moratón azulado en el ojo izquierdo. Fuerte golpe. Alguien que la esclaviza.

Mi hermana Rhimo tiene tuberculosis pulmonar. Mi padre y mi hermano Abdelaziz tienen también una tos violenta. El mal hace estragos en nuestra familia. Mi hermana Malika y yo somos los únicos que nos hemos librado. Mi madre se restableció, pero está bajo control médico. Mi padre se cura por su cuenta.

Habiba lleva dos días sin aparecer. Me mudo a una pequeña pensión familiar, La Perla Negra. La regentan dos hermanos, Rosario y Carrión. Veinte mil francos al mes: un cuarto pequeño y tres comidas al día. Habiba, sin duda, debe de estar viviendo una historia de amor desgraciado.

Voy a visitar a Rhimo y a Abdelaziz al sanatorio. Se echan a llorar al verme. Una mujer murió en el cuarto de Rhimo. Mi hermana no se convence de que estar enfermo no necesariamente significa que uno se vaya a morir; la curación de mi madre se debe a un milagro, según ella.

Mohamed Sebagh me invita un día a su casa en la vieja medina. Su cuarto es el de un hombre entregado a su arte. Una luz suave realza la poesía del silencio. Chopin: los *Nocturnos* y las *Mazurcas*. Un frutero colmado de uvas, manzanas y peras. La correspondencia de Mijael Nuaima. Salgo de su casa deseando tener, como él, un cuarto para mí solo. Corrige mis textos; sus expresiones son esculpidas y límpidas. Pero no estamos hechos del mismo barro. Él no se ha alimentado de las basuras de los afortunados, no ha tenido piojos ni grietas sangrantes en los talones. ¡Yo no sé escribir sobre la leche de los pájaros ni sobre el delicado abrazo de la belleza angelical, los racimos de rocío,

las manadas de leones y los cantos del ruiseñor! No sé escribir teniendo en la mente un pincel de cristal. El pincel ha de ser protesta y no adorno.

Voy a casa de Habiba a devolverle la llave. Está pálida, apesadumbrada y triste.

—¿Por qué te fuiste? ¿Qué te ha molestado? —me dice, con voz apagada y ronca.

Se nota que ha estado llorando.

—No quería molestarte.

—¡Pero si no me molestas en absoluto!

Sobre la mesa dos botellines de cerveza vacíos y un paquete de tabaco rubio. ¡Estará de nuevo pasándolo mal! Decaída. Ni siquiera puede contar con su tía, que la considera una prostituta; ¡su tía, que se deja follar por el guarda del garaje del barrio! Habiba no tiene amigas. Le propongo ir a comprar algo para que bebamos juntos. Se le ilumina el rostro de alegría. Quiero verla de buen humor. Su tristeza me recuerda a Fátima, en Larache, cuando enfermó su hija Salua. Me viene a la memoria Salua y aquel día de invierno en el parquecillo solitario. Salua, a la que probablemente no volveré a ver jamás. No dejo que abra su monedero. Esboza una sonrisa que, a medida que se va abriendo como el capullo de una flor, embellece y rejuvenece su rostro.

Cenaremos juntos un tajín de cordero con alcachofas y guisantes. Al salir, llovizna y una brisa fría me golpea la cara. En la taberna del español me tomo un jerez. Dos viejos españoles están hablando del arte del toreo. Ya no es como antes. Evocan con nostalgia a José Barandas, a Marcial Lalanda, a Chicuelo; al valiente Francisco Peralta, a Joselito, a Rafael Gómez, *el Gallo*; a Manuel Bienvenida Mejías, a Juan Luis de la Rosa, fascista asesinado en Barcelona a principios de la guerra civil española; y al gran Manolete. Cuando la discusión sube de tono, el dueño interviene para apaciguar los ánimos. Tomo una segunda copa y compro una botella de vino blanco. Por el camino voy pensando en Habiba: le conviene evitar caer en las garras de un nuevo amor que la arrastraría, una vez más, al pasado, a sus danzas frenéticas en el manicomio o por las calles de Ceuta, aunque quizá en eso ella encuentre deleite y sosiego. Desde su último divorcio está más perdida, y aún no tiene veinticinco años. Parió a sus cuatro hijos como una coneja: primero, unos

gemelos; y, luego, los otros dos, uno tras otro. Para poder ocuparse de la casa, les ataba el pie a las patas de la cama, del diván o de la mesa, y los mantenía alejados entre sí para que no se arrebatasen a arañazos las galletas. Nunca ha conocido la felicidad, posiblemente algún momento fugaz de alegría. La mala suerte la persigue desde su más tierna edad.

De la cocina surge un delicioso aroma que invade el cuarto. Habiba ha recuperado su ánimo alegre. Mientras charla, la melancolía se apaga, poco a poco, de su rostro. En un ambiente de calidez, brindamos y sonreímos; ella está radiante como en una espléndida fiesta. Alabo sus artes culinarias: la carne con alcachofas y guisantes es su plato preferido, que ha bautizado con el nombre de «Primer Ministro».

Con una expresión dulce, me dice:

—No he encontrado a nadie que me entienda como tú.

—No debemos confiar demasiado en la felicidad. Llega y se esfuma; y, si queremos atraparla, huye. Es como un bello pájaro que se posa en nuestro alféizar. Apenas nos acercamos a él, emprende el vuelo. ¿Crees que acudirá a posarse en tu hombro, o en el mío, a entonar su trino, tal como desearíamos?

—Entiendo tus palabras.

—Esta es, pues, la felicidad: no se posa en el hombro y no canta. Se queda en el borde del alféizar.

—Tienes razón —asiente y parece reconfortada.

Yo también he de reconfortarme, pues mi vida no es mucho más bella que la suya.

ROSARIO

Rosario está orgullosa de ser asturiana, haber nacido en Avilés, hablar el bable, odiar a Franco hasta la muerte y haberse casado con un *rojo* de Gijón que dio su vida por la democracia.

La mayoría de las veces, en el comedor de la pensión solo estamos Fermín Feito y yo. Hay cuatro mesas, nada más. En ocasiones, María Rosario se sienta con nosotros a fumarse un cigarrillo o a tomarse una copa de coñac. Fermín también está orgulloso de haber nacido en El Ferrol, lugar de nacimiento de Franco. No solemos sentarnos a la misma mesa. Una vez, invité a Fermín a la mía, pero, cortésmente, rechazó mi invitación. Rosario, sin embargo, se sienta conmigo cuando estoy solo. Sospecho que lo hace para llevar la contraria a Fermín, que, según ella, es un fanfarrón. Rosario se coloca lo más lejos que puede de él o se queda trajinando en la cocina. «Es excesivamente susceptible y tiene cara de pocos amigos», me comentó ella cuando lo vio rechazar mi invitación. Esta tarde no arman el barullo habitual jugando a las cartas. Tanto Feito como yo echamos de menos ese alboroto. ¿Cómo saber quién es el que hace trampa? Solo oímos las ruidosas protestas. Carrión es quien expresa más su desacuerdo, aunque Rosario grita más fuerte. Según Feito, es para disimular sus trampas. Cuando se va Feito, Rosario me cuenta que gritaba porque está enfadada con su nieta Cándida. Se toma un trago de coñac barato y da unas cuantas caladas al cigarrillo. Con el pitillo en una mano y la copa en la otra, entra y sale, nerviosa. Cándida se escapó hace tres días del internado de las Hermanas de la Caridad de Tánger. No parece que se haya ido de Marruecos ni tampoco que se haya marchado a Meknés, donde trabaja su madre, de enfermera. Es posible que esté en casa de su amiga Marisa, en Tánger. De todos modos, ella tiene bien escondido el pasaporte de su nieta. «¡Como si no

hubiera sufrido bastante con la madre, ahora me toca la hija!», eso le dice a su hermano, pero Carrión no contesta. Rosario le lleva algunos años. El mes de abril pasado ella cumplió los sesenta y dos. Carrión fuma tabaco de picadura, que lía con destreza, y chasquea la lengua al beberse los carajillos. ¡Le encantan los tebeos! Más que hablar, gruñe; su hermana es la única que entiende todo lo que dice. Tiene la nariz aplastada o rota. ¿Una caída quizá? ¿Un puñetazo? Se suele quedar en la cocina y evita hablar con los huéspedes. Aunque sea asturiana, Rosario parece andaluza. Utiliza unas expresiones muy bellas que yo no entiendo. Nunca le pedí que me las explicara. Ha convivido con muchos andaluces que, al llegar la Independencia, se han vuelto a España. Un día, hablando con su nieta, que estaba asomada a la ventana, le dijo: «Niña, cierra la ventana, que el toro del viento te va a llevar... Todo tiene su explicación... ¿Quién habla de primavera con este muro infranqueable enfrente?». Mira por dónde, el toro del viento ha venido hoy a llevarse a su nieta; su huida debe de tener su explicación y lo más probable es que haya saltado el muro infranqueable del internado de las monjas. ¡Y la abuela sin saber nada!

Me encanta oír a Rosario discutir con Feito, cuando hablan de la guerra civil, de la Iglesia y de los curas. Ella siempre le vence con los argumentos que extrae de sus lecturas. Es una afortunada, pues hay pocas mujeres de su generación que sepan leer y escribir. Siempre le doy la razón, aunque no la tenga, por fastidiar a Fermín. Este a menudo la critica a sus espaldas y con bastante maldad. Esta tarde me comentó en voz baja e insultante: «A la vieja bruja se le fue hoy el santo al cielo. Nos hemos librado de los berridos que da en la partida para disimular sus trampas. Menuda le ha tocado al pobre de Carrión. ¡Está condenado a acabar sus días a la sombra de su hermana, esa atea e hipócrita!».

Pero Rosario tampoco tiene pelos en la lengua cuando se trata de insultar a Fermín: «¡Miserable, oportunista, farsante! ¡Va a misa los domingos por quedar bien con el cuerpo consular español! Está preparándose el expediente para regresar a España como buen ciudadano y conseguirse un puesto allí. ¿Sabes por qué le echa flores a Franco? Porque es de su pueblo. Lo considera el mejor jefe de Estado después de los Reyes Católicos —Isabel y Fernando— y Carlos III. ¡Será cretino!».

Me cuenta, con voz entristecida, que, a su marido, que era comunista, lo fusilaron los fascistas en Tetuán.

—Franco firmaba las ejecuciones mientras desayunaba. ¡Una media de diez al día! Y mi pobre marido fue una de las víctimas de aquellos desayunos envenenados. ¿Sabes cómo llegó al poder? Cuentan que su hermano Nicolás es el responsable de ese período siniestro de la historia de España. La ley marcial, que se estableció a raíz de la victoria de Franco, estipulaba que él sería provisionalmente jefe del Estado y del Gobierno, pero su hermano, al entregar el texto a la imprenta, mandó suprimir mediante una orden militar urgente lo de *provisionalmente*, y así fue como el mandato de Franco se ha hecho eterno. «Una dictadura provisional para restablecer el orden en el país y luego me retiraré al campo», dicen que declaró un día irónicamente. Pero, después de establecerse en el poder, dirá: «Mi mandato durará toda mi vida. España es una monarquía sin monarca, pero nosotros somos monárquicos». Y para consolidar su eterno dominio tuvo que aliarse con la Iglesia y con la gracia divina. Idea que se sacó de la manga para convertir su guerra en una especie de cruzada contra los comunistas. Tenía también que alejar de él a la mayoría de los que contribuyeron a su victoria. Algunos se exiliaron voluntariamente a Francia, México, Argentina y Rusia. Abandonó a José Antonio Primo de Rivera para matarlo en la cárcel de Alicante y erigirse en único líder fascista. Hubiera podido intercambiarlo por el líder socialista Largo Caballero, pero prefirió ejecutarlo y así quitarse de en medio a los dos. No confiaba ni en su propia sombra. No se aventuraba a decidir nada si no veía detrás algún beneficio que lo eternizase en el mandato. España entera, para este cazador de liebres y jabalíes, era un cuartel militar. ¿Sabes por qué insistía en aparecer en uniforme militar con el grado de capitán general de la Marina? ¡Porque había suspendido en el examen de acceso a la Academia Militar de Toledo! Y atacó también a los masones porque no se le permitió ingresar en la orden. Sus compañeros, los oficiales, lo llamaban «el hombre de las tres emes»: sin miedo (o sin maricones, como cuentan algunos), sin mujeres, sin misa. ¡Así es como tuvo siempre la baraka! A pesar de ello, Feito no siente vergüenza al decir que el Caudillo es el que ha devuelto a España su gloria perdida con el desastre de 1898. Y para que a España le fuera devuelto algo de su orgullo perdido en Cuba, Puerto Rico y

las Islas Filipinas, tuvo que devorar parte de Marruecos y alistar a los ingenuos marroquíes en su ejército, voluntariamente o a la fuerza. Para luchar contra los infieles, eso les dijo.

Rosario sigue hablando:

—La avaricia de los tiranos no tiene límites, como bien sabes. Creo que Franco era más cruel que el que le inspiró la dictadura, Miguel Primo de Rivera. Franco presume siempre de ser, en su fuero interno, monárquico, pero la monarquía española pasó un siglo entero arrastrando los coletazos de la derrota, y él se imaginó que el cielo lo enviaba para acabar con la decadencia y la tristeza de este siglo español. Y su jactancia no se limitaba solo a España, pues, a raíz del golpe militar, se declaró oficialmente en contra de la Segunda República: «Tenemos el orgullo de defender la civilización occidental amenazada por las ideas orientales». Estos argumentos se le vinieron abajo cuando la comunidad internacional lo marginó, durante diez años, del Consejo de las Naciones Unidas. Solo lo apoyó, en la soledad de su gobierno, el general Perón. Y tuvieron que pasar otros diez años más para que el Vaticano y Estados Unidos, con la construcción de las bases americanas en Torrejón, Zaragoza, Morón y Rota, además de unas importantes ayudas económicas, lo defendieran, interesadamente, y España pudiera ingresar en las Naciones Unidas en el año 1955. ¡Una vez ganada definitivamente la guerra se ha dedicado a su pasión favorita: dibujar barcos que se hunden! Según el dictador, la traición solo podía provenir del Frente Popular, que nunca apoyó al Ejército. El Frente lo temía y no confiaba en él, pues solo defendía sus intereses. ¿Te puedes creer, por ejemplo, que a un soldado de la Legión, en Marruecos, lo condenaron a muerte por haber faltado, supuestamente, a sus superiores, al rechazar unas lentejas incomibles? «Una victoria militar es fruto de la disciplina de los soldados y de la ciega obediencia a sus superiores, aunque estos se equivoquen», así justificaba Franco sus crímenes. En los partidos políticos solo veía división y renuncia al amor por la patria y al sacrificio. Los alemanes no lo consideraban un auténtico fascista, sino un beato reaccionario. Él solo cree en la eficacia de su régimen y en la legalidad del golpe del 18 de julio...

Me suspenden el examen de graduación, y no me sorprende, pues abandoné voluntariamente todas las asignaturas para dedicarme a leer literatura. Pero me destinan a Tánger y me siento compensado. Nuestro vecino, funcionario en la Delegación del Ministerio de Educación, es el que informará de ello a mi padre. Este se alegra, pues mi suspenso ratifica sus insultos y me puede tratar de ignorante. Nunca me arrepentiré de ese fracaso.

Abdelaziz y Rhimo se curaron. Él ha vuelto a la escuela y a su puestecillo de golosinas, y ella a su costura y al cuidado de la chabola. Mi padre sigue frecuentando a los veteranos de la plaza El Feddan, a pesar de su enfermedad, pero las crisis de asma lo obligan a guardar cama. Seguirá padeciendo esta enfermedad hasta que muera en 1979.

Voy a ver a mi madre a Bab Tut. Le doy mi contribución mensual. Le añado una pequeña cantidad para mi padre. Sé que él despreciará esta suma por considerarla insuficiente y me maldecirá como de costumbre, pero no la rechazará ni se la dará de limosna a un mendigo. Le alcanzará para sus caprichos y los vasos de té durante algunas semanas en El Feddan. Lo he hecho por complacerla a ella, no por él. Besé la mano a mi madre. Los ojos se le llenaron de lágrimas al despedirse de mí. No insistió en que fuese a verla de vez en cuando. Seguramente ya sabe que he suspendido. Lo percibo en su mirada, pero ella no dice nada. Sabe que voy y vengo a mi antojo. Compré algunos regalitos a mis hermanos, a Habiba y a nuestra vecina, la jorobada.

Veo a la morena pasar por la calle. La sigo hasta que se da cuenta. Me paro en el escaparate de una tienda y empiezo el juego de la conquista. Ella sonríe. Renuncio, de pronto, y me voy al bar El Revertito. Pienso: «Es una locura de adolescente». El amor es un juego sucio. No quiero repetir lo que me pasó con Kinza. Me acuerdo de la historia de Kasem con su amiga judía Nathalie, antes de volverse loco. Son las tres de la madrugada. Me planto frente a la puerta de su casa, empapado por la lluvia, como un árbol muerto. Un perro enorme, con pinta de peligroso, me ladra detrás de las rejas de la puerta de su jardín. Alzo los ojos al cielo, humillado. Los cierro. Unas gotas me cosquillean los párpados. Empiezo a tener fiebre. Con la boca entreabierta, cierro los ojos. Amor frustrado. Lluvia y noche interminables en mi mente. Mi anhelo de ella es como el buitre de esta noche de lluvia. Toda mi rabia se concentra en mis

manos. Pegué con ellas contra el muro. La lluvia lava mi sangre. Quizá ella vacía sus intestinos mientras yo estoy aquí regando las flores de mi nostalgia de ella, en una húmeda oscuridad. ¿Es este el heroísmo del amor? Grito al cielo: «¡Fuera, pues, las quimeras!». Sé que a los que erraron su camino los guiaron las sombras. Me convierto en sombra de mí mismo y la condeno al exilio eterno.

Tomo unas copas de jerez y me voy a ver a Anita en Bab Tut. Aunque es prostituta, mantiene cierta elegancia y encanto. Su limpieza perfumada me recuerda a Cristobalina, la prostituta de Tánger. Esta es la tercera vez que voy a su casa desde que la descubrí a principios de mes. Tomo con ella dos copas de anís El Mono.

Cándida llegó hace unos días con su madre de Meknés. No quiere volver al internado de las Hermanas de la Caridad. Nunca me había sentado a charlar con ella. Hemos hablado de libros y de escritura. Me parece mucho más razonable de cómo la describió su abuela. Rosario atribuye su fracaso en los estudios al amor que siente por un chico que emigró con su familia a Córdoba. El padre de Cándida también huyó de los fascistas, marchándose a Canadá dos meses antes de que ella naciera. Ha escrito una novela sobre los militantes republicanos españoles en el norte de Marruecos. «Hemos oído hablar del libro, pero no lo hemos leído; llevamos más de diez años sin noticias de él», me dijo Rosario.

Cándida lee mucho. Escribe sus impresiones románticas sobre su desilusión amorosa, su desesperación de la vida y el destino triste de su familia. Ha cumplido veinte años y los disgustos de la vida la están haciendo madurar. No sabe qué hará en el futuro. He comprado dos botellas de vino de Rioja y un pato grande que Carrión ha cocinado por considerarse más competente que su hermana Rosario en guisar aves. Pero, como de costumbre, se ha quedado en la cocina cenando solo. Será mi última cena con la familia de Rosario. Fermín Feito no viene los domingos, pero, aunque hubiese venido, no se habría unido a nosotros.

16

DE LA MIEL A LA CENIZA

Me han destinado a la escuela mixta del Barrio Nuevo, en el primer curso de enseñanza primaria. En un extremo del patio, una chabola de madera, con goteras en invierno. Se oye croar a los sapos. Más de cuarenta alumnos en cada clase. La cuarta parte de ellos son niñas. Escolarización con los métodos más rudimentarios. Miseria, suciedad, enfermedad y hambre.

—¿Qué es esto? —les pregunto en árabe culto, mostrándoles un lápiz.

—¿Qué es esto? —me contestan, al unísono.

—Es un lápiz.

—Es un lápiz.

—¿Y esto?

—¿Y esto?

—Es un cuaderno.

—Es un cuaderno.

Un chaval vomita restos de aceitunas y el compañero dice: «¡Señor profesor, este come aceitunas con el borracho de su padre!». Otro alumno besa a una alumna, mientras ella está distraída, y en la clase se arma un revuelo tremendo. Para consolarla, le ordeno a ella que lo bese a él, y la chiquilla deja de llorar.

A principios de los años sesenta, ni el maestro ni los alumnos se salvan del desastre de la ignorancia. Algunos de ellos no tienen ni cuadernos ni lápices. En sus casas no comen con regularidad. Hay uno que es deficiente mental. Los alumnos lo llaman Tamjuj. Insiste en sentarse en la primera fila y en la mesa donde se le antoja. Divierte a los alumnos, cuando no les está pegando o mordiendo. Tiene unos dientes enormes y rasgos mongoloides. A veces, mientras estoy de espaldas, escribiendo en la pizarra, me lanza un trozo de tiza o una bola arrugada de papel. Un día le pego con la regla en la mano. Se

enfurece y se pone a gesticular. A partir de ese día, haré lo posible por ignorar su presencia en la clase. ¡El puñetero me toma el pelo! Entrego a la administración un informe sobre él. Alego que entorpece el ritmo de la clase. «Es mejor para él que se quede con nosotros en la escuela, en lugar de molestar a la gente del barrio», eso fue lo que me contestó el director. También entorpece la circulación en la calle; cuando pasa un autobús, le da por colocarse en mitad de la calzada. El cobrador se apea y le da unos céntimos, algo de comer o para distraerlo y que le deje la vía libre.

En la clase se cree que es una locomotora y las filas de los alumnos, los vagones: «¡Chu... Chu... Chu... uuh... uuh!». La clase entera estalla en carcajadas. Se queda dormido y se despierta, entra y sale, hace lo que se le antoja. A veces se va y no vuelve; y entonces yo respiro. Cuando se ausenta más de dos días, deseo que no vuelva más, pero siempre regresa.

Recibo una visita del inspector de enseñanza. Me quejo del caso de Tamjuj. No se lo cree. Se acerca a él y le acaricia el pelo, mugriento y áspero, con un gesto amable:

—¡Pero si tú eres un niño bueno! ¿Por qué armas tanto alboroto? —le da una palmadita en el hombro y el otro va y le da un mordisco.

¡Carcajada general! Yo les lanzo una mirada severa y se callan, aunque para mis adentros yo mismo hago esfuerzos para aguantar la risa. A raíz de esto, a Tamjuj lo expulsan del colegio y nadie en el barrio puede impedirle que obstaculice el paso de los coches y motocicletas por la carretera. Los alumnos lo echan de menos.

Soy consciente de mi ineptitud para ejercer de maestro, me faltan paciencia y vocación, pero es la única salida que tengo con los estudios que he hecho.

Llega una comisión al Instituto Muley Abdellah de Larache y convocan un examen de Capacidad. Obtengo una buena nota, pero me eliminan porque sobrepaso el límite de edad requerido. Mi edad oficial es veinte años, aunque, en realidad, tengo veinticinco.

Me hospedo de nuevo en la pensión La Plata. Quizá para evocar el recuerdo de Rabea y Kinza. He escogido una habitación pequeña en la azotea, con vistas al mar y a las demás azoteas de la medina. Tengo de vecino a Tomás,

el Rojo, que vive en un cuchitril de madera. Lleva una vida de telaraña. Siente un odio mortal por Franco.

—Franco no era un buen cazador de liebres y jabalíes, como cuentan de él, sino un experto en asesinar a la gente más noble. ¡Esas piezas de caza que aparecen a sus pies en las espléndidas fotos históricas, en realidad las cazaban sus ayudantes! También era aficionado, sin ningún talento, a pintar naufragios de barcos. ¿Cómo es posible que alguien que presume de amar el arte, exilie a Picasso? Se dijo también que admiraba a Valle-Inclán, pero permitió el asesinato de Lorca y encarceló a Miguel Hernández hasta la muerte, mientras la pobre esposa de este daba de mamar cebolla a su hijo.

Tomás vive aislado y no se trata con nadie en la calle. Él considera que la Casa de España es como un refugio de débiles mentales: ven televisión, juegan a las cartas y toman copas. Durante el día, vende globos a los niños en el Bulevar y, por la noche, lee novelas de los clásicos rusos, franceses, españoles e ingleses.

Le gusta el vino blanco, barato; y fuma tabaco de picadura. Antes de dormir se bebe un vaso de agua con limón. No profundiza en las cosas. ¡Su criterio es que no hay nada del todo malo ni nada del todo bueno! No es partidario de los que analizan las cosas con extremismos, ¡los que pasan de la miel a la ceniza!

Lo envidio por su soledad. ¡Él es la soledad personificada! La muerte viviente. Tiene más de setenta años y, afortunadamente, no padece ninguna enfermedad. Para él, con Joselito y Manolete se acabó el toreo. Le gusta la jota aragonesa, el fandango, el tango de Carlos Gardel y las coplas de Concha Piquer, a pesar de que esta sea simpatizante del gobierno de Franco. A veces bebemos juntos una botella de vino en su cuartucho lleno de polvo. La dueña de la pensión, la señora Josefina, nos limpia las habitaciones, pero él no la deja entrar más que para cambiarle las sábanas. La considera una cotilla, una mala lengua, y su olor le provoca náuseas.

Rabea se ha casado con un oficial del Ejército marroquí. Se enamoraron en Tánger. Kinza es bailarina en el cabaret Kutubia.

Se acabaron en Tánger los buenos tiempos de la prostitución. Los burdeles sometidos al control médico se prohibieron hace años. Han sido sustituidos

por casas clandestinas y pensiones miserables donde las veteranas profesionales ejercen, a bajo precio, para los hombres llegados del éxodo rural en busca de un trabajo, y para los pobres de la ciudad. En la madurez, varias de ellas se han arrepentido de la mala vida, para recuperar su dignidad y su religión, y se han puesto a trabajar en restaurantes y hoteles o a servir en las casas de los nuevos ricos. ¡A otras les creció el vello en el bigote o algunos pelillos dispersos y recios por la cara y se les han caído los dientes! Solo algunas hicieron fortuna con su profesión y adquirieron las casas y terrenos de los extranjeros que regresaron a sus países; hoy viven una decente jubilación. Las demás, las más jóvenes y bellas, emigraron a España, Francia, Bélgica, Holanda o Alemania. A finales de los sesenta surge una nueva generación de prostitutas jóvenes, emancipadas en su forma de vestir, en sus expresiones y en sus habilidades sexuales. Sus cuerpos perfectos invaden la ciudad, como las langostas, llegan de todo el país. Es la generación de los hoteles de lujo, las discotecas y las drogas.

Leo cualquier libro que cae en mis manos, sin distinción, pero prefiero los de literatura y los de psicología. Leo y voy escribiendo mis impresiones en cualquier lugar; como estas, por ejemplo: «Café Central, 25-9-1961. Para vivir siempre con una mujer, he de alejarme de las demás. Ella tiene que encarnar a todas las mujeres en una sola; que ninguna se le parezca, que yo la reconozca entre una multitud de mujeres, en la oscuridad; que, si se apagan las velas, nos iluminemos el uno al otro; y, si nos separan con un velo espeso, yo la siga viendo y ella a mí. ¡La mujer luz penetrante! ¡La mujer cristalina! Aún no la he encontrado».

Mientras escribo esto sobre la mujer ideal, me deleito acostándome en las casas clandestinas con las mujeres más putas que quedaban de los burdeles de Tánger: la disolución del alma en el cuerpo, ese es mi destino entonces, probablemente mi fatalidad.

«Los hombres me dicen siempre que qué bonita soy... ¡Vaya novedad, eso lo he sabido toda mi vida!», oí un día que una prostituta comentaba a otra compañera. La mujer es el espejo de sí misma, desde la tierna infancia hasta el declive de la edad y la vejez. Empieza a controlar su cuerpo antes que el hombre. El onanismo y la sexualidad decadente son los que me salvaron de no caer en la trampa del amor frustrado. Muy pronto descubrí que me seduce el

carácter de las putas, pero, a su vez, no puedo vivir con ellas. Creen que el hombre es el motivo de su degradación y pasarán la vida vengándose de él.

VIVIR EN TIEMPO DE ERRORES

Soñemos un poco más. Más allá del sueño. ¡Ay del picabueyes! ¡Del pez que guía al tiburón! ¡Del pájaro que acecha al cocodrilo y al rinoceronte! ¡Y del esclavo amarrado al banco, remando, a golpe de látigo, con la espalda ensangrentada! Hoy será agujereado por la pólvora, sin que su sombra alcance a insinuarse al sol y se convierta en un espectro que huye en la noche.

¡Después del último, no vendrá nadie más! Si ese soy yo, será por su culpa. Ella arrancó de mí lo que quise adivinar en ella. ¿De quién tomaré, hoy, pues, la sabiduría? Los hombres cuerdos se han vuelto locos o deliran por las calles y los que merecen quedarse aquí han emigrado; la nostalgia los ató con sus cadenas pesadas. Emprendieron viaje mucho antes de iniciar su exilio. Los vi tomar la última copa. Vi a uno de ellos llevarse un puñado de tierra de la patria en un saquito, como un amuleto. ¿Abonará con ella algunas semillas de su exilio forzoso? ¿Plantará allí las raíces de hierbabuena? Ese será su destino miserable en su país.

—Vendrán los malos tiempos —me dice Benítez en Arcila.

—Pero ¿acaso llegaron alguna vez los buenos? —le contesto.

¿De quiénes son estas tristes melodías que oigo a lo lejos? Son de los que se van a la frontera, arrastrándose de pie. Su lento reptar los humilla en la mismísima médula. Su humillación es mayor en su propia tierra que en el exilio. Oigo a uno de ellos suspirar, diciendo: «La noche nos enterrará aquí». Como si el horrible recuerdo de las noches pasadas resucitara en la noche de esta travesía. Me acostumbré al sol y al mar. ¿Cómo concebir un mar sin sol? La niebla siempre nos sorprende cuando nos visita. ¿Habrá perdido el cielo su color cristalino en nuestra tierra? ¡El sol se ríe con nosotros antes de sonreír a los demás, pero hoy lo han velado!

¡Basta de disparates! Aprende a soñar con otros mundos como hacen los que los poseen. No te ciegues. A veces se encuentra una perla en un muladar. ¡Al buen tiempo, mala cara! Los nuevos bares de esta ciudad nos están destrozando. Caras que no reflejan más que agresividad y estupidez. Los dueños son peores que los clientes. ¡Ay del bar de Madame Trudy, Le Grillon y el Parade, donde no había que mendigar las copas! Eran como el árbol que impide ver el bosque. Eran nuestro eje. Pero los bares de hoy están desfigurados, como sus dueños.

La hora del deseo se aproxima. Puede que nos una o nos separe, aunque solo pretendamos rozarnos. Por momentos, me siento como el toro de lidia que sale del toril, de la oscuridad a la luz, dando cornadas al aire y clavando su frente y su hocico en la arena, desfogándose antes de iniciar la lucha con su destino fatal. ¡Vivir en tiempo de errores! Me ha contaminado la noche de la calle. Hasta sus locos más pintorescos se han vuelto piadosos. ¡Se han vuelto cuerdos! ¡Alargaron sus barbas! No como protesta, ni como sacrilegio; ¡por mera capitulación! Yo extraño la noche de un hogar lejano. La noche nostálgica de la calle, la de los sueños con los grandes viajes. Quiero sentir el exilio, aunque solo sea en un suburbio de la ciudad. Que mi camino pulido se llene de tierra y polvo, y allí me esperen las tardes y los amaneceres.

Vivo en Val Fleuri, cerca de mi escuela. Escribo sobre las incomodidades de la ciudad. Las denuncio. El embrujo de la belleza de Tánger pronto desaparecerá en el caos. Llevo mucho tiempo sin ver la aurora, la frescura de la mañana y su rocío. Amaneceré con los aromas, las tormentas o las inundaciones. ¡Qué más da! Yo estaré allí. ¡Oh, espectro que me devuelve mi imaginación exhausta! Vamos a soñar un poco más, más allá de los recuerdos de nuestra infancia, felices o desdichados. Escribo y destruyo lo escrito desesperadamente. Me falta la belleza de la elocuencia. ¿Cómo llega la escritura? Soy el enano de mí mismo. Imuzzer, Ifrán y el lago de Dayet-Aua, lejos de los ricos del azar. Estos derrochan sus fortunas a los pies de las desesperadas del día. Su esperanza está en la noche y la fortuna que esta les depara, pero solo se beneficia el pulpo. Su único consuelo es la noche y ella, según su capricho, decidirá si habrá boda o divorcio. Sus ideas tienen el color

del sudor de su ropa. ¡Alegrías ausentes de los corazones helados, busquemos la calidez! Soñemos un poco más. Más allá del sueño.

Cuando me llena la noche, me divido entre lo lícito y lo ilícito. ¡Ser como una flor estéril, autoengendrarme, otorgarme a mí mismo un destino, abolir mi esencia! Pero no; yo soy heredero de todos los sentimientos. Soy descendiente de una sensibilidad rota, del imperio de los sentidos. Soy del linaje de las hormigas y de los peces. Singularízate y verás tu destino. ¿Es la madurez fruto de la infancia? ¿Está relacionada con ella? ¿El niño que fui es el hombre que soy? Tengo una infancia sarnosa. ¿Quién se acercará al hombre que soy? Nací entre dos flores y solo a una de ellas quiero.

Algunas se van. Otras vienen. ¿De cuál de ellas probaré el perfume? Solo vienen a mí las que ha ensuciado la baba de la madrugada. Recuerdo a la última. Estaba loca, pero había bebido del manantial embrujado de la serenidad. ¡El vello de su espalda, cola de pavo real de terciopelo cobrizo! Llegó con el crepúsculo y se fue al amanecer, dejó en mis manos un puñado de pétalos y no volvió jamás. Quizá no supe cómo besar sus bellos muslos. Quizá nos faltó la musa del silencio. Quizá nos faltaron las palabras tontas. La violencia, quizá. Quizá tomar distancia: rozarnos sin hacernos frente. No habernos conocido, quizá. La recuerdo como una niña mimada. Le gustaba que le pusieran la comida en los labios; de lo contrario, te lanzaba todo a la cara. Yo no sé mimar a nadie. He vivido con los bárbaros de la noche en las callejuelas estrechas, en las cuerdas repugnantes y en los antros de mala fama. Mi flor preferida se marchita antes de rozarla, antes de sentir su aroma. Los misterios sagrados ya no me asustan, extraigo placer de mis secretos. ¿Serán un crimen por el que no recibiré castigo? No puedo aniquilar los deseos de mi cuerpo. Las promesas son apuestas amañadas. No esperaré una recompensa. El arroz es la medida; el pan, la paciencia; y el amor, la sal. ¡Más vale la locura de la naturaleza que el templo!

Me enamoro, en el barrio de Val Fleuri, de la noche de mi casa y no de la noche de las tabernas; de la mañana de la montaña y el mar, y no de la de las calles agotadas; y de los cafés que esperan al primer cliente. La herrumbre me asusta.

A esta noche de árboles y hierbas solo le faltan los aullidos de los lobos de las praderas. Descubrí a Heinrich Heine antes que a Rimbaud, Verlaine, Nerval, Baudelaire, Shelley, Keats y Byron. Descubrí el «estoy enamorado, luego estoy vivo» de Heine antes que el «pienso, luego existo» de Descartes. Más tarde, llegó Sartre, y despertó en mí otro sentido: «Soy lo que no soy y no soy lo que soy».

Siempre tengo una cita inaplazable con la destrucción de lo que escribo. *Las confesiones* de Rousseau me enseñaron a encontrar consuelo en las pequeñas cosas que los demás desdeñan. Pero la disolución del alma en el cuerpo, ese es el mal inexorable que me ha vencido.

Purifico con el fuego lo último que escribo en Val Fleuri y vuelvo a mi cuarto de la azotea de la pensión La Plata para sumergirme en la mugre de la ciudad. Cada día me despojo de alguno de mis libros. Los vendo a cualquier precio y me gasto el dinero en bebida. Pido unos días de baja por enfermedad. Solo me quedan *Follas Novas* de Rosalía de Castro y el *Diván* de Al-Mutamid Ibn Abbad.

Una noche me vence la derrota física y moral. Estoy en el café La Brasserie de France. ¡No sé cómo me pongo a gritar y a lanzar insultos contra los faraones! Amenazo al barman con romper la cristalera si no llama a los bomberos para que vengan a por mí. Vienen. Me tomo la última copa antes de acompañarlos. Escucho al barman decir al camarero:

—Pobre hombre, ¡los libros le han hecho perder la razón!

—Una noche lo vi durmiendo a la entrada de un portal frente al bar Monocle; tenía por almohada sus libros. ¡Que Dios lo ampare!

LOS OLVIDADOS

Hay cinco camas en la habitación. Por la noche, a lo lejos, se oyen ladridos y el croar de las ranas. Estoy leyendo la vida de Van Gogh. Comienza con sueños y acaba en angustia. En la locura no hay más tierra que el cielo imaginado donde aprendemos a volar con las alas cortadas. El silencio es total. De repente un alboroto creciente se va acercando a nuestra habitación. «¡Un terremoto!», eso dijeron. No he sentido nada. Quizá estaba adormilado cuando sucedió. Entran algunos enfermos de otras habitaciones. Se despiertan los demás compañeros, uno tras otro. Yussef, el predicador de nuestro cuarto, el especialista en exégesis e interpretación, dirige cualquier diálogo sobre Dios, la religión y los desastres naturales. Recita de memoria el Corán y los *hadices* del Profeta. Dicen que también conoce las siete lecturas y que fueron estos siete modos de pronunciar y recitar el Corán los que le hicieron perder la razón.

—Solo los sabios temen a Dios. La muerte es la gran justicia —dice Yussef.

—Un día en la tierra es mejor que mil días bajo ella —interviene Mansur—. Mil años de vida hasta que el ser humano la maldiga.

—¡Basta ya de noticias pasadas y de tonterías! ¡Traed agua, pan y cigarrillos! —grita Omar.

Nadie le da nada. Suelta unos cuantos insultos, tapándose con la manta hasta cubrirse la cara.

—La gente es rebelde como sus antepasados. El dolor es la única justicia equitativa —añade Yussef—. No son más felices los que están más cerca de Dios ni más desgraciados los que están lejos de Él.

Un joven no para de gritar:

—¡Cortadme las manos, aquí están, cortádmelas!

—El tiempo es la aniquilación lenta —dice Yussef—. Visitad a los vivos con las mismas flores con que visitáis a los muertos. Las flores de los festejos son las mismas que las de los duelos. Los corazones de la gente se han convertido en mariposas que revolotean alrededor de flores marchitas.

Abraham ameniza nuestros paseos por la hierba del patio, cantándonos su canción:

En la tierra y en el cielo, viva el amor

En la patria y en el exilio, viva el amor

En las prisiones y en los templos, viva el amor

En las cabañas y en los palacios, viva el amor

En los barrios y en los cementerios, viva el amor

En las casas y en los hospitales, viva el amor

En la paz y en la guerra, viva el amor

—No es fácil volverse loco —dice Mansur, que está a mi lado, contemplando una planta, como lo haría un niño—. Lo difícil es mantener el sentido común para no perder la razón.

—La mente del hombre lleva mucho peso y su cuerpo es una bestia de carga —comenta Yussef—. Un día vi a un hombre llenar su carro con un saco tras otro hasta que se vinieron abajo el carro y el burro. Quería hacer todo de una vez para no volver a cargar. Un paso, es solo un paso, pero ¿quién es capaz de darlo? Cada persona se imagina que tiene ante sí un precipicio. Caemos antes de dar el paso. ¡Qué altos son los árboles! ¡Qué bajo es el ser humano! El secreto de la edad está en el secreto del crecimiento.

Volvemos a nuestras habitaciones después de tomar nuestra dosis de sol y de aire limpio, y de contemplar el cielo. Entra Abraham. Hasta que no le damos algo de comer no se le alegra la cara. Le doy un trozo de pan y unas aceitunas. Abraham nunca se sacia. Para mí este fruto sagrado es un deleite. Más que masticar, Abraham traga. Es alto y grueso. Por la noche se lo turnan. Él no se queja. Solo si lo violan golpeándolo. Antes de abusar de él, le untan el pene con grasa y traen a la pequeña perra del hospital para que se lo lama.

—¿Cómo se llama tu amada, Abraham? —le pregunta Mansur.

—Esther —contesta Abraham, que a menudo habla de ella sin que nadie le pregunte nada.

—¿Cómo eran sus ojos?

—Los más hermosos del mundo.

—¿Lo son todavía?

—Sí.

—Estás mintiendo, Abraham. El tiempo ciega. ¿Todavía la quieres?

—Sí.

—Estás mintiendo, Abraham. El amor también muere. Ella ya estará muerta o probablemente con otro.

—El hombre, si está solo, es un santo, pero si está con una mujer, un diablo —dice Yussef, acariciándose pausadamente la barba—. Quien cuenta sus días es como si contase los latidos de su corazón. Quien se lamenta de la belleza pasada es como el que conduce un coche mirando hacia atrás. Lo más bello del mundo caduca y desaparece. Esta es la verdad que oí de un mudo. Curandero, ¿por qué eres leproso? Oculista, ¿por qué tienes los ojos llenos de legañas?

Entre los distintos pabellones del hospital siempre hay movimiento. Al quedar libre una habitación me trasladan a otro pabellón, reservado a los funcionarios y a los privilegiados. Algunos enfermos se cuelan aquí porque es más tranquilo. Cuando me ausento, me desaparecen cosas: comida, bebida y tabaco. Hasta me birlan la botella de Martini de la maleta. Me permiten salir del hospital y voy a la ciudad a comprar lo que necesito. Los libros, las revistas y los periódicos no me los toca nadie. Una vez sorprendo a un enfermo zampándose la comida que me traen de fuera y me dice: ven a comer conmigo, está exquisito.

Le doy las gracias y le dejo que se termine su deliciosa comida: pollo de corral con cebolla y pasas. También se come mi postre: un plátano y una naranja; y después me pide un cigarrillo.

Demnati es el enfermo más fuerte del hospital. Lleva más de diez años aquí. Trabajaba en un circo alemán cargando a seis acróbatas sobre sus hombros. Pero no es el más antiguo. ¡Shama lleva aquí quince años! Se ha quedado embarazada en el hospital tres veces. Nadie sabe de quién. Cuando

viene a visitarla su hermana, la recibe con insultos y lanzándole escupitajos; se niega a hablar con ella.

Esta mañana han devuelto a Mezmizi al hospital con la cabeza vendada y heridas en la cara. Él entra y sale cuando quiere. Lleva más de cinco años de tratamiento. No es violento ni agresivo con la gente. Pero cuando tiene una crisis, rompe todo lo que encuentra a su paso. Le gustan los animales. Él es el que cuida a la perra del hospital: la lava, le da de comer, la mimó y juega con ella. Cuando pasa mucho tiempo en la ciudad y se harta, se pone a dar cabezazos contra el escaparate de alguna tienda, de preferencia lujosa. Y cuando llega al colmo de su furia y desesperación, mastica trozos de vidrio y cuchillas de afeitar. ¡Acabará muriéndose así, al tragarse un buen puñado! Esto le ocurre cuando ha bebido vino, fumado kif y tomado tranquilizantes. Los demás enfermos se identifican con él.

Mezmizi no vive su desgracia encerrado en sí mismo, como la mayoría de los locos que aquí han construido su propio mundo en el que sufren solos. ¡Qué fuerte es la crueldad consigo mismo! Él considera que el hospital es su verdadera casa. Nadie viene a visitarlo. Tiene más compañeros aquí que en el exterior. También hay un enfermo que es mozo de la estación de tren y solo ingresa en el hospital en invierno, cuando escasea el trabajo. Él tampoco recibe visitas.

Para que no sigan desapareciendo mis cosas, confío a Demnati la vigilancia de mi habitación. Se sienta ante la puerta hojeando mis revistas y periódicos, y fumando los cigarrillos que lía él mismo. Le compro un paquete cada dos o tres días y le doy algo de mi comida. A veces, coge un libro y hace como que lo lee, página por página, murmurando, a pesar de no saber ni una letra. Un día me pide que le lea en voz alta. Y después de unos párrafos, me interrumpe:

—Yo también leía así cuando estaba en la escuela coránica.

Cada vez que viene a verlo su pobre madre, una vez por semana o cada quince días, festeja su cumpleaños con ella. Se sienta en su regazo como un niño pequeño y la cubre de besos en la frente, la cabeza y las manos. Se vuelve a sentar en una silla y, al rato, repite la misma ceremonia. Suele ocurrir que algún enfermo recién ingresado, no acostumbrado a este ritual, los mire con insistencia. Demnati, entonces, se levanta y le da un puñetazo, con tanta fuerza

que es probable que lo tire al suelo. Los demás evitan acercarse a este celoso loco cuando está con su madre. El castigo de Demnati es un día o dos de aislamiento en el pabellón de los peligrosos. Desde que entré al hospital, lo he librado de que lo encierren en dos ocasiones. ¡Diez dírhams, cada vez, al enfermero jefe!

Incluso se ha instaurado una especie de prostitución con algunas de las enfermas, mediante unos cuantos dírhams o cualquier cosilla con la que se contentan las que no reciben visitas. En el hospital hay más de una prostituta profesional. Una noche a Demnati le da por hacer guardia en los váteres. Es la primera vez que lo hace. Impide entrar, a puñetazos, a los enfermos. El celador y el enfermero de guardia, como de costumbre, no aparecen, pues están durmiendo o jugando a las cartas. A la mañana siguiente, muchos vomitaron al no poder resistir el olor a mierda en la ropa, las camas y por los rincones. En esta ocasión, le dieron una sesión de *electroshock* para calmar su crisis y lo aislaron dos días. Al tercer día, lo salvé, como de costumbre, con diez dírhams. Estos arranques de agresividad solo le dan de vez en cuando.

Recorto de la revista *Playboy* fotos de chicas desnudas y decoro con ellas mi habitación. Desde un ventanuco de mi cuarto, que da a un amplio patio con plantas, veo pasearse a las enfermas. Charlan en grupitos, por parejas, o hablan solas. Se peinan, se quitan los piojos, unas a otras, aunque no los tengan, con gestos de monos. Cuando se acalora la discusión entre ellas, se levantan la ropa y enseñan sus partes, se enzarzan en peleas, tirándose de los pelos, arañándose y pegándose. Las demás no intervienen para separarlas; y, si la celadora no acude a tiempo, la gresca pasa a ser general, convirtiéndose el patio en un campo de batalla. Durante los cuatro meses que he pasado en el psiquiátrico, he asistido a escenas de gran violencia entre ellas, por tonterías: por un peine, por querer sentarse en el mismo sitio o simplemente por una mirada: «Y tú, ¿qué estás mirando?». Una de ellas está siempre sola en un rincón. Se queda desnuda, peinándose con parsimonia. Luego se viste y tímidamente me pide un cigarrillo a través de los barrotes de la ventana. Le doy dos o tres para que no vuelva. No la quiero privar de su desnudez, de su ensoñación, mientras huele esa flor que no sé de dónde la ha podido coger.

De noche, la vida en el hospital cambia. Algunos enfermos apenas duermen. A veces, Batul viene a mi habitación, llorando o eufórica de alegría. Lleva un camisón transparente. Es bajita y rellenita, con el pelo corto; tiene cara de muchacho y una tez del color del trigo. Su neurosis le viene por ser estéril. Dice que teme enloquecer para siempre. «Yo estoy aquí, pero este no es mi sitio», me comenta desesperadamente. Disfruta bebiendo y fumando para apaciguar su ansiedad. Siempre le tengo guardado algún vasito de vino y unos cigarrillos. Una noche se quita la ropa e imita a la chica desnuda de la revista que tengo colgada en la pared, adoptando una posición descarada.

—¿Tú crees que esa es más guapa que yo?

—¡Qué va! ¡Cada una de vosotras tiene su estilo!

Le pongo música con el ritmo que ella me pide y baila acariciándose, excitada, su bonito cuerpo, retorciéndose como una cobra. Seduciéndose a sí misma, sigue bailando hasta que, extenuada, se tiende en la cama. A veces se queda en mi cuarto hasta el amanecer o desaparece sin despedirse. Su existencia gira en torno a su frustración por no haber tenido hijos.

Una mañana me llama el doctor Montserrat a su despacho:

—Con tu estado de salud te hubiese bastado una semana de permanencia aquí. ¡Llevas casi cuatro meses! Ya has descansado bastante. Esto no es un hotel, tienes que volver a tu trabajo.

Batul, la noche anterior, en su sesión de baile, había cantado excesivamente alto. Llegaron el enfermero de guardia y el celador y la devolvieron a su cama. El enfermero de guardia también se acuesta con ella. Una noche, mientras yo la buscaba, lo encontré montado encima de ella, en la lavandería.

—Cuando acabe es tuya.

Le deslizo en la mano diez dirhams y lo dejo palpitando en ella.

19

SARAH

Sarah dejó Larache y se vino a Tánger. Los soldados españoles y los marroquíes se hartaron de ella. Su madre era judía y se había casado con un español, pero nunca renunció a su religión, aunque no la practicase. En su juventud, también ella se entregó a la vida ligera, dedicándose a la prostitución. La pensión Arcadia es toda la fortuna de Sarah. Vendió sus pulseras, sus anillos y su cadena de oro para pagar el traspaso. ¡Cambió sus alhajas por otro bien devaluado!

Tengo de vecino a Henning Skram. Los dos dejamos la puerta abierta, esperando que el azar nos mande, a mí, una mujer, y a él, un hombre; el deseo furtivo que nos brinde la nocturnidad de los pasillos. Es de noche: la noche de Tánger.

Él lee teatro clásico y yo devoro cualquier libro. Muchas veces representa ante mí los papeles que interpretaba en Dinamarca hace más de veinte años. No entiendo ni una palabra, pero me emocionan su voz y su forma de actuar. Una noche, durante una de sus representaciones, se arrodilla y, al levantarse, tiene los ojos llenos de lágrimas.

Cuando la espera se hace interminable, nos reunimos en su habitación o en la mía. Nos tomamos una jarra de vino. Tiene la sensibilidad a flor de piel. En los días de calor, celebra su desnudez total ante el espejo. El día de su cincuenta cumpleaños le dio un ataque de risa y de llanto. Cogió tal borrachera que lo tuvimos que llevar entre dos. Iba gritando: «¡Soltadme, soltadme, hijos de puta...!».

Lo mantiene su tía. Le asigna una paga mensual con la que podrá vivir en Tánger, o en cualquier pequeña ciudad, durante toda su vida. La muerte lo aterroriza. Un día lo encuentro llorando en su cuarto; acababa de ver pasar un

entierro por delante de la pensión (a finales de 1960 morirá de un derrame cerebral en Melilla, donde está enterrado).

—Para vencer la idea de la muerte, no tenemos que imaginarnos muertos —le digo—. Estarás solo tú frente a tu destino. A nadie le interesa tu muerte y no esperes que nadie te compadezca. Considérate eterno, aunque sea en la imaginación. Solo el amor a la vida vence a la muerte.

Se calma su angustia y me lanza una mirada socarrona:

—¿Me tomas por un ingenuo? ¿Te crees que estamos en el teatro?

Henning tampoco sabe enfrentarse a la enfermedad. El más mínimo dolor le hace temblar.

Solemos almorzar y cenar, en un pequeño comedor-cocina, cinco o seis de los huéspedes habituales. Nuestra cocinera, Lalla Safia, nos sirve. Cuando Sarah está de buen humor, nos atiende ella y se sienta con nosotros a comer. Su madre, Lola (su verdadero nombre es Hasiba), nunca comparte nada con nosotros. Se encierra en su habitación oscura. A veces juega a las cartas sola. No la visita casi nadie.

Un nuevo cliente se suma a nuestra mesa; lo he visto alguna vez en los cafés del Zoco Chico, pero no sé a qué se dedica. Tiene aspecto de engreído; quizá quiere aparentar que es una personalidad importante. Es amigo del amante de Sarah, el negro Butami, que, con el corpachón que tiene, parece descendiente de algún gorila. Tiene cara de sandía partida por la mitad, una frente estrecha de chimpancé y unos ojos como dos granos de uva negra.

El recién llegado no se hospeda en la pensión. Ya lleva varios días viniendo y no sabe cómo integrarse en nuestro grupo. Nos gastamos bromas, nos reímos y él sigue serio. Pienso: «¿Qué es lo que le hará gracia a este hombre?». Una noche acabamos de cenar y, mientras bebemos, contamos chistes, por turno. Llegamos incluso a llorar de risa y, de pronto, él se levanta y se va enfadado. ¿Pero qué mosca le habrá picado a este canguro?

Al día siguiente, llega el primero al comedor. Está hojeando una revista francesa. Ante él un paquete envuelto en un periódico francés. Lo saludo y me siento. Me saluda también con un movimiento de cabeza y sigue leyendo. Pienso: «¡Se está haciendo el interesante, el intelectual! ¡Pero qué se habrá creído!». Casi me echo a reír en sus narices.

Hoy Lalla Safia parece algo inquieta. El comedor está justo enfrente del dormitorio de Lola. Sarah duerme con su madre cuando su gorila no se queda a pasar la noche con ella. Aparece Sarah y me llama con un gesto de la mano. ¡Esta noche ocurre algo inhabitual! Me indica que entre a su habitación.

—¿Qué le hicisteis a ese ayer? ¡Es un agente secreto, amigo de Butami!

—¡Y qué!

—Lo que lleva envuelto en el papel de periódico es una pistola. Lalla Safia lo vio cuando la sacaba y la estaba limpiando.

—No entiendo nada, y ¿qué pasa? ¿Viene acaso a amenazarnos?

—¡No, nada de eso! Pero no le hagáis enfadar. Por favor, no bromeéis tanto en la mesa. Tenéis que acostumbraros a su presencia.

—¡O que se acostumbre él a la nuestra!

—Espero que me entiendas: ¡no quiero problemas!

¡Sarah es de las que se acobardan en cuanto tienen que verse con la autoridad!

El viejo vigilante, don Juan, está sentado en un rincón a la entrada de la puerta. Me gusta su rebeldía; a él todo le da igual. Señala a Sarah con el pulgar hacia atrás y se coloca el índice en la sien. Siempre la critica e inventa constantemente nuevos chistes sobre ella.

Una noche comenta, irónico, mientras cenamos:

—¡Parece que las gallinas ya no tienen patas, ahora resulta que solo vuelan!

En su plato: un ala y el cuello. Lleva más de diez años trabajando con Sarah. Alrededor de la mesa: Buzián, el profesor de inglés, Henning Skram, el agente secreto y yo. Cuando está descontento, don Juan no se sienta con nosotros. Espera hasta que se vacía el comedor. Sarah se asoma y desaparece. Nerviosa. Está pendiente de lo que pueda pasar. Lalla Safia está aún más nerviosa que ella. Es la primera vez que ve, con sus propios ojos, una pistola en manos de alguien. «La limpiaba como unas gafas», eso me dijo. En el comedor reina un silencio inhabitual. Henning no sabe lo de la pistola envuelta en el periódico. Sarah nos llena los vasos de vino y se vuelve a llevar la botella a la cocina. Henning pide otra botella para disipar nuestro silencio helado. Él también intuye que algo puede pasar esta noche. Está taciturno. Quizá añore a su amante. Llevan enfadados algunos días. Sus amores son más bien tristes.

Sirve vino al agente; le tiembla el pulso; luego nos sirve a nosotros. Hacemos un brindis por todos, entrechocando nuestros vasos. Se calma el desasosiego de Lalla Safia y de Sarah, que se asomó para vernos y mostró una afabilidad forzada. ¡No sé por qué la asocio con un avestruz! ¿Por su largo cuello? ¿Por su cara en forma de corazón? El agente pide una botella más cuando todavía no hemos acabado la otra. Intenta ser amable. Saca disimuladamente el paquete envuelto en el diario y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta.

Buzián se ha montado también una historia de amor con una alumna. Mañana le tocará a él invitarnos a una ronda de vino. No ha hablado con ella nunca. ¡Es un amor a distancia! Los días en que comienza su clase a las diez, dos veces por semana, se levanta a las seis y se va a Tetuán, y regresa tres horas después. Allí se sienta a desayunar en el café Avenida, por donde pasa su amada. Disfruta viéndola. Ella está completamente ajena a su presencia. Si vuelve de Tetuán contrariado y pensativo, entendemos que ella no pasó por allí. Esos dos días, la vea o no, nos invita a una botella de vino durante la cena. Solo bebe en las grandes ocasiones, y acompañado. Tomar vino es un acto social, eso dice.

Es la una del mediodía. Ha llegado la policía, y los bomberos están desplegando sus escaleras; una aglomeración de curiosos se agolpa en la puerta de la pensión. Han tenido que romper la ventana para entrar, pues el cuarto estaba cerrado por dentro. Sarah está pálida y tiembla. Tiene el rostro desencajado por el disgusto. Todos los que conocían a Chastine se han extrañado de que se suicidara. Se había despedido de nosotros muy feliz. Cenó bien y bebió bastante; tenía las mejillas encendidas. Recuerdo su última sonrisa mientras subía las escaleras hacia su habitación. Durante días su única comida había consistido en pan mojado en vino. Pasaba la mayoría del tiempo leyendo. El giro que recibe mensualmente tardó en llegar más de lo habitual. Se cansó esta vez esperando la ayuda de sus padres.

Enterado de sus apuros económicos, la había invitado a cenar con nosotros. No creo que se haya suicidado solo por falta de dinero. Seguramente se acumularon los fracasos. Una desgracia más profunda la debió de empujar a

ingerir el tubo de tranquilizantes. ¡Quizá la alegría imprevista, que vivió la víspera con nosotros, contribuyó a su decaimiento!

Después de llevarse el cadáver y marcharse los agentes de la autoridad, Sarah se echa a llorar a lágrima viva. Bebemos coñac para aliviar su crisis de nervios. Hablando de la fatalidad y del destino de la gente, me olvido de que tengo que ir a trabajar a la escuela. Nos emborrachamos y nos reímos mucho. No me acuerdo cómo subí a mi habitación. Me acosté con la ropa puesta. A la hora de cenar, me despertaron unos golpes continuos en la puerta. El comedor, esta noche, carece de la animación habitual.

Durante las vacaciones escolares de marzo, Buzián está más triste que nunca. Sigue yendo a Tetuán los mismos días y, como de costumbre, toma su desayuno en el café de siempre y vuelve a la misma hora. La joven de la que está enamorado no aparece, pero él la sigue buscando con la mirada. Lo llevo a la casa de citas de Barguta. Hay tres putas. Le dejo elegir. Yo entro con la bizca y evoco con ella algunos de mis recuerdos en los barrios de Tetuán. En el Dean's Bar le pregunto qué tal le ha ido con la chica. «Es simpática, pero no me acosté con ella; me amargó contándome la historia de su vida. Tiene que mantener a su madre y a una hija de un año.»

Yo también odio a ese tipo de prostitutas que sueltan sus desgracias en la cama. Son la impotencia personificada.

Butami es el amante fiel de Sarah desde hace años, pero no es el único. Su avidez sexual atrae a todos los jóvenes folladores de la ciudad y de otros lugares. A algunos les cautivan su pobreza y frustración; y a otros les seduce el mero hecho de que sea extranjera, aunque vieja.

Hoy le toca el turno a su doncel preferido, que viene de Chauen. Es más joven que su hijo Carlos, que tiene treinta años. Butami suele pasar con ella la noche del sábado y, a veces, se queda hasta la tarde del domingo. Los demás días son para su esposa y sus tres hijas, pero hoy es lunes. Alguien le ha debido de indicar la presencia de ese ingenuo y ha venido a husmear a su rival.

Sarah está seductora y perfumada. El joven cena con nosotros. Come con voracidad. No bebe ni fuma. Para alimentarlo y mostrarse generosa con él ante nosotros, cada vez que viene, nuestra cena se convierte en un banquete, con copiosa comida y bebida. ¡Ella sabrá amortizar este derroche! Me han contado que en ocasiones la han visto comprar carne de burro o de caballo. Puede que sea verdad, pues no es inhabitual que el trozo de carne parezca goma. Prefiero no creerlo. Esta pensión es de las más baratas del Zoco Chico. Butami sube con Sarah a una de las habitaciones vacías. Escuchamos voces e insultos. Regresa y pasa ante la puerta del comedor, enfadado, lanzando una mirada de desprecio al joven. Sarah entra a la habitación de su madre. Aparece con unas gafas oscuras para disimular el puñetazo que le acaba de dar el gorila. Es terca, decidida y fuerte, no se siente vencida. ¡Como si no hubiese ocurrido nada! Ella es dueña de su libertad y de sus deseos. ¡Sabe lo que quiere! ¡Que se peleen, que se vayan, ya volverán! ¡Es dueña de sí misma! ¡Sarah es la reina de la buena vida, de la alegría y de la jodienda!

Y EN EL CIELO, PÁJAROS SIN PATAS

Los veranos, a mediodía, me muero de aburrimiento. No me salva de ello más que el mar, pero hace años que me he vuelto perezoso y he perdido el placer de nadar. Es uno más de los que me ha apartado la bebida: la lectura seria, la escritura, escribir cartas a los amigos, la contemplación, el sueño... Incluso abandoné el hábito de la siesta. Probablemente porque despierto de ella cansado en medio de este calor asfixiante. He de decidirme: ir a casa de Charles Lechevalier, de Patricia o de Benito Guerra, que ha vuelto de México; o bajar a uno de los bares de la playa, pero allí las charlas vacías de los borrachos aumentarán la temperatura. ¡A casa de Benito, pues, a quien no he visto todavía!

Me recibe descalzo dándome la bienvenida con los brazos abiertos, como de costumbre. No necesita quien lo alegre, ni siquiera los días en que espera el giro postal que le envía su adinerada madre. Nos hemos dado un fuerte abrazo. Me pasa el brazo por el hombro:

—¡El vino aún no ha hecho estragos en ti! ¿Cómo te las arreglas para conservarte tan bien?

—¡Y a ti tampoco te ha vencido el polvo blanco, por ahora!

Lleva una túnica ancha y abierta por el pecho. Esta vez, no ha alquilado una casa grande, sino una sola habitación en el barrio Ben Cherqui, con vistas a la playa, parte del puerto, la colina del Charf y la estación de tren. Algunos libros y hojas esparcidas encima de una mesita. Coge dos cervezas frías de un barreño cubierto con un trozo de tela de saco.

—Este es mi frigorífico.

Fuerte olor a hachís. Benito tiene buena salud. Así está cuando llega a Tánger, pero se cubrirá de granos, como de costumbre, si vuelve a esnifar coca,

fumar hachís o comer dulces de kif y beber.

—¿Y Valérie?

—Nos hemos escrito cuando yo estaba en Las Vegas. Se casó y tiene dos niñas. Vive con su marido en Costa de Marfil.

No creo que ella aspirase a tanto. Sufrió muchos fracasos en su larga búsqueda del amor.

—Patricia también tiene una niña con Giovanni, pero ya no vive con él, aunque se ven de vez en cuando.

—Ya lo sé. Hemos desayunado juntos esta mañana en el café Central.

Observo las hojas que están sobre la mesa.

—¿Qué estás escribiendo?

—Una novela. Es mi primera experiencia con la prosa. A duras penas logro escribir una hoja al día. Quizá necesite pelearme con alguna joven loca. La lucha conmigo mismo y con los demás me lleva a la escritura. Raras veces escribo estando alegre.

«Todo cerebro activo lleva un alma quebrada», como dice Alfonsina Storni.

—Y Salma, ¿dónde está ahora?

—No lo sé. No sé quién de nosotros dos ha cambiado de piel. No terminé mis vacaciones en Las Vegas porque me encontré allí con una joven muy parecida a Salma, en el físico y en el carácter. Absorbí de ella tres poemas y hui antes de odiarla y hacerla pedazos.

Coge unos papeles de encima de la mesa y me los da.

LOS NARCISISTAS

*Adoro contemplar tus ojos anaranjados
y tu cabello ondulado como el árbol del cacao luminoso.*

*Adoro contemplar tu rostro encendido
cuando se muestra y se oculta.*

*Inúndame
mientras yo emerjo de un sueño
e irrumpo en otro.*

Tus labios sensuales disponen corazas

*en mi boca guerrera.
Es mi arma preferida el duelo.
Y me amo a mí mismo.
¿Y luego?
Los narcisistas inundan con ternura
otros cuerpos y otras almas.
Te amo desde arriba y desde abajo.
Tu piel sufre el asedio
desde los limbos del Génesis,
desde la Edad de Piedra.
Ondea su fulgor hacia el futuro,
pero mi alma poderosa
huye a los cuatro puntos cardinales.
La cita es aquí,
donde tú quieras.
Quizá en la hermética gruta celeste.
La cita es aquí.
Ansiosa está mi alquimia solitaria.
La cita es aquí,
donde tú quieras.
Saldrás quizá victoriosa del encuentro.*

LA CAJA DE CERILLAS

*Hoy me han perseguido las estrellas.
Les arrojo mi piel..., mi cabello...,
mis ojos violeta sin igual.
En vano
me arrastran con ellas,
más allá de un continente helado.
Me vacié.
Me derramé en los campos:
Huesos..., basura..., belleza.
Alguien pasa y me recoge.*

*Me guarda en una caja de cerillas.
Desde entonces las astillas arden.
Al menos, eso dicen.*

SAHUMERIO

*Cae la nieve.
Llueve azul en la habitación.
Estamos juntos
y la carne se desprende de nuestros huesos.
Esqueletos.
Solo el humo del incienso que asciende
como una lenta espiral de caracol.
Llueve azul afuera
y dentro llueve incienso.
Estamos pálidos, desvanecidos,
eternamente fundidos
en el éter del placer que se disipa.*

21

LECHEVALIER

Donde esté el verano, yo no debo estar. Me asfixia, y mis alegrías se desvanecen. En ese estado de sopor, las ideas se escapan y se evaporan como el rocío que llena la brisa de la noche. Ni siquiera de joven gocé de sus placeres y alegrías. Por fortuna, tengo la arena húmeda del mar, no la del desierto, seca, cortante y cegadora. Solo me aferro a los sueños cuando me vence mi ambición. Y solo me acuerdo de mis desgracias cuando me pongo a escribir.

Está sentado en la terraza del café Central. Tiene un aspecto desolado.

—Te necesito ahora mismo —me dice—. Me vas a ayudar en un asunto.

Es la primera vez que le oigo pedir ayuda a alguien aquí. Está cayendo la tarde.

—¡Cuando envejecemos, deseamos que todo empiece de nuevo! —dice, mientras se levanta lentamente de su silla.

Estoy escribiendo estos recuerdos al son del «Himno a la Alegría» de la *Novena Sinfonía* y del primer *Nocturno* de Chopin. Dejaré al lector la libertad de mezclarlos en su imaginación.

La habitación de Lechevalier es calurosa como un horno. Encima de la mesa, una botella de vino rosado. Solo bebe agua si le falta el vino. «¡El agua para los camellos y las ranas!», dice con ironía. Me llena un vaso: está templado, tiene un sabor agrio y huele a corcho. Señala una maleta vieja al lado de la cama.

—¿No te importaría llevármela hasta la playa?

—¿Hasta la playa? —le pregunto, interrogándome a mí mismo si no estará desvariando.

—¡No te extrañes! Pero no te diré nada de lo que contiene hasta que lo veas tú mismo.

Intento acompasar mi paso al suyo. Nunca lo he visto tan triste y cansado. A él, que critica siempre a los que se quejan, hoy apenas lo sostienen las piernas, pero resiste. La maleta no pesa mucho. ¿Qué llevará dentro? Algunos bañistas se despiden del bello atardecer de Tánger y otros siguen apegados a la arena templada. Abro la mágica maleta chevaleresca: relatos, algunos de los cuales me había leído hace tiempo y que nunca publicó; un montón de fotos descoloridas y algunas medallas de las dos guerras mundiales. Me pide que les prenda fuego. Lo miro con pena. Respetaré, por supuesto, su voluntad; quisiera rescatar alguna foto suya para quedármela de recuerdo, pero se niega:

—Te pido que cumplas mi deseo. No insistas. Ya me sacarás más de una foto juntos cuando quieras.

Las hojas carbonizadas se desparraman por el aire y él contempla el horizonte vespertino del color de la flor del almendro. Recuerdos de más de sesenta años se desvanecen sin compasión. Lechevalier, abatido, está al borde del llanto. Su cara enrojecida refleja su profunda tristeza. ¡Es la primera vez que presencio un acto de nihilismo! Los cuentos que me había leído carecen de imaginación literaria. Son simplemente narraciones de acontecimientos dramáticos sin ninguna preocupación estética. Están repletos de tópicos. Sin duda no ha alimentado su afición literaria con sentimientos de soledad y con lecturas contemplativas. Es de los que siempre quieren cerciorarse de la verosimilitud de las cosas. Manifiesta, sin embargo, un exacerbado inconformismo en su negativa a asistir a la iglesia los domingos y demás fiestas religiosas. ¡Solo encuentra la alegría de la vida en el pasado! «La *Belle Époque* terminó a finales de los años cuarenta, a pesar de los desastres de las guerras grandes y pequeñas», esa es su desesperación. Después de jubilarse del Ejército, se dedicó a curar a la gente aplicando una terapia de autosugestión. Ya le había interesado en su juventud. Yo consideraba que sus artes médicas eran un tipo de brujería, pero luego cambié de opinión al ver cómo mejoraba Sarah ante mis propios ojos. Le hacía repetir frases, pasándole la palma de la mano por su vientre. ¡Desapareció el mal que la aquejaba! Cuando yo tuve anemia, me recetó carne picada de caballo cruda con una yema de huevo, ajo, pimienta y

vino. Lechevalier es el curandero de nuestros dolores y tristezas, pero hoy él está más dolido y triste que nosotros. Acabo de comprender, con este acto, que es imposible vivir de los recuerdos engañosos o sospechosos. Aunque, de todos modos, él no tiene a quien transmitirlos. Renegó de sus allegados, que lo mataron en vida.

Esta vez, el giro de su pensión ha tardado en llegar más que de costumbre. Cada vez está más decaído y encorvado. Esto no es habitual en él.

—En el país de las expectativas la gente se muere de hambre —le oigo murmurar.

No digo nada. Mientras me despido de él, me pregunto: «Si yo llegara a los setenta y cinco años, ¿seguiría sintiendo placer o desesperación por la vida?». La frase sigue retumbando en mi mente: «Cuando envejecemos deseamos que todo empiece de nuevo». Y para fortalecerme y consolarme me digo: «Yo no envejeceré mal. Los que tienen la edad de Lechevalier se quejan del tiempo, que los ha despojado de lo que más querían o les ha amargado la vida. Pero él no da importancia a su mala suerte. Voy temiendo el final de mi vida a través de la suya. ¡Qué difícil es dejar de comparar la vida propia con la de los demás!».

El giro lleva ya tres semanas de retraso. La gota silenciosa, la gota que rompe el silencio. Su comida se ha reducido a mantequilla, tomate, cebolla y limón. Paso a verlo todos los días y lo invito a compartir conmigo una botella de vino. ¡El agua le da asco! El centro cultural francés le organizó una conferencia sobre la terapia por autosugestión, pero se desanimó al ver apenas diez personas en la sala y se limitó a dar una charla que duró veinte minutos. Por este acto le pagaron quinientos dirhams que le han salvado, por ahora, de su miseria, a la espera del giro.

Esa noche fue generoso conmigo en el comedor de la pensión donde vivimos: bebida, comida, charlas y chistes hasta que nos agotó el cansancio de la noche.

El año pasado tuvo también otra desilusión cuando, en el café Zagora, pidió a la pianista y a su marido, el violinista, que lo acompañasen en una canción de los años treinta. Nada más empezar a cantar, su voz aguda paralizó, de pronto, a todos los que pasaban delante del café. El camarero amablemente

lo interrumpió, explicándole que aquel no era el lugar más adecuado para cantar. Lechevalier ha perdido el sentido de la realidad porque vive en un mundo que le es ajeno. Parece agarrarse desesperadamente a una rama, mientras a sus pies le espera un precipicio. Un peso angustioso.

Estoy sentado una mañana en el café Central, deleitándome con mi pereza, cuando lo veo aparecer. Ya no está melancólico. Me invita a que lo acompañe a visitar a su amigo Georges al barrio de Auama. No tengo nada que hacer en este día caluroso. Me siento vacío. Compra en el mercado una botella de vino, una lata de champiñones, un conejo y pan de cebada. Tomamos el autobús. Nos bajamos en la última parada y caminamos casi un kilómetro hasta llegar a la pequeña barraca. El camino arde de calor. Una serpiente de medio metro cruza ante nosotros. Lechevalier se detiene y, dirigiéndose a ella, le dice:

—Cruza tú primero. Tienes prioridad. ¡No te muevas, Chukri!

Llegamos sudados, empapados. Georges se alegra al vernos. Es apicultor. Casi nadie va a verlo, más que Lechevalier y yo, las veces que lo he acompañado. Le suelo comprar miel. Vive en una barraca grande de hojalata que se construyó él mismo. En verano te cueces de calor y en invierno te hielas de frío. Todos sus bienes se reducen a una vaca y algunas gallinas. Lleva una vida de ermitaño. Como mobiliario, solo una cama, una mesa, unas sillas y una radio pequeña. Me apetece caminar bajo la sombra de los naranjos, de los naranjos amargos y de los perales. Por el suelo hay desparramadas algunas peras maduras. Otras están picadas por los insectos. Plácidamente me tiendo a la sombra de un árbol, comiendo fruta. Ellos están cocinando el conejo. He preferido dejarlos solos un rato. Comparten cosas sobre su país. Lechevalier es ateo y Georges, creyente, pero se entienden. Nunca los oí discutir sobre religión. Georges ha clavado unas cruces de madera en el jardín, cerca del pozo. Encima de la puerta de su chabola hay otra de color oscuro como un espantapájaros. El diablo aquí no entrará. Pienso: «¿Con qué alegrará su vida en esta soledad absoluta? Ni siquiera tiene libros; solo algún volumen con las tapas descoloridas. No parece que lea revistas o periódicos. Quizá se nutre de la contemplación, como los anacoretas y los santos, que son, ellos mismos, tema de libro». Los pájaros vuelan entre los árboles. Uno negro se detiene en una rama, agita sus alas. Debe de ser un estornino. Recuerdo el campo que rodeaba

el barrio de Ain Jabbaz, los jardines de Ketán, los campos de Serimin en Orán. Lo más importante para el ser humano es cómo acaba, no cómo comienza. Esta es otra de las sentencias de Lechevalier. Si llego a viejo, no sé lo que me espera. Seguramente no quemaré la maleta de mis recuerdos en una playa. Hasta ahora no he permitido que me domine ningún sentimiento. He vivido siempre en estado de alerta. Solo amé lo fugaz. El amor solo me embruja cuando es mítico. Hablo de él sin tocarlo ni caer en sus brazos.

Siempre me sentí atraído por un tipo de mujer hermafrodita. ¿Será una tendencia homosexual oculta, enterrada en mis adentros? Las andróginas son más auténticas y seductoras que las mujeres excesivamente femeninas, como las Marilyn y las Chadia. La pasividad y el excesivo coqueteo de estas solo mueven a la violación. Siempre busqué el juego de la vida y su simbología, no la realidad; la ambigüedad y el enigma, no la claridad ni lo simple; el misterio, no lo obvio; el espejismo, no el agua. Se acaba de caer del árbol una pera madura. La recojo y me la como pensando en Isaac Newton, Henri Thoreau y Robert Frost. ¡Pienso también en aquel judío que se tiró de un sexto piso y cayó encima de un obrero marroquí en Tetuán, hundiéndole el cuello y la cabeza en el pecho! Cerca de mí, una vaca suelta una bosta mientras muge. Un jilguero canta. Las sombras de este árbol me trasladan a las sombras frondosas de mi infancia: Ain Ktiwet, Ain Hayani y Ain Jabbaz. De las fuentes de esos barrios bebí el agua amarga de la miseria.

No me había sentido nunca tan bien como en este momento, tendido bajo la espesa sombra. Antes corría bajo los árboles y solo me paraba para coger sus frutos, pero ahora me deleito con su sombra y me alimento de su madurez. El tiempo ya no me atormenta, lo detengo cuando yo quiero. Me siento en deuda con mi amigo Lechevalier. Sin él, no hubiese disfrutado de estas olas de recuerdos suaves, tiernos y profundos. Mi cansancio desaparece a medida que me siento distendido en esta placidez. Georges me trae vino en un cubilete de barro. ¡El bueno de Georges, siempre tan atento y delicado! Fumo un cigarrillo y bebo despacio el vino. Súbitamente afloran las etapas de mi vida, actuales y pasadas, malas y buenas, tristes y alegres: instantáneas entrecruzadas, como las ramas de este peral. Se levanta una brisa fresca que me reaviva. Lechevalier me

llama para comer. ¡Le encanta el guiso de conejo con vino y champiñones! Y a mí me gustan los guisos que él cocina. Es un hombre auténtico y original.

PATRICIA

La mujer que está sentada en la mesa de al lado no me despierta interés alguno; no le hago caso, pues. ¡No hay sexo sin rituales! Escribo estos recuerdos en un bar inhóspito. Es uno de esos nuevos establecimientos que se están abriendo en la ciudad. ¿Habrá llegado la hora de tu despedida de la noche de Tánger?

¡No, eso nunca! La noche de Tánger es mía. Los que la han vivido no se despiden de ella así como así, sin su consentimiento. ¡Cuántas veces he vuelto a ella, a pesar de su metamorfosis! ¡Y cuántas veces he emprendido viaje, retrocediendo a la mitad del camino! Los siglos venideros nos darán la razón. Ningún testigo certificará mis palabras. Estoy solo en mi noche. Nadie conquista mi soledad.

—*Porco Giuda! Porco Giuda!*

Anastasia está llorando. ¿A quién estará insultando Patricia en italiano? ¿A quién puede insultar, así, en la cara? El calor es asfixiante. Anastasia está desnudita hasta la cintura. ¡Qué bella es la desnudez de la infancia! Pienso en un ramo de rosas rojas y de flores blancas y púrpura, cuyos pétalos no se han marchitado todavía. ¡Cuánto nos alegra y nos entristece la infancia! No permanece más que en nuestros sueños. ¡Después solo viene la locura de la noche!

Patricia está sentada sobre una estera. Va vestida con una amplia túnica de Marrakech. Deshace un cigarrillo rubio para prepararse un porro, un *cohete*, como ella lo llama. ¿Fuma para consumirse, para afirmarse o para su deleite? Quizá sea una manera de protestar o de reconocer un fracaso. O quizá no sea nada. ¡Llenar un vacío! ¡Un antojo! ¡Esas largas noches, oyendo extasiada la

música de Keith Jarrett! Lluvias que te inspiran el diluvio y no te hacen naufragar. No me gusta el conformismo psicológico. Patricia ha nacido para seducir a los demás. ¡Cuántas veces le pregunté quiénes eran los demás y ella se limitaba a sonreír sin responder, y seguía liando el porro sin alzar la mirada! En ella se encarna la belleza de todas las mujeres. Su serenidad consigue enamorar al misógino más recalcitrante, y al impotente le devuelve su seguridad. Con ingenuidad afirma: «Los demás también existen». Gracias a ella, me quiero más a mí mismo. ¡Bailemos, bailemos para embellecer la fealdad del mundo! Aunque Patricia sea una poeta frustrada inspira poesía a los que la rodean. Los artistas nunca mueren en un establo.

Se le ilumina la cara. Anastasia ha dejado de llorar y se acerca a mí gateando.

—Has venido en el momento oportuno. Anastasia quiere que la cojan en brazos.

La cojo en brazos.

La propia vida es un riesgo. Viajar en avión siempre ha sido mi sueño, desde la primera vez que oí el zumbido de sus motores. Los sueños que más recuerdo son aquellos en los que vuelo. La mayoría de las veces, sobrevuelo unos bosques inextricables y acabo aterrizando a la entrada de una cueva, que solo yo conozco. Me deleito en ella con mi soledad, lejos de los olores humanos que me han hastiado y a los que yo he hastiado.

Anastasia balbucea. Su madre no tiene paciencia con los niños, pero los quiere.

—¿La estabas insultando?

—¡No, qué va! ¡Qué dices! No insultaba a nadie. Es una costumbre que tengo para desahogarme. Quizá me estaba insultando a mí misma sin darme cuenta. ¡No sé!

Es mi primer baño del año. El mar concentra todo el calor del verano. ¡Cuánta gente estúpida hay en el mundo, que nace y muere estúpida y que se ha pasado la vida molestando a los demás! Patricia y yo nos separamos. ¿Por qué estábamos molestos el uno con el otro? ¿Por miedo al escándalo? ¡Ha

llegado el que puede confirmar lo que fuimos! ¡Brion Gysin mistifica a la gente hasta el punto de no saber si habla en serio o en broma!

¡Sitges! ¡Ay de su crepúsculo y de la noche de sus callejuelas blancas! Allí vi a enamorados reñidos leyendo las cartas aplazadas, las que no se han enviado aún. ¡Qué mejor que un crepúsculo que nos recuerda a otros, lejanos o cercanos!

Patricia da una calada a su *cohet*e y me pregunta:

—¿Cómo está la calle?

—Como cada año: reivindicaciones preestablecidas, sometidas a control antes de exigir las. Este año protestan porque han proliferado exageradamente los edificios. ¿Quién los construye? Cada año permiten que esta fiesta obrera se desarrolle pacíficamente. ¡La rutina política!

—¡Chukri, ellos tienen razón! Tánger ha empezado a abandonar su tierra para buscar un cielo imaginario. Todos hemos sufrido la invasión y el deterioro. Hay que empezar de nuevo para recuperar nuestra identidad. A quien caza una mariposa en el bosque, puede que le muerda una serpiente venenosa, y a quien pesca un pez, que lo devore un tiburón.

A sus ojos, nosotros comíamos lentamente; a los nuestros, la rapidez de sus bocas nos sorprendía. El que ve no es igual que el que come. No tenemos ningún vínculo entre el ojo y la boca.

Patricia está de un humor alegre y triste, quejosa e indignada. No voy a discutir con ella. Salgo de la habitación llena de humo para alejar a Anastasia del olor del hachís. Se ha quedado dormida con la cabecita apoyada sobre mi hombro. Era cierto que necesitaba quien la cogiese en brazos.

«Cuanto más me alejo de mis amigos, más cercanos los siento», suele decirme Lechevalier. «Acércate a ellos, pero no te enfrentes ni te aferres a ellos demasiado. La mayoría de la gente ve fronteras donde no las hay.»

Señalo a lo lejos el cuchitril de Tomás, *el Rojo*:

—Allí vivía un viejecito español que murió hace unos meses. Yo lo conocía.

—Espero que haya vivido bien

Anastasia se ha quedado dormida. La tendí encima de la cama. Patricia me pasa el porro. Ella está como en una nube, romántica; pero sabe disimularlo.

—¿Cuál es la historia del viejecito?

—Odiaba a Franco y vendía globos a los niños —le contesto desde fuera de la habitación.

—¿Y eso es todo sobre él?

—¿Y qué más quieres?

—Vivía, pues, el tiempo del silencio en el exilio.

—¿Y qué podía hacer?

—Siempre exageras al alabar la vida de los viejos. El tiempo de las profecías ya ha acabado.

—¿Cómo has encontrado a Benito esta vez?

—Hemos desayunado juntos en el café Central.

—Me lo dijo.

—Me leyó sus tres últimos poemas. Ha renunciado a la improvisación poética y ha empezado a racionalizar su estilo. Pero sigue siendo un epicúreo.

—Antes aspiraba a ser un místico. ¡Es muy voluble!

—Lo sé. Dime, ¿y tu amigo Lechevalier?

—Aún vive. Últimamente lo acompaña la melancolía. Tiene un hermano en Australia y se escriben de vez en cuando. Lechevalier reprocha a su hermano Paul el haber engañado a su esposa, abandonándola para seguir a otra mujer a Australia. Y en la última carta su hermano le reveló que los dos habían vivido engañados. Sus esposas, que son hermanas, los traicionaban con dos amantes de los tiempos de su juventud.

La esposa de Charles Lechevalier murió y sus hijos se casaron y tienen hijos, pero Paul no ha tenido ninguno. Hoy, su esposa arrastra su vejez sola en Louvain.

Patricia se marchó con los últimos *hippies* a principios de los años setenta y no volvió nunca más a Tánger. El verano pasado recibí la visita de un joven italiano. Me dijo que Patricia sufre de un tumor cerebral maligno. Su hija estudia en la universidad. Le mandé unas palabras de despedida. Después del último, no vendrá nadie más.

EL ASEDIO

¿Debo escribir sobre la nieve allí donde se halle o sobre el cigarrillo anhelado en la oscuridad de la celda? Todo lo posible puede suceder. Demos la posibilidad, aunque no exista, a quien aún tiene esperanza.

Kassem es hijo único. Vive con su madre y, a pesar de estar siempre pegado a sus faldas, la rechaza. La obedece, como madre suya que es, pero no está convencido del arrepentimiento de ella. La quiere y odia a la otra mujer que hay en ella. Hay momentos en que se siente sereno con ella y rememora su niñez, como en el resplandor de un lago secreto. Pero vive permanentemente la historia de un asedio imaginario: una historia de amor en Ifrán, en Dayet-Aua. Está ensimismado en sus obsesiones, sin poder desprenderse de ellas. Lo más próximo le parece inalcanzable. El miedo anestesia sus sentidos y su ofuscación lo extravía. No sabe cómo sacar valentía de su fobia. Está asediado por la obsesión. Cada encuentro con los demás aumenta su desgracia. Sus amigos se pueden contar con los dedos de la mano. Una noche lo emborrachamos en casa de uno de ellos. Encargamos a una joven prostituta que procurase liberarlo de su cerco. ¡Aunque fue una solución desafortunada, lo intentamos! Si no llegamos a irrumpir en su habitación, casi la estrangula. Aquella noche golpeó a su madre con todo lo que encontraba a su alcance. Lo hace sistemáticamente cada vez que se emborracha y se pelea con una mujer. Acostumbrado a la dulzura materna, no consigue encontrarla en las demás mujeres. No quiere ser simplemente un recuerdo en la memoria de los que se apiadan de él, pero es incapaz de dar un paso adelante para salir de su cerco. Tiene miedo a lastimarse. La mera idea de una aventura que lo conduzca hacia lo desconocido lo indispone; por eso permanece recluido. Raras veces se sienta en un café y, cuando se atreve a hacerlo, se coloca en la entrada. ¡De nuevo, el cerco! Para

apaciguar su angustia, suele caminar mucho. Da paseos por la playa o por el Monte. Viene a verme a casa una o dos veces por semana. No somos amigos íntimos, pero me da lástima y nos une la profesión: él da clases de francés y yo de árabe. Su interés por la literatura francesa empieza en *Madame de Staël* y acaba en *Mallarmé*. Oímos juntos música clásica. Le entusiasma la sinfonía *Patética*, *Scheherezade*, *Don Giovanni* y la *Heroica*. Para alguien que disfrute del silencio, su presencia no molesta. Mientras leo o escribo, él está distraído con la música. De vez en cuando suelta un suspiro y me mira. Deliberadamente, evito mirarlo; pero, a menudo, lo sorprendo fijándose en mí. Quizá mi presencia lo serena. Recupera la paz y la placidez viéndome dedicado a mis cosas o distendido con los ojos cerrados. Le avergüenza el pasado de su madre, que luchó con su cuerpo joven para sacar a su hijo adelante, pero eso es precisamente lo que él no le perdona. Cuando consiguió ser maestro, ella abandonó la prostitución y entró a trabajar de camarera en un hotel. Tiene ahora cincuenta años y él, cerca de treinta. Siempre lleva en la cartera una foto de ella cuando era joven. Kassem cree que todos los de la edad de su madre, hombres y mujeres, conocen su pasado. Un día, yendo por la calle, una mujer le preguntó por ella y, enfurecido, le gritó:

—¿Por qué preguntas por mi madre? ¿De qué la conoces? ¿Acaso es de tu familia?

Nadie se atreve a preguntarle por ella, menos aún los hombres. Saca la foto de su madre y me la enseña:

—¿La conoces?

Le echo un vistazo y le contesto:

—No.

—¿No la has visto nunca?

—No, nunca. ¿Quién es?

Le devuelvo la foto y me dice, alterado:

—Yo tampoco la conozco. No sé quién la ha puesto en uno de mis libros.

Ha intentado en vano convencer a su madre para que se muden de Tánger y se vayan a vivir a otras ciudades del norte: Arcila, Larache, Alcazarquivir, Tetuán, Chauen, donde ella quiera; pero su madre insiste en vivir y morir donde ha nacido.

Esta tarde ha venido a verme y está más agitado que de costumbre. Hasta su música preferida parece no interesarle demasiado. Me preocupa. ¡Más me hubiera valido no haberlo conocido! Tengo el presentimiento de que se avecina algo grave. Mientras leo *El perfume* de Patrick Süskind en la traducción española, observo que Kassem extrae del bolsillo una navaja, cuyo sonido metálico, al abrir el resorte, ha retumbado al unísono con los latidos de mi corazón. ¿Qué pretende? ¿Disfrutará asustándome? ¿Estará tramando un crimen desesperado? Pero ¿por qué me habrá elegido a mí? Que yo sepa, no hay ningún enfrentamiento entre nosotros. Y, de su madre, solo sé lo que se murmura por ahí de su pasado. ¡Soy de la misma edad que ella! ¿No será por eso? No entiendo nada. No tiene ningún motivo para agredirme.

El disco de la *Patética* gira y él sigue rozando, tranquila y pacientemente, el filo de la navaja con la punta de los dedos. Me levanto sin mirarlo y traigo de la cocina la tabla de madera de cortar la carne y una pequeña hacha. ¡Luego abro el frigorífico y saco una pata de cordero! Pongo la tabla encima de la mesa y empiezo a cortar la carne con la misma parsimonia tensa con la que él roza la navaja con la uña del dedo. Los dos nos prestamos al juego, retándonos mediante una broma terrorífica. ¡Jamás he vivido una experiencia tan demente! Me estoy volviendo tan loco como él. Espero que se desencadene la violencia y cambie mi vida, de una vez. Lo estoy deseando. Me pongo a prueba. ¡O él o yo! De tanto en tanto, me detengo, doy una calada al cigarrillo colocado en el borde del cenicero y vuelvo a cortar la carne. En cierto momento, he estado a punto de darle en la cabeza con el hacha y acabar, de una vez por todas, con esta absurda provocación. Kassem sigue con mirada distraída mis gestos, y, con la misma indolencia retadora y teatral con la que ha sacado su navaja afilada, la vuelve a doblar y se la mete en el bolsillo. Yo introduzco un dedo en uno de los cortes de la carne y me lo chupo con deleite. Se va silenciosamente sin despedirse. A mitad de las escaleras, mira hacia arriba con una sonrisa tensa, suelta una carcajada y continúa bajando. Yo también suelto otra carcajada.

Aquella misma noche, los vecinos oyeron gritar a su madre más de lo habitual, pidiendo socorro. Tenía la ropa desgarrada y el rostro tumefacto. Lloraba y no quiso contar nada de lo ocurrido con claridad. La vecina refirió que la oyó decir:

—¡No quiero volverlo a ver jamás! ¡He parido un diablo de mi propio vientre!

Dos años después, cuando yo volvía de un viaje a Rabat, el autocar se detuvo en Larache y bajé a beber algo. Kassem, descalzo y con barba, mugriento, fuma una colilla, mientras recoge otras del suelo. En la mano izquierda, un viejo libro desencuadernado. Dejo mi bebida y voy a comprarle tabaco. No tardo nada, pero ya ha desaparecido. Lo busco por toda la estación de autobuses. Pregunto por él al camarero.

—Duerme en el viejo cementerio cristiano. Lo llaman el Filósofo.

El conductor avisa con el claxon a los viajeros que es hora de reemprender el trayecto. Vuelvo a mi asiento.

«MALLORCA»

Esta noche me acabo de enterar de que Ltifo es homosexual. ¡Quizá no me ha tendido la trampa deliberadamente! Está en compañía de un joven imberbe. Nos tomamos unas copas en el café Roxy. Lo conocí aquí hace algunos meses. ¡Últimamente me estoy excediendo con la bebida! Mi mente está confusa, se nubla, delira y desvaría. Ltifo me sugiere que nos vayamos a beber a mi apartamento. Le hago un gesto afirmativo con la cabeza. No me tengo en pie, pero resisto. Presiento que algo me espera esta noche. Ltifo desaparece un instante y vuelve con una botella de vino y algunas cervezas.

En mi casa seguimos la juerga con la mezcla de vino con cerveza. Ltifo besa a su amante. Le gasta bromas. El amante se abandona a sus caricias sin importarle mi presencia. Me lanza unas miradas provocativas, como ofreciéndoseme. Ltifo me insinúa que lo podemos compartir. Me niego a ello. Voy a la cocina y deslizo un cuchillo en mi bolsillo. Encuentro a Ltifo abriendo la puerta para marcharse. John Lennon está cantando «Imagine». Me abalanzo sobre él y lo agarro del brazo.

—¡Deja ahora mismo ese radiocasete donde lo has encontrado!

El imberbe se escurre de allí como un gato que presiente el peligro. Cierro la puerta de la casa. Ltifo me da un empujón contra la nevera. Saco el cuchillo. Él suelta el radiocasete y se escapa por la terraza, escondiéndose entre la ropa tendida. Se protege con las manos y le hago un corte con el cuchillo.

Creo que también lo he herido en el vientre. Comienzo a dar cuchillazos, enloquecido, en el vacío, a diestro y siniestro. Estoy desconocido, no soy yo. Soy esa bestia oculta que llevamos dentro. Él se pone a gritar. Pienso en los vecinos y me detengo. Le ofrezco la oportunidad de que escape. Le doy una patada y cierro la puerta. Recorro, en un arrebató de dramática locura, las dos

habitaciones de mi casa y la terraza, dando cuchillazos al aire para calmar al animal salvaje sobreexcitado, rabioso, alterado y sediento que bulle en mí. Tiro el cuchillo a la calle. ¡En este estado de descontrol nervioso y físico puede que me apuñale a mí mismo! Me acuesto con la ropa puesta, en medio de una crisis de llanto histérico. Sueño con cabezas cortadas y venas que se abren y se desangran, con vientres reventados y ojos arrancados de sus cuencas.

Por la mañana me despiertan unos golpes en la puerta. Hay manchas de sangre en las paredes. Me levanto a abrir, temblando. Es Abdelmalek, el dueño del edificio. No quiere saber qué pasó. Confío en él. Balbuceo:

—Llévame a Tetuán. Al manicomio «Mallorca», con el doctor Yaidi; lo conozco. Estaré tranquilo allí con él.

Me despierto hacia las dos de la mañana en una habitación con dos enfermos más. Echaba de menos este aislamiento. Lejos de los seres conocidos y extraños. ¡Maldita sea la asquerosa humanidad! Fumo dos cigarrillos. El que está a mi izquierda se despierta. Le doy un pitillo. Disfruta fumándoselo. Hablamos del sueño y de las horas que cada cual necesita. Ambos coincidimos en lo diferente que es el sueño, en un hospital o en la cárcel, del sueño en nuestras casas. El silencio es absoluto en un hospital. De repente aparece una mujer en el corredor. Va y viene. Nos lanza una mirada triste. Quizá esté luchando contra el insomnio, si no se ha tomado su somnífero. Me siento sereno. Otra mujer se despierta y enciende una radio. Mi compañero de habitación, Al-Amrani, me dice:

—Degollaron a su hijo en Fez tras violarlo. Tenía doce años.

Por la mañana entran a nuestra habitación muchos enfermos, hombres y mujeres. Vienen, por turno, a husmear, a conocer al recién ingresado. Abdelmalek me ha prestado algo de dinero. Entre ellos, hay una enferma guapa y seductora que me pide lo más solicitado en el hospital: un cigarrillo. Está aquí por tentativa de suicidio. Tragó somníferos y vidrio machacado. Me hizo recordar a Mezmizi en el hospital de Beni Makada.

Escribo estas memorias a cualquier hora. Son las cinco de la mañana. Tengo la ventaja de poder salir del hospital para hacer algunas compras. La gente, afuera, me parece estúpida, y sus rostros, horrendos. Aquí, las facciones de los enfermos se avivan por la desgracia y la angustia permanentes. Hasta el

sabor del pan del hospital se reconoce entre todos. Los locos me abren las puertas de la inspiración para asomarme al mundo. Cada vez que me fijo en un loco, veo en él una antorcha de inteligencia apagada, tan antigua como la humanidad. Aquí se manifiesta el colmo de la desventura del ser humano. Oigo los gritos de un niño llorando:

—¡Madre, llévame a Río Martín, a Río Martín, a Río Martín!

Es la primera vez que Abdelhakim se dirige a mí. Estamos desayunando:

—El que viene a nosotros es nuestro hermano y el que no viene es nuestro verdadero hermano. ¡Dame un cigarrillo! En mí se ha reencarnado el alma de Al-Mahdi Ibn Tumert.

—Eres un afortunado.

—Te tengo que pedir un favor.

—¿Qué favor, oh, Sabio?⁴ —le pregunto, dirigiéndome a él, a partir de entonces, con ese título.

—Para administrar la justicia necesito una chilaba blanca. Este anillo que ves me lo dio el rey Salomón; él me encomendó esta tarea.

—Pero los hombres de la justicia, hoy en día, van vestidos con togas negras.

—A esos no les han conminado aún a vestirse de blanco. Yo he sido el primero en recibir el mensaje. ¡La blancura! ¡La blancura!

—Yo, sin embargo, prefiero lo que se come a lo que deseo comer —dice Nayib—. No quiero ser una flor o una rama seca que se quema; quiero ser un grano de arena. Los granos de arena se parecen entre sí más que las flores y las ramas.

Entra a nuestra habitación uno de los enfermos.

—La lluvia cae sobre nosotros como piedras —dice.

A uno de los enfermos se le escurrió de la mano un cartón de leche y se ha desparramado por el suelo. Le da una patada al cartón y se va. Se levanta otro y comienza a lamerlo del suelo.

—Salí de mi pueblo descalzo —dice Milud— y llegué a un pueblo desconocido, descalzo también, ¿qué importa, pues, lo que hay en el camino? Me encontré con hombres descalzos y desnudos como yo. Nuestro camino era distinto, pero nuestro exilio, común. Ellos no utilizan leña para hacer fuego.

Siempre tienen las ventanas cerradas. Cada puerta tiene un ojo en el centro como el de un pez muerto. ¿Quién se atreve a llamar a sus puertas?

¡El exilio en la ciudad! Nuestra esperanza está, pues, en las chabolas de las montañas y los campos. Allí el éxodo encuentra siempre un refugio.

Le presto a Turía un dířham. Ella suele levantarse a las tres de la madrugada. Su obsesión es limpiar el pasillo y las habitaciones de nuestro pabellón. Nadie se lo puede impedir. Me despierta cada noche para devolverme el dířham que me ha pedido durante el día. Una noche me sentó mal que me despertase y comenzó a llorar diciendo:

—¡Soy como tu hermana, pero no me quieres!

En vano intenté convencerla de que no me despertase a esas horas. Está fumándose su cigarrillo, pensativa, sentada en el suelo. Me arrepiento de haberla regañado, pero ella se empeña en pedirme el dířham de día y devolvérmelo a las tres de la madrugada. ¡Incluso creo que es el mismo dířham! Ya pueden decirle lo que quieran, ella es la limpiadora de noche y seguirá haciendo esta tarea que nadie le ha encargado. Habla sola. Masculla palabras ininteligibles. Una noche le pregunto:

—¿Hay algún enfermo despierto en las demás habitaciones ahora?

—Todos duermen. Los genios de la noche son los únicos que nunca duermen.

El hermano de Bahi me entrega tres o cuatro paquetes de cigarrillos para que se los administre a su hermano. ¡Bahi los repartiría de una sola vez entre todos los enfermos! Le doy cuatro o cinco cigarrillos dos veces al día. Se los fuma uno tras otro sin parar. Me promete, cada vez que lo veo, que me va a dejar en herencia una mula y unas monedas de la época de Hassan I, en desuso, que tiene enterradas bajo una higuera. ¡Me habla como si viviera a principios de los años treinta! Su plato preferido son los huevos fritos. Cuando se los trae su hermano, deja de comer la comida del hospital; a menudo los comparte con Al-Uadrasi. Ambos llevan mucho tiempo aquí. Hablan de recuerdos comunes. Son campesinos. Sus charlas suben a menudo de tono. Un día los observo mientras comen juntos. De repente, Al-Uadrasi le mete a Bahi el dedo en el ojo izquierdo. Le hace un arañazo del que brota sangre, pero ellos continúan su animada charla. Llamo al enfermero de guardia. Mientras lo está

curando, ellos siguen comiendo y charlando, como si no hubiera pasado nada. Y el enfermero tampoco les hace ningún comentario. Cuando acaban de comer, Al-Uadrasi besa la cabeza de Bahi y se marcha, dándole las gracias. Le doy a Bahi tres cigarrillos y me alejo viendo cómo se los fuma con deleite y ensimismado, uno tras otro, hasta que se le acaban.

Abdelmalek me trae la chilaba blanca de Tánger que le he encargado para Abdelhakim, *el Sabio*. Le compro una pastilla de jabón para que se lave. Se pasea, ufano, por nuestro pabellón, con su nuevo atuendo; luego se va a otro, pero, cuando quiere entrar en «el pabellón de los cagones», como así lo llaman, se lo impide Buanani, el celador. El Sabio ha aprendido algo de kárate. Buanani es fuerte, tiene un cuerpo de oso, pero sus puñetazos dan en el vacío frente a la destreza de Abdelhakim en la lucha. A este se le ha roto y manchado de sangre la chilaba. Le pregunto:

—¿Cómo le has dejado que te destroce la chilaba?

—¡Su cara está más destrozada que mi chilaba! ¡Ve a ver cómo se la he dejado!

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo vas a pronunciar tus sentencias sin tu chilaba blanca? Aunque la zurcieras, tus juicios no serían justos.

—Dame dinero para comprarme hilo y una aguja. Voy a aplazar mis sentencias y la visita que esperaba.

—¿A quién esperabas?

—A la autoridad que me iba a hacer jurar el cargo.

Turía me pide prestado el dirham de siempre. Está cayendo la tarde. Se irá a dormir para venir a devolvérmelo de madrugada, como suele hacer, a la hora de su sesión de limpieza. La tarde está nublada y ha empezado a lloviznar. Un enfermo canta: «¡La noche es nuestra! ¡Cuándo llegarás, oh noche!».

Paso dos días con mi familia. Sigue el estéril silencio entre mi padre y yo. Para complacer a mi madre, como siempre, besé a mi padre en la frente sin decir palabra. Está cosechando, en su edad madura, la desgracia que sembró en mi niñez. ¡Jamás haré las paces con él! Doy un paseo por las callejuelas de los barrios de mi infancia. Recuerdo al pendenciero de Buassa, vestido con su túnica blanca, borracho, buscando pelea, en el barrio de Elayún; y a Zraa Kuen, y al santón Sidi Mfeddal y a muchos más cuyos nombres he olvidado

con la distancia y el tiempo. Comero ha muerto y Batati es el único compañero de mi infancia que queda. A la entrada de Bab Nuáder me sorprende la escena que presencio: Abdelhakim, *el Sabio*, con un bastón en la mano, seguido de una pandilla de chiquillos. ¡Se ha escapado, pues! Al verme, ordena detenerse a su batallón.

—¿Adónde vas, oh, Sabio? —le pregunto.

—¡Al hospital, con la venia de Dios!

—¿Y estos chavales?

—Son mis seguidores.

—¿Adónde los llevas?

—Vamos a liberar a nuestros hermanos.

—¿Dónde están las armas?

—¡Las piedras nos bastan! Combatiremos lo nuevo con lo antiguo. ¡Únete a nosotros!

—Me vuelvo para Tánger, a liberar a los nuestros allí.

—Mándales saludos de mi parte.

Le deslizo veinte dirhams en la mano. Me abraza pidiendo a Dios que me bendiga con su baraka y se aleja al frente de su brigada.

4 *Abdelhakim* significa «siervo del sabio».

LA MUERTE DE UNA MADRE

La realidad de las cosas cambia considerablemente, al tacto y al oído, según las perciba un vidente o un ciego. Es lo que dicen, a menudo, los que ven. ¿Qué puede decir un hijo de la muerte de su madre? ¡Miles de cosas y ninguna! ¿Reconocemos acaso el mar en una gota de agua? ¿Y el desierto en un grano de arena? ¿Y el bosque en una hoja silvestre? Sería como soñar con un viaje sin viajar. Parir sin fecundar. No ambiciono incrementar los ceros a la derecha de las cifras ni procrear generaciones. Las palabras se han dispersado y los sacerdotes de la musa lingüística han muerto. Solo nos queda la lucha encarnizada de nuestra inteligencia; y en sus entrañas resucitan las células hibernadas que nos salvarán, a tiempo, de nuestra parálisis. ¡Hay tantos vivos que han vivido como muertos vivos que han muerto!

Están tocando el timbre insistentemente, a la vez que dan golpes en la puerta. ¡Qué obstinación! ¿Será simplemente alguien que incordia en la noche o es una agresión intencionada? ¡Nunca se sabe! La mayoría de las veces no creas tus propios enemigos. Ellos mismos crecen en tu interior o alguien te los siembra dentro. Siempre hay algún voluntario. ¡Qué obsesión! A estas horas de la madrugada, ¿será alguna de esas...? No me sorprendería, pero nunca han llamado con tanto ahínco. La última vez, una especie de loca inofensiva se presentó al alba, pidiéndome tabaco. En su veneración del hachís y del olvido, ni ella misma sabía quién era y qué le quedaba por ser. El timbre y los golpes continúan. ¡Nadie ha llamado jamás a mi puerta de esta manera! Sigo borracho. Estamos en junio. El verano no existe para mí. Se ha podrido. Hace tiempo que dejé de disfrutarlo. Debo de ser yo el que se ha podrido. Cuando llega el verano, ni como ni duermo. Todo lo que antes desmentía, lo creo hoy. ¿Cuándo tiene razón el que desmiente algo? ¿Y las desgracias que generan

energía? ¿Y la ruina total que reconstruye las ciudades? ¿Son las catástrofes las que crean la belleza!, eso dicen los urbanistas. La modelo que se desnuda no despierta el deseo del artista que la pinta. El arte la absorbe. El tiempo no espera a los incapacitados. No podemos vivir la vida y a la vez entenderla. Quizá lo más bello del vivir es imaginarlo. La lengua del mar lame mis pies. Me introduzco en él hasta el pecho y miro el horizonte, la arena, los lindes del azul del cielo donde se fragua una aventura asesina. He estado a punto de ahogarme tres veces en el mar. Una de ellas fue en la playa de Río Martín. Me salvaron Ben Bubker y su amigo Flores, dos boxeadores que vivían en Tetuán en los años cuarenta. Hoy día me contento con mojarme la cabeza con las manos de vez en cuando. Ya no me dejo seducir por sus reflejos turquesa y su azul crepuscular. ¡Se acabó! El timbre y los golpes en la puerta suenan a la vez. ¡Otra chiflada! ¡Que espere! ¡Basta de tomar mi casa como el refugio de la última copa y la cama del último adúltero de la noche! Un amigo mío, que era buceador, me decía: «Ejercita tu mente en olvidar al ausente, si no llega ni piensa en ti. Lo más próximo tiene prioridad sobre lo que esperas y está lejos, y lo más próximo eres tú». ¡A estas alturas, los golpes son frenéticos! En verano recibo continuamente a amigos que vienen de ciudades sin mar. Para ellos, Tánger se reduce a visitas, con guía, por la ciudad, los cafés y los bares de alterne, los cabarets y hoteles de dudosa fama. Es todo lo que significa para ellos mi ciudad. ¡Solo ven el coño delante, el culo detrás y las conquistas! Han hecho de ella un mito y siguen preguntándose por sus orígenes. Mis rituales de borracheras con mis huéspedes son legendarios. Siempre que vienen, termino hablando tanto que llego casi al agotamiento y al delirio. ¡Y mi madre se está muriendo sin que yo esté allí! Me levanto descalzo hasta la mirilla de la puerta y veo una silueta.

—¿Quién es?

No hay luz en el descansillo. ¡Ahorran energía! ¡Mucho antes de que el Estado lanzase su campaña! El timbre y los golpes en la puerta suenan a la vez. ¡Seguro que la han arrojado del último cabaret abierto y está en un estado de pena! Un hombre de teatro me dijo una vez: «Tienes más amigas que amigos». Yo solo me he ganado la amistad conmigo mismo.

—¡Abre de una vez, soy Al-Akel!

¡Anda, pero si es mi cuñado! Debe de haber ocurrido una desgracia para que se presente a estas horas.

—Se ha muerto tu madre.

—Entonces era eso. Ha muerto. —Tengo una voz ronca y de borrachera.

—Sí, vístete deprisa.

Me mojo la cabeza para espabilarme. ¡Esto es lo que me deparan mis juergas con los forasteros que están de vacaciones en Tánger, que beben más que yo, hasta derrumbarse física y moralmente! Beben como camellos. Muy pocas veces acaban bien estas farras. ¡Basta con que estén en desacuerdo sobre la métrica de un verso! Luego regresan a sus ciudades para descansar, y yo me quedo aquí como si fuese su armario. Lo mismo hicieron con Scott Fitzgerald y Jack Kerouac, que los mataron a base de brindis. Mi amistad con ellos está atada por mi pasado. Tengo que tomar la firme decisión de saber decirles *no*. Henri Thoreau se construyó una cabaña en el bosque, en Walden Pond, y se puso a escribir sobre las hormigas y los aromas silvestres, desdeñando el aire viciado de las oficinas. Es mejor el olor a estiércol de las cuadras que el de la más lujosa de las tabernas. Son las cinco de la mañana. El coche de mi cuñado es resistente y nuevo. Aunque conduce a toda velocidad, es prudente. Hay muchos que corren por presumir o por testarudez. Yo a veces los animo a correr, pero voy atento a mi vida, amenazada por este riesgo gratuito. Pero con estos no hay que tener miedo: la mayoría de las veces ocultan su cobardía tras una velocidad que puede durar solo unos instantes. Luego hacen uso de la razón, pálidos y acobardados. Evidentemente, existen los locos por la velocidad, como James Dean, el prototipo de estos dementes de la carretera.

—¿Cuándo murió?

—Hace unas horas, en el Hospital Civil. Llevaba dos días en coma.

La vi hace un año. Enchufé la grabadora y le pedí que me cantara canciones de su tierra, en rifeño. Se hizo de rogar, sonriendo, y luego me cantó. Las palabras evocaban la alegría infantil, yendo a por leña y a la siega, pero tenía la voz triste. La debilitó su vejez desdichada. La distancia enfrió mi ternura por ella. Habrá pensado en mí, sin duda, como siempre, tan alejado de ella; yo, el pícaro de la familia. Mi madre, una muerta viva. Una mañana de verano, despertará en mí la nostalgia de ella. Vacío en el alma. Desfallecimiento

en el cuerpo. Y solo al llegar a la estación de autobuses, recordaré que ella está muerta.

Cuando estoy enfermo, la extraño. Son las tres de la mañana. Saco fuerzas para incorporarme. A duras penas, llego a la puerta. Pongo el cepillo de la ropa en la puerta entreabierta para que no se cierre. ¡Por si no puedo volver a levantarme! Al menos que llegue, arrastrándome, si me pongo peor. Me duermo y me despierto. Quizá entre los dos instantes, he perdido algo bello; aunque todo lo que recuerdo lúcidamente no lo es. No en vano el pez vivo se nutre del pez muerto.

Resplandece la luz del amanecer. Hace años que no asisto a un espectáculo semejante. El esqueleto de un coche accidentado, oxidado, cerca de un árbol del que no queda más que un tronco seco. Restos de un perro muerto en la carretera, pájaros revoloteando; otros se posan en el tendido eléctrico.

No he vuelto a Ceuta desde que se casó Rhimo en el barrio del Príncipe. Han pasado más de diez años. Una de las tradiciones del pueblo de mi cuñado es que el hermano mayor de la novia la lleve en brazos, desde el palanquín en que la traen hasta la casa del novio, y la deposite en el patio. Abdelaziz me vino a buscar a una taberna donde estaba con dos viejos españoles. Uno de ellos había vivido mucho tiempo en Tánger. Al llegar la Independencia se fue. Evocaba a las mujeres judías que llegaban de Europa Central en los tiempos del nazismo; las tapas de pajaritos fritos; las sardinas asadas con cebolla en los mesones; el vino de barril; las cajas donde se sentaban a modo de sillas; cada tres vasos, la ronda a la que invitaba el dueño; y, luego, siempre había más de un cliente que se ofrecía para cantar. ¡Casi me caigo llevando a mi hermana en brazos! Los novios partieron en dos la hogaza grande de pan, especialmente horneada para la ceremonia. Les echan sal a los novios. Les dan leche y dátiles. Ponen una llave grande en la mano de la novia. Las mujeres de la familia del novio se precipitan a recoger los mantos bordados que adornan el palanquín de la novia. Lo mismo hacen con los imperdibles que los sujetan; para alejar el mal de ojo, según me dicen. Todo el protagonismo es del novio y de su familia. Los miembros de la familia de la novia parecemos espectadores, como si fuéramos sirvientes. El novio simula un arco, juntando sus brazos, ante el marco de la puerta del dormitorio nupcial. La novia pasa debajo de sus brazos,

con la cabeza agachada. Salgo, abriéndome camino entre unas jóvenes que se sacan fotos con los novios, y regreso a la taberna con los dos viejos españoles.

—¿De qué ha muerto?

—Le sangraba la nariz y no pudieron atajar la hemorragia. Estuvo sangrando dos semanas.

Un pájaro ha chocado contra el parabrisas del coche. ¿Habrà tenido tiempo de picotear el primer grano de la mañana con el que probablemente soñaba? Un pastor conduce un pequeño rebaño, seguido de un perro flaco. Una mujer ordeña una vaca. Gallinas y polluelos. Un niño, agachado en el suelo, araña la tierra con una caña. Adelantamos a un ciclista con aspecto desesperado. Le cuesta pedalear; su bicicleta es un trasto viejo. Ha empezado a caer el sudor cotidiano de las frentes. Se despierta la hermosura de la mañana, con sus olores y su resplandor. Intento vencer mi somnolencia. ¡Una cerveza fría! Es lo que necesito.

Me ha llamado mi hermana Malika de Tetuán. Necesita que la ayude a pagar el dentista y me ha pedido cien dírham para curarse una muela que le molesta mucho. Me anuncia la muerte de mi padre.

—¿Cuándo murió?

—Hace unos meses.

—¿Por qué no me lo comunicasteis?

—Sabemos que no lo querías.

—¿Qué habrán dicho los vecinos de mí?

—Ellos también saben que os odiabais.

Lo mismo hicieron cuando murió mi tía. He dejado de interesarme por los que siguen vivos y por los muertos de mi familia. No me comunican más que sus bodas. Seguramente, mi madre reclamó mi presencia. Ni siquiera me avisaron cuando empezó a estar grave y entró en coma.

El cadáver de un burro yace al borde de un trigal. Vamos adelantando a los árboles, dejándolos atrás. Las manos de mi cuñado sujetan con firmeza el volante. No bebe ni fuma. Las mías tiemblan, habitualmente, con mi primer vaso de la mañana, a menos que haya dormido bien. Enciendo un cigarrillo. La primera calada me provoca mareos y, a la segunda, tengo que sacar la cabeza por la ventana y arrojar aire de mi estómago vacío. Me lloran los ojos y se me

retuercen las tripas. Al-Akel me lanza una mirada discretamente. No se acerca a ti para no oler tu aliento. «Mandamos hacer una lápida muy bonita para padre. Tienes que ir a verla», me dijo mi hermano Abdelaziz. «¡Ya se encargaron el viento y la lluvia de borrar las sepulturas sin lápidas de mis hermanos, los que se murieron en los días de la hambruna y de la miseria! ¡Qué afortunados somos por podernos permitir construir tumbas bonitas a nuestros muertos!» Eso le dije, y me miró extrañado. A pesar del llanto de mis hermanas Rhimo y Malika y del lloriqueo de dos mujeres contrabandistas, viejas amigas de mi madre, me quedo dormido. Despierto cuando el llanto se ha convertido en ruidoso lamento. Un perfume de agua de azahar inunda la habitación de la muerte donde han lavado a mi madre. El cortejo fúnebre emprende el camino hacia el cementerio de Sidi Embarek. Morir en el exilio. Apenas somos veinte personas. No conozco a nadie. Por el camino se han ido sumando otros a la comitiva. No cabe en la fosa. La sacaron dos veces. Un hombre barbudo grita:

—¡Basta ya! ¡Tened misericordia de esta pobre mujer! ¡Cavadle la tumba que se merece y no la hagáis sufrir más!

El sepulturero cava los bordes de la tumba, por tercera vez. Siento el impulso de cortarle las manos y arrancarle los ojos. ¡Hasta en la muerte racionan la tierra! Rocían la mortaja con agua de azahar. Es la hora de la oración de la tarde. Se distribuye pan e higos secos entre los asistentes. No están los que suelen mendigar pan. Guiso de pollo relleno con arroz. Ningún pudor en la mesa; acalorada discusión entre Rhimo y Malika por la venta de nuestra casa de Tetuán. Mis cuñados están callados y distantes. La construimos con la ayuda de los vecinos, con las piedras del barranco que está cerca del barrio. Niños, mujeres, hombres sin trabajo; todos participaron en la construcción de esa casa. Mi madre dejó dicho que no se vendiera, a menos que fuese necesario; y a nadie de nosotros le hace falta dinero. Mi hermano calla, como yo. Les digo que no tengo apetito. No sé cómo librarme de esta discusión sobre la venta de la casa, ahora que han dejado de masticar y sirven el té. Siento náuseas y mareos. Llevo todo el día fumando y tengo la boca que parece de madera. Solo he tomado un café y pretexto que quiero salir a por tabaco. Rhimo me aconseja que fume menos.

—Si no puedes esperar hasta mañana, Abdelaziz irá a comprártelo.

Me pongo de pie e insisto en salir. Se dan cuenta de que estoy molesto. Mis cuñados siguen callados. ¡Mi madre acaba de morir y ya están poniendo en venta la casa! Nunca en mi vida he sentido la amargura de hoy. Con su muerte, se muere toda mi familia. Rhimo insiste en que vuelva pronto, pues no conozco la noche de Ceuta. Ella no sabe que yo hermano mi noche con cualquier otra. Mi noche siempre me alumbra por el sendero de la salvación. Mi noche reconoce a sus aliados allí donde estén. París, el Barrio Chino en Barcelona, el del Carmen en Valencia y Bab Marrakech en Casablanca. Necesito silencio y que no lo perturbe ni siquiera el ruido de una gota de humedad cayendo en una cueva. No recuerdo los bares en los que entré aquella noche. En el segundo o tercero todo empezó a nublarse. ¿Cómo abandoné la ciudad? Amanecí dormido, con la ropa puesta, en mi apartamento. He intentado, en vano, durante años, recordar cómo llegué a Tánger. Uno de mis zapatos, junto a la cama, estaba lleno de pis, y el otro, sobre la mesilla de noche, olía a vino. Conozco a uno que, estando borracho, meó encima de su propia hija, que dormía en la cuna, creyendo que era el retrete. ¡Yo, al menos, me meé encima! El día que vendimos la casa y nos repartimos el dinero según la ley islámica, mis hermanas lloraban en silencio, delante de los adules, en nuestro hogar, del que nos despedíamos por última vez. Le pregunto a mi vecino por qué lloran y me dice:

—¿Por qué crees tú que van a llorar? ¡Pues por el recuerdo de tus padres!

Cojo mil dírhams de la parte que me corresponde y otros mil de la de mi hermano⁵ que estaban encima de la mesa y se los entrego a ellas. Dejaron de llorar. Le murmuro a nuestro vecino:

—¡Es pura comedia de hipócritas payasas!

Dejo atrás Tetuán, sintiendo que el cordón umbilical que nos ataba se ha roto y que las raíces del árbol familiar se han podrido para siempre.

5 En Marruecos el derecho de familia se rige por la ley islámica y las mujeres heredan la mitad que los varones.

EL ANHELO DEL AMOR IMPOSIBLE

No es la primera vez que Salia sale de su pequeña ciudad para venir a Tánger. Habitualmente viene de visita, pero ahora quiere quedarse a vivir aquí. ¡Soñar con Tánger, Tánger desnuda, admirada y transparente como una copa de cristal! Tánger mítica, y el Monte, eco de todas las voces. Pero ella no sabe que Tánger devasta a quien no sabe beber su vino hechicero. ¡Tánger, la maga Circe! He conocido a muchos que vinieron para escribir poesía, sin ni siquiera conocer la lengua de los bares; y a muchos que vinieron para pintar, sin ni siquiera saber mezclar los colores.

Esta vez, Salia se ha venido de su pequeña ciudad, arriesgándolo todo para ganarlo todo. Ella apuesta de cintura para abajo, pues pretende compensar su fragilidad de cintura para arriba. Allí donde haya bebida y hachís, está ella. Igual que se extienden los hongos sin florecer, así provoca ella a los hombres; quiere que se la disputen. ¡Seta venenosa para el hombre que la ame! Se apasiona por todos y no ama a ninguno. ¡Cuántas veces, para excitar a los impotentes, los provoca; a ver si así la violan! Ella procede de un linaje digno (como confirma su paisano, el poeta), pero es la maldición de su familia. Desde muy joven, entregó su cuerpo a la violencia de los adolescentes, a los fumadores de hachís y a los borrachos de su ciudad y de otros lugares. Le tiembla la mano al coger la copa y deja que la ceniza de su cigarrillo caiga sola. «Todos los que me hicieron promesas se burlaron de mí», confiesa a su amiga Carolina.

Desengañada por el amor y el matrimonio, ha aprendido las artimañas para atraer a los hombres, que se pelean por poseerla. En su diario, con letra titubeante y torpe, escribió lo siguiente: «Tú te interpones en mi camino, adondequiera que voy. Pero no sabes que yo no tengo un camino. Me asustas como un animal mítico. Yo ando en busca de un sueño y en ti no hallo

ninguna inspiración. Tú me quieres poseer, pero yo solo quiero poseerme a mí misma con idéntica fuerza que tú».

Mi amiga Paloma también distribuye su tiempo entre el hachís, la bebida y la escritura de sus impresiones: «No me entiendo a mí misma y escribo como una loca. Para mí, la felicidad es una rana con sombrero de plumas de pavo real. Me asusta el amor. Soy un ángel de alas negras. Un corazón sin ojos. No quiero caminar por el borde del abismo. Ya no me importa el amor. Es un pez muerto en verano, en alguna playa desierta».

Entre el tintineo de las copas y el lecho de las noches palpitantes, Salia siente, a veces, el despertar de una leve culpa. Entonces regresa a su ciudad para sentir el aire puro, y recuperar, en un estado de ensoñación despierta, el deseo y la voluptuosidad que saciará de nuevo en el artificio de Tánger.

Los bares tienen sus males; sus bienes: estar en ellos. Así se consuela Salia. Cada bar tiene su propio carácter, sus momentos, su última copa. Y todas ellas quieren ser la Cleopatra del local, al amparo de la copa que te ofrecen y que te arrastra indolentemente hasta la última ronda, el bastón del camino, como suelen decir los borrachos, que se consuelan entre sí. Son capaces de alimentar al forastero y dejar con hambre a su propia gente. Están profundamente solos y su agresividad puede más que su buena intención de compañerismo. ¡Los borrachos tienen también su carácter! Recuerdo aquella noche: llevaba tres días alimentándome solo de los restos de los desayunos de los clientes del café de Si Moh. El mar estaba fiero y el puerto desierto, sin buques mercantes ni de guerra. Estábamos en 1955. En esa época, yo cargaba a los últimos marineros borrachos en un bote que los devolvía a sus barcos. El levante soplaba fuerte. Pasé delante del bar María a la hora de cenar. Me llamó Abdeslam y me invitó a una copa de vino. Le pedí que me prestase cinco pesetas para comer algo. Se disculpó y, balbuceando una excusa, me contestó que solo tenía para una copa o dos. Noté que mentía. Me fui comiendo las tapas que daban con la bebida: la que me dieron a mí, la de él y la del vecino; y, después de tomar un vaso de vino tras otro, me invitó a una ración de pescado. Estaba completamente ebrio. Antes de despedirnos, le pedí cien pesetas y me las dio sin disculpas ni tartamudeos. ¡Si le hubiese pedido más no me lo hubiese negado! ¡Tendría que haberlo hecho!

Salía va a casa de su profesor para que le corrija lo que ella llama «textos poéticos». Beben y fuman hachís juntos. Según ella, al negarse a acostarse con él, este se abalanzó sobre ella y le mordió el cuello y el hombro salvajemente. Salía reconoce que aquella noche estaba más borracho que ella y ella más drogada que él. Él sufría de una historia de amor frustrado con otra alumna con la que se quería casar; esta, a su vez, estaba traumatizada porque el que ella amaba se había casado con otra.

¿Es dueña del día o de la noche? ¿La expulsaron de la facultad porque los efluvios de sus noches se mezclaban con los de sus mañanas! No se sabe si ama las flores naturales o los perfumes, o ni lo uno ni lo otro.

Salía vino a Tánger en un tiempo en el que la prostitución estaba en decadencia. La puta más afortunada podía aspirar a casarse con algún desgraciado sin trabajo y alimentarlo haciendo las faenas de limpieza en algún hotel o en la cocina de algún restaurante. Solo queda la gloria de los recuerdos vencidos, la locura nostálgica y el entierro del fracaso en borracheras y charlas sin fin en los bares.

Salía vaga de un hotel de lujo a otro de ínfima categoría, según su suerte, su borrachera o el bolsillo del cliente. ¡Da igual quién sea! La noche y el alcohol maquillan las desgracias. Y de un lugar a otro, va cayendo hasta entregarse por nada, solo lo suficiente para quitarse las penas y la angustia. Más de un cliente la manosea cada noche, consumiendo su dulzura a precio de oro o por cuatro cuartos.

El aroma de la mañana no ha vuelto jamás a rondar a Salía. Sus noches no tienen día. Las mañanas la afean y las noches la embellecen. Solo le importa encontrar quien la ame y a quien amar. Pero el amor en Tánger no es sueño de vírgenes. Salía, aquí, ha dejado de ser ella. Es una más.

Tánger ha sido el reino de la poesía y del sueño. Pero ¿dónde están los poetas y dónde los soñadores? ¡La derrota te espera en cualquier esquina, arrastrándose desnuda!

¿Cómo conocí a Salía? Estaba yo solo en el salón del hotel Villa de France y entra ella. El camarero me comenta los partidos de fútbol nacionales y locales. Despotrica contra los clientes que le deben dinero, sobre todo si en ese momento solo hay una o dos personas bebiendo. Salía pide una cerveza y

enciende un cigarrillo con mano temblorosa. Abre un cuaderno, lee unas líneas y lo deja encima de la mesa. El camarero no para de hablar; me ha guiñado mientras sirve a la joven. Entiendo que puedo abordarla. Escribe y bebe. Enciende un cigarrillo con la colilla del anterior, lo aspira profundamente y solo expulsa un poco de humo ligero como la niebla de verano. No aparenta ser una de *ellas*. Si no lo es, ¡qué atrevimiento por su parte pedir una cerveza! Sin duda, es una joven liberada. Digo al camarero que le sirva otra cerveza. Nuestras miradas se cruzan. Me da las gracias con un gesto de la cabeza y sus ojos me sonríen. Yo le pregunto con la mirada si me puedo sentar a su mesa. Acepta sonriente y agacha los ojos. El cuaderno está abierto ante ella, con el bolígrafo sobre la hoja a medio escribir. No intenta ocultar lo que ha escrito cuando me siento a su lado. ¡Obviamente, es una mujer desenfadada! Nos presentamos. Me dice que me había visto un día, en su ciudad, con su profesor, el verano pasado. Nosotros estábamos tomando una copa en el restaurante La Alcazaba mientras su amiga Carolina y ella comían sardinas asadas en una mesa próxima. De reojo, consigo leer lo que ha escrito en el cuaderno: «¿Con quién me tocará salir hoy? Estoy indecisa entre quedarme aquí y marcharme. Quizá me esperen algunas copas esta noche, pero no mendigaré ni moveré un dedo para que me inviten. Hay que saber beber con dignidad».

En mi apartamento veo sus senos hincharse y sus pezones abrirse como pupilas. En cuanto le lleno el vaso, se lo bebe. Escribe en un cuaderno sus impresiones y coloca mal las vocales. Confunde la desinencia del nominativo con la del acusativo. No tengo en mi biblioteca las obras de todos los grandes poetas, pero sí de algunos que murieron de amor. ¡Ninguno de ellos le interesa! Tiene el cutis blanco y la piel recia con un ligero vello. Cuando su rostro se anima, le sonríen los ojos y se realzan sus pestañas negras, que son lo más bello que tiene. Sus labios son finos y su cabello, rizado; huele a hojas secas de otoño mojadas por las primeras lluvias. ¡A veces no se lava durante varios días y su cuerpo despidе el olor de una cabra cuando pasa cerca! El aliento le huele a vino y a tabaco. Mezclado con su penetrante perfume, excita. Dormimos juntos en la cama. Ella me da la espalda y se gira siempre hacia la pared. La encuentro dormida, a veces, en el sillón del salón, abrazada a una almohada pequeña. ¡Tendré que regalarle un monito o un oso de peluche! Otras veces, la

sorprendo inmersa en un duermevela. Enciende un cigarrillo tras otro. Una noche se fumó un paquete entero. Y por la mañana tenía escrito en su cuaderno: «Soñé que había destrozado una mariposa y, de repente, salió un pájaro por entre mis pies. Mi padre me perseguía en un jardín y se cayó en un pozo. Vino mi madre desnuda y gritó: “¡Esta será tu tumba!”. Luego bailó. Mi padre pide ayuda a mi madre que está enloqueciendo con su danza frenética. Está harta de la vejez de mi decrepito padre. Ella quiere a otro hombre».

Salía odia la luz deslumbrante de las mañanas de Tánger. Suele ir vestida de negro. Le sienta bien a su tez blanca. No sé si es consciente de que le favorece. Ama la noche callejera y los bares ruidosos; no soporta una noche de soledad y silencio. No tiene nada que perder. Se va destruyendo progresivamente, entregándose a conocidos y a extraños. Las bocas se precipitan a lamerla, pagando por ello o gratis. Por la mañana, puede que haya olvidado los acoplamientos de la noche y raras veces se despide de ella el dueño ocasional de su cama.

Llegó a esta ciudad en mal momento. Su razón emprendió el vuelo. A costa de complacer a su sexo, perdió la cabeza en las noches de Tánger. Ha aprendido a mentir y a creerse sus mentiras. Y los que la frecuentan no deshacen sus engaños porque son más impostores que ella. ¿No es cierto que los impostores se ayudan entre sí como los borrachos y tienen la mala voluntad de las mentiras piadosas?

A Salia la engañaron su juventud y las artes de la vida. Nos separaron nuestros caprichos. Ahora solo nos vemos en algún bar o algún cabaret. Nos rozamos sin mirarnos a la cara. ¡A cada cual su veleidad! No seré el primero ni el último en su vida. Pudo más en nosotros el anhelo del amor imposible.

*Cuentan que de ti procede la arcilla de la salvación,
y que Noé a tu sombra halló cobijo.
Paloma, abubilla o cuervo,
entre dos olas se gestó Tánger,
entre la espuma de los mares.*

*Por tu himen se sucedieron
los escarpelos lúbricos y los conquistadores,
los ritos de la reencarnación
y la transmigración del alma.
Y las bacanales despertaban
la locura en los cuerpos
y el delirio en los lamentos del mar,
como si el Caballo heredase Troya
e, incendiada y apagada por Zeus,
la novia asistiese a su funeral.*

*Camino de tu alcazaba,
descubrí en tus facciones a Arcadia,
y, al alba, bebí de tu manantial.
En mi boca, un seno de harapos
y en mi recorrido, sabor a exilio y a epidemia.
Desperté al mediodía,
sorprendido por un parto en la flor de la edad,
sintiendo en la yugular
un simulacro de adolescencia y de herida.*

*Comí la carne cruda de las diablesas,
y en la tarde corrupta
fui nieto de Saturno, el maldito.
No es mi padre Abraham,
ni tampoco Dédalo.
¿Vivir en ti, acaso será esa mi maldición?
¡Mas, cómo huir de ti, si tú eres mi laberinto
y yo no soy del útero de Ariadna ni de Penélope!
Las olas me arrojaron a tus playas,
a la orilla de las islas de coral.
Y al lanzar mi mirada el hilo
que habría de llevarme a ti,
me convertiste en piedra.
¿Serás acaso Medusa y yo lo ignoro?
¿Esconderá tu noche ciega a una Sherezade,
a la deseada Astarté y la lascivia encendida
en la mirada de Mesalina?*

*Vi en tus ojos los caprichos de la razón.
Vi en tus ojos dos deseos:
el cuerpo de Enkidu,
y los impulsos del alma de Gilgamesh.
Y tú sueñas con la primavera del amor eterno,
tú sueñas con la primavera de la vida,
con la primavera.*

*¡Conviértete en tu capricho:
en la bella Belquis, la virgen María o Rabea
[Al-Adauia...!]*

*¡Conviértete en tu capricho:
en tu deseo, tu anhelo, en todo,
salvo esa imagen que tú reflejas!*

*Ni tus verdes vergeles con pavos reales,
tus playas legendarias,
floridas colinas
y ruinas cautivas
han logrado ocultarme tus moscas,
tus bajos fondos y tus callejuelas.
¡Cuántas veces vi a los gatos liebre,
bautizados por un padrino
en la sinagoga, mezquita e iglesia,
acogidos por los desamparados en los tugurios
[del hambre!*

*Tus puertas sordas son playas cerradas
y la lluvia nos arrastra en nuestra desnudez.
Al alcohol mendigamos calor,
como apestados que infectan lo que tocan.*

*Cuentan que los conquistadores arrasaron
el esplendor de tus viejos tesoros.
Cuentan que tu sueño lejano
llega con pudor y se despide altivo.*

*Dialoga con el exilio que asedia el horizonte.
Identidad con inicio en su fin,
identidad de la caída,
identidad como bálsamo de abierta herida,
identidad de muladar y ausencia.*

*En el purgatorio del paraíso y del infierno
vi vender en los zocos
sus cuerpos y almas,
vedados y cedidos por nada.
Vi vender sus ambiciones, caprichos y mortajas,
[sus estaciones.*

Vi subastada su resurrección y su virginidad.

¡Tingis!:

*«Con los ojos dando al mar,
las nalgas a la piedra
y la oreja al rumor...»*

ÍNDICE

PRÓLOGO de Mohamed Berrada

TIEMPO DE ERRORES

1 FLOR SIN AROMA

2 PRIMER DÍA DE CLASE

3 EN EL COMEDOR DEL COLEGIO

4 LOS PIOJOS QUEMADOS HUELEN A HUMANIDAD

5 MARWANI

6 EL AMOR OBSTINADO ES COMO EL PAN DEL POBRE

7 FÁTIMA

8 NUNCA FLORECE LA SAL

9 LA VISITA AL SANATORIO

10 LA MIEL DE LA HERMOSURA HUMANA

11 LA DULCE LEJANÍA

12 LA BELLEZA RECOBRADA

13 LOS SOÑADORES

14 EL PÁJARO DE LA FELICIDAD

15 ROSARIO

16 DE LA MIEL A LA CENIZA

17 VIVIR EN TIEMPO DE ERRORES

18 LOS OLVIDADOS

19 SARAH

20 Y EN EL CIELO HAY PÁJAROS SIN PATAS

21 LECHEVALIER

22 PATRICIA

23 EL ASEDIO

24 «MALLORCA»

25 LA MUERTE DE UNA MADRE

26 EL ANHELO DEL AMOR IMPOSIBLE

27 TINGIS

TÍTULOS DE MOHAMED CHUKRI EN CABARET VOLTAIRE

- 36. MOHAMED CHUKRI *Paul Bowles, el recluso de Tánger*
- 39. MOHAMED CHUKRI *El pan a secas*
- 42. MOHAMED CHUKRI *Jean Genet en Tánger*
- 44. MOHAMED CHUKRI *Tiempo de errores*
- 50. MOHAMED CHUKRI *Rostros, amores, maldiciones*
- 53. MOHAMED CHUKRI *El loco de las rosas*
- 58. MOHAMED CHUKRI *Zoco Chico*
- 64. MOHAMED CHUKRI *Tennessee Williams en Tánger*
- 71. MOHAMED CHUKRI *La jaima*
- 81. MOHAMED CHUKRI *La seducción del mirlo blanco*

TIEMPO DE ERRORES
DE MOHAMED CHUKRI

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE ESTA SEGUNDA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN MAYO 2026 EN MADRID POR COFÁS ARTES GRÁFICAS

Table of Contents

Cubierta

Título

Créditos

PRÓLOGO de Mohamed Berrada

TIEMPO DE ERRORES

1 FLOR SIN AROMA

2 PRIMER DÍA DE CLASE

3 EN EL COMEDOR DEL COLEGIO

4 LOS PIOJOS QUEMADOS HUELEN A HUMANIDAD

5 MARWANI

6 EL AMOR OBSTINADO ES COMO EL PAN DEL POBRE

7 FÁTIMA

8 NUNCA FLORECE LA SAL

9 LA VISITA AL SANATORIO

10 LA MIEL DE LA HERMOSURA HUMANA

11 LA DULCE LEJANÍA

12 LA BELLEZA RECOBRADA

13 LOS SOÑADORES

14 EL PÁJARO DE LA FELICIDAD

15 ROSARIO

16 DE LA MIEL A LA CENIZA

17 VIVIR EN TIEMPO DE ERRORES

18 LOS OLVIDADOS

19 SARAH

20 Y EN EL CIELO HAY PÁJAROS SIN PATAS

21 LECHEVALIER

22 PATRICIA

23 EL ASEDIO

24 «MALLORCA»

25 LA MUERTE DE UNA MADRE

26 EL ANHELO DEL AMOR IMPOSIBLE

27 TINGIS

Índice